John Carter Brown
Library
Brown University

1699

P-700

05-240



to de dar á V. S. una cuenta muy individual del plan que he ideado en alivio de unas personas tan beneméritas; plan que no dudo merecerá la respetabilísima y muy ilustrada aprobacion de V. S. y para cuya realizacion tendré recogido por aquel tiempo, todo el caudal necesario.

Entre tanto, asegurado V. S. de que nadie le ama y admira con mas sincero cariño que yo, mándeme con entera libertad quanto fuere de su agrado. Plata 23. de Enero de 1808. = Muy Ilust. Sr. = *Benito Maria*, *Arzobispo*. = Muy Ilust. Cabildo de la ciudad de Buenos-Ayres.

# SEGUNDA PARTE

## DE LAS OBRAS PATRIÓTICAS

## Y DOCTRINALES

CON QUE HA ACREDITADO SU ZELO

POR LA RELIGION, Y MONARQUÍA

EL ILMO. SEÑOR

*DON BENITO MARÍA DE MOXÓ Y DE*

*Francolí dignísimo Arzobispo de la Plata.*

LIMA.

*Impresa en la real casa de niños expósitos.*

AÑO DE MDCCCIX.

1809

RPIC

# ADVERTENCIA.

*El mismo amigo del recomendable prelado que dió á luz en el año pasado de 1808 las obras con que manifestó su religion y patriotismo en los sucesos de Buenos-Ayres y Montevideo, creeria hacer una defraudacion á las glorias de la Monarquía, y de la Iglesia de la Plata sinó cuidase de hacer pasar á la posteridad unos documentos que en todos tiempos servirán de edificacion á los pueblos: y no tanto en obsequio de la amistad, quanto en bien del público ofrece á la nacion los católicos, y fieles escritos de un pastor digno del alto concepto que le han merecido sus talentos, luces, y virtudes.*

# DISCURSO

*QUE PRONUNCIÓ EL ILLMO. SEÑOR DOCT. Don Benito María de Moxó y de Francolí, Arzobispo de la Plata, el dia 27 de Septiembre de 1808. con motivo de la solemne accion de gracias que celebraba aquella Santa Iglesia Metropolitana por la exâltacion del Señor Don FERNANDO VII al Trono de España y sus Indias.*

AMADOS HIJOS: ANTEAYER JURAMOS por Rey de España y de sus Indias al Señor Don FERNANDO VII. Se hizo anteayer la solemne proclamacion que tanto deseamos; pues nuestro augusto Príncipe sin haber aún subido al Trono, reynaba ya en todos los corazones. La fama habia publicado años hace por todo el orbe español su amabilísima índole, y agradable y magestuosa gravedad, su constante aplicacion á instruirse en el arte dificil de gobernar los estados, su profundo respeto hácia la religion católica, y el inexplicable cariño con que miraba á todos los que un

dia habian de ser sus vasallos. Tan bellas disposiciones anunciaban que el nombre del Rey FERNANDO sería la señal de consuelo y esperanza. Por último, sus recientes infortunios, excitando vivamente nuestra ternura y compasion, han acabado de inflamar nuestro afecto, y han estrechado mas y mas los sagrados lazos que nos unian con su dignísima persona.

Y veis aquí, hijos mios, los verdaderos motivos porque hicimos la solemne proclamacion con tan universal y tan extraordinario júbilo. Yo, que como bien sabeis, estaba poseido y dominado de los mismos sentimientos, os contemplaba desde los balcones de mi casa con un gozo que solo conocen las almas sensibles: os veia arrebatados á todos por el noble entusiasmo de la lealtad: registraba vuestros semblantes, y en todos, desde el xefe hasta el último ciudadano distinguia las señales ménos equivocas de la acendrada fidelidad española. Mi corazon palpitaba, se encendia, no cabia dentro del pecho: levantaba los ojos al cielo, y pedia á Dios que os colmase de bendiciones, y premiase tanta virtud: y cada

vez que oía repetirse por toda la plaza los alborozados gritos de *viva FERNANDO*, semejantes en su violencia al estruendo de las olas del mar; os aseguro que en aquellos momentos no era dueño de mi mismo, ni podia reprimir los dulces delirios de una pasion sin límites. Mi imaginacion atravesaba en un instante toda la anchura del oceano, y corria unas veces desde Madrid hasta las fronteras de la monarquía, y otras desde el pie de los Pirineos hasta las infaustas riberas del Rodano y del Sena; buscando por todas partes el objeto de nuestro ardiente afecto, y queriendo referirle lo mucho que le aman y desean todos sus vasallos, no solo los de España, sino tambien los de estas remotísimas colonias, queriendo referirle como todos á una, hemos jurado morir primero que reconocer otro Rey y Señor.

¡Feliz Monarca, aun en medio de sus desgracias; pues ha sabido merecerse en tan alto grado la confianza y el cariño de todos sus ciudadanos! ¡Feliz nacion, si logra deshacer con su intrépido valor la tempestad que se ha formado al derredor del Trono, infundir respeto á sus enemi-

gos, desbaratar y ahuyentar sus exércitos, y echarse tranquilamente y sin zozobra en los brazos de un Príncipe por quien ella tanto suspira! ¡O Dios mio! ¡Qué amargura se ha derramado en mi espíritu al pronunciar estas últimas palabras! . . . . .

¡Bárbaros! ¿Porqué quereis manchar vuestros decantados laureles persiguiendo á un jóven inocente y generoso, á quien con fingidas caricias habeis atraido dentro de vuestra casa para echarle con seguridad las detestables redes que teniais preparadas? ¿Porqué quereis cubriros de infamia rompiendo tan indignamente los vínculos respetados hasta por los salvages que pasan toda la vida dispersos en los bosques y en los páramos? ¿Porqué quereis ser la exécracion y escándalo de todos los pueblos del mundo, llenando de despecho y rabia, y obligando á derramar su sangre á una nacion valerosa, honrada y guerrera, que en nada os ha ofendido, que se ha sacrificado mil veces por vosotros, y á quien llamabais poco ha con el lisongero nombre de *íntima* é inseparable aliada?::::

Ah! hijos mios. El Dios justo que desde el inmóbil Trono del Empyreo ve levantarse de-

baxo de sus pies los negros torbellinos del orgullo, de la ambicion, y de la avaricia: el Dios justo, que lanza en su furor los rayos vengadores para abatir y hacer pedazos á los hombres malvados, y crueles que faltan á la fe del juramento: él, el sin duda domará el furor de nuestros desnaturalizados y crueles enemigos: echará sobre nuestro amabilísimo Soberano una de aquellas benignas miradas con que regocija á toda la naturaleza: hará que raye otra vez sobre nuestra patria la serenidad de los felices dias de FERNANDO el VI. y Cárlos III, y que todos los españoles, habiendo con nuestra victoria levantado entre nosotros y los franceses un muro de bronce, depuestas ya las armas, disfrutémos largos años á la sombra de nuestro Príncipe, todas las dulzuras y ventajas de una paz sólida y honrosa.

Pero no es tiempo todavia de distraeros en la contemplacion de unas imágenes tan risueñas. El grito de guerra y de venganza se oye en este instante por todas las provincias de España: su horrible eco resuena al pie de los altísimos Andes

que nos rodean. Todos debemos conmovernos. No es digno del nombre español quien mira con fría indiferencia tan trágicos é inauditos sucesos. El Tajo, el Ebro, el Guadalquivir y el Duero, llevan al mar sus caudalosas corrientes teñidas con la sangre de nuestros hermanos, las hostiles llamas reducen á ceniza muchas de nuestras mejores aldeas, los labradores antes tan afanados, dexan en medio de los campos el arado, los sencillos y despiertos pastores desamparan entre las peñas y selvas sus rebaños para correr á la defensa del legítimo Príncipe á quien aclama toda la nacion. ¿Cómo pues dexarémos de tomar parte en tan justa contienda? Y ya que la distancia nos impide empuñar las armas, ¿cómo no procurarémos á lo ménos sostener á nuestros bravos guerreros, enviándoles sin pérdida de tiempo dinero, víveres, y otros auxîlios que están en nuestra mano, y de que ellos mucho necesitan? No, no es digno del nombre español, vuelvo á repetir, quien así no lo executa.

Yo pues, feligreses mios, que soy vuestro Doctor y vuestro Padre, aunque estoy muy cierto de vuestra constante y fervorosa lealtad, sin

embargo viendoos hoy reunidos en esta Santa Iglesia Metropolitana, he determinado fomentar y avivar en vuestros corazones, quanto me sea posible, estos nobilísimos sentimientos, manifestandoos en breves y sencillas palabras la descocada injuria que se hace á nuestro adorado FERNANDO; la justicia con que lo reclama toda la nacion, los sublimes esfuerzos con que pugna por recobrarlo, y la fundada esperanza que tiene de conseguirlo. Atended, os ruego amados hijos, pues no puede haber asunto mas importante que el que voy á proponeros.

Sí, hijos mios, FERNANDO es nuestro legítimo Soberano. Su incontestable derecho descansa sobre las leyes fundamentales de nuestra nacion. No puede arrancarsele la corona con que Dios y la naturaleza han adornado sus reales sienes, sin destruir enteramente la monarquía española, una de las mas antiguas, y tal vez la mas ilustre de toda la tierra. Nuestros mayores, sin ese vano aparato de *principios políticos y diplomáticos* de que tanto se abusa en la edad presente, conocieron que nada era tan conforme á la índole

de un sabio gobierno monarquico, como el fixar el órden de succesion de la familia reynante, para evitar los dos funestísimos escollos del despotismo, la incertidumbre y el capricho, en los quales se estrella infaliblemente la felicidad pública y privada de los subditos. Conocieron tambien, que convenia en sumo grado que todo el pueblo supiese con claridad y sin la menor sombra de misterio el insinuado órden,

Estas verdades tan sencillas y tan luminosas se hallan registradas en los primeros y mas solemnes decretos de nuestra constitucion. El pueblo español delega á una sola familia un poder que su interes le impide exercer por si mismo. Estipúla para las generaciones venideras, y por un pacto libre y meditado confia la felicidad de sus últimos nietos á los últimos descendientes de aquella estirpe. Quiere igualmente que entre los jóvenes principales de una misma línea se prefiera siempre al de mas edad, pues sobre que con este reglamento se sufoca la ambicion y se corta el vuelo á las intrígas, que tantas borrascas han excitado en todos tiempos dentro de los reales palacios, parece

natural, como decia el gran Ciro á los magnates de su corte (a), que el Príncipe que ha nacido primero, sea mas grave, mas moderado y mas circunspecto, y tenga mas exâcta noticia de los usos, leyes, y costumbres así del pueblo que ha de gobernar, como de los demas pueblos, ó ribales, ó comarcanos.

Tal es, feligreses mios, el principal cimiento de nuestra famosa constitucion. Apoyada en esta robusta y verdaderamente filosófica máxîma se ha mantenido por tantos siglos sin alteracion alguna, á pesar de la inconstancia humana, á pesar de la inquieta vicisitud y revolucion de los sucesos prósperos ó adversos, ya contrastando con su firmeza los violentos esfuerzos de la malignidad, y de la envidia, ya deshaciendo con los rayos de una luz pura las negras nubes de ignorancia, que en distintas épocas se han extendido de un cabo á otro por todo el horizonte político de Europa. Subid feligreses mios, con el pensamiento á las épocas mas remotas, y fixad los



(a) Cyropedia L. 8. c. 7.

ojos en la monarquía española. Vereis á este grande coloso atraerse por su invencible robustez la admiracion de todos los sabios, mientras la faz del orbe estaba cubierta de las ruinas de otros infinitos tronos. Fixad los ojos en la monarquía española, y vereis la corona real envuelta en una hermosa cadena, cuyos eslabones son unos príncipes, que empezando en el célebre Don Pelayo, y sucediéndose unos á otros hasta nuestros dias por el imprescriptible derecho de la sangre, han sido, generalmente hablando, el amor y las delicias de la nacion. El último y mas precioso eslavon de esta cadena, es, como veis, el Señor Don FERNANDO VII, á quien proclamamos anteayer, aunque un Emperador tan injusto como poderoso ha querido arrancarlo á viva fuerza, y poner en su lugar otro que no ha nacido para ocuparlo.

¡Ó Dios mio! Vengad desde el Cielo el impío ultrage que se hace á un Príncipe tan inocente y magnánimo, el qual confiado en su propia generosidad y en la grandeza de su alma, se arrojó á los brazos de un falso amigo. Vengad á la fiel nacion, que á impulsos de su ternura y

lealtad quiso impedir ese fatal viage : que dió voces , gritó mil veces pidiendo que no se executase : que calló solo por obedecer , y que ahora prorrumpe en un espantoso rugido , como leona á quien un astuto cazador , abanzándose al abrigo de una espesa niebla , ha robado sus cachorros .

Pero no desarrollemos por ahora todo el quadro de los insultos que se nos han hecho. La amistad , la confianza , la hospitalidad , las seguridades mas lisongeras , el risueño semblante , los mas tiernos abrazos..... Ah! no , no nos detengamos á pesar una por una todas estas circunstancias , que causaron la desgracia de nuestro adorado jóven. Haceos cargo de que educado este segun las reglas y exemplos de sus augustos abuelos Felipe V. y Cárlos III , no se imaginaba que un Monarca pudiese jamas faltar á su palabra. Era aquel el primer momento en que tomaba las riendas del imperio , y creia que á la luz de su natural franqueza é ingenuidad penetraria los misteriosos proyectos de su íntimo aliado el gabinete de San Cloud. Pero corramos de una vez el velo á esa trágica escena , que ha llenado de asombro

á todos los hombres de honor, de qualesquiera nacion que sean, y que tantas lágrimas nos cuesta ya á nosotros.

¡O patria! ¡O dulce nombre! ¡O tiernos y amables recuerdos! ¡O queridos paisanos! ¡O patria! vuelvo á repetir, perdona si yo no pinto con mas vivos colores las atroces injurias con que se ha pretendido obscurecer tu decoro y dignidad. Ah! yo he recibido de tu mano un corazon en extremo sensible: te amo mucho, y me caeria muerto á tus pies, si me parase á mirar por largo tiempo los arroyos de sangre que bañan ahora tu maternal seno. Oh! si yo pudiera á lo ménos socorrerte! Si yo pudiera mezclarme en los batallones de mis queridos é intrépidos catalanes, que pelean ahora por romper las cadenas de FERNANDO, y asegurar su independencia! Pero un inmenso mar..... un sagrado carácter..... mis ovejas..... ¡O amada patria! Desde esta enorme distancia no cesaré nunca de servirte, y serte útil por quantos medios me sean dables.

Mas ¿qué responderá entretanto Bonaparte á las razones con que demostrabamos poco há con

nuestras leyes fundamentales, que FERNANDO VII. era nuestro único y legítimo Soberano? ¿Negará que las leyes fundamentales son el tesoro mas apreciable y sagrado de qualquiera legislacion? Si esto niega, no permita que en adelante lo lisongeen sus cortesanos, asegurando que desde que ha aparecido en Francia el código Napoleon se ha calmado el furor de los partidos, la religion ha visto reedificar sus altares, las nociones de lo justo é injusto han renacido en el alma de los ciudadanos, y la nacion entera se ha tranquilizado, y ha vuelto á tener confianza con sus propios recursos.

¿Dirá acaso que las expresadas leyes, aunque buenas en si mismas, pueden mudarse, sin que se siga por eso ningun grave inconveniente á todo el pueblo? Esta respuesta no sería digna de la época de las luces y de la filosofía, sino de alguno de aquellos siglos tenebrosos en que se confundian las ideas mas claras, y los derechos del hombre eran tratados como una ilusion ó quimera. Sabemos ya todos, que una profunda línea

separa la monarquía justa y moderada, del sanguinario y absurdo despotismo. En aquella gobierna el Príncipe, derivando la fuente de su poder, de unas leyes fixas é invariables. Estas leyes, baxo de sus auspicios y direccion, derraman la felicidad sobre toda la república, ponen un freno á las pasiones, y establecen la mutua confianza. Al contrario, donde el ceño de uno solo sepulta las leyes mas respetables entre el polvo, donde su imperiosa voz obliga á los pueblos sobrecogidos de terror á sugetarse al odioso yugo, donde reyna únicamente el capricho, la ligereza, y la inconstancia, sin que la venerable antigüedad de los usos y costumbres pueda contener los excesos del desórden, así como las menudas piedras y arenas de la playa detienen el ímpetu del mar y rompen sus mas embravecidas olas, allí desaparece luego hasta la mas ligera imágen de prosperidad pública, se aniquila la verdadera nobleza, los vasallos se transforman en esclavos, el honor, el entusiasmo no son el oculto resorte de las grandes acciones; un vil temor suple en el modo que puede, por todas las virtudes políticas: el déspota levanta su

brazo de hierro, y los pueblos marchan como estúpidos rebaños

¿Insistirá por ventura Bonaparte en que el órden de sucesion por derecho de sangre, que es el que establecen nuestras leyes fundamentales, y el que hoy da la corona de España y de las Américas á nuestro amado FERNANDO, no es el mejor ni el mas conveniente para una grande monarquía? Ah! No me persuado que jamas piense establecer una proposicion tan absurda y tan contradecida por la moderna constitucion francesa. Deberia entonces él mismo baxar del Trono, pues la máxîma opuesta fué la que dexó en sus manos quatro años ha el cetro de la Francia. Quando en la noche del 19 de Mayo el Cónsul Cambaceres puesto á la frente del primer cuerpo de la república, le presentó el Senado-consulto orgánico que le conferia el título de Emperador, *Sire*, le dixo, *el pueblo frances no pretende hacerse juez de las constituciones de los demas estados: no tiene que hacer crítica ni que seguir exemplos: la experiencia será en adelante su leccion. Por muchos siglos ha disfrutado de las ventajas que trae consigo el poder he-*

*reditario : ha hecho una corta prueba, pero penosa del contrario sistema , y por efecto de una determinacion libre y meditada vuelve á la senda que es conforme á su índole.*

Estas pocas palabrás encierran muchas y grandes sentencias, y excitaron entonces un aplauso casi general. La Francia acababa de salir de un terrible naufragio en que habia perecido su mas bella juventud. La crítica situacion en que todavia se hallaba , la obligaba á manifestar sentimientos moderados. Mas apenas su nuevo gobierno fué reconocido por los demas gabinetes , quando rompiendo los diques del pudor y del disimulo, decretó la execucion de sus atrevidos y vastísimos planes. Los exércitos franceses inundaron toda la Europa con una celeridad increible : corrieron rios de sangre en Alemania , en Italia , y en el Norte : la humanidad entera se estremeció , no sabiendo en que vendria á parar una revolucion tan violenta : quedaron cubiertos de cadáveres los campos de Marengo , de Jena , de Auzterlitz , y de Frienland : quedaron despojadas y saqueadas las cortes mas opulentas , y poco á poco desaparecieron

una por una del magestuoso quadro de las potencias de Europa aquellas naciones que habian ocupado el lugar mas ilustre en los fastos de la historia moderna. Ah! ¿de qué sirven las victorias quando excitan un llanto tan universal? ¿Qué verdadera gloria pueden acarrear los laureles del campo de Marte, á un triunfador á quien dia y noche le presenta la memoria los espectros de millones de infelices, que él ha sacrificado á su ambicion?

Por último, ¿sostendrá Bonaparte, que no nos insulta de un modo insufrible é inaudito: que no insulta á todas las demas naciones y monarcas del globo, intimándonos que abandonemos la augusta Real familia de Borbon, y que admitamos una nueva dinastía? Ah! los Borbones tienen un derecho muy sagrado para gobernarnos. Corre por sus venas la sangre de los antiquísimos Reyes, que á costa de su vida libertaron nuestras provincias del yugo Agareno: de aquellos Reyes que idearon y sancionaron nuestra sabia constitucion, tan justamente alabada por el voto unánime de los mejo-

res políticos : de aquellos Reyes , á cuyo lado combatieron tantas veces nuestros abuelos por la gloria de la patria , adquiriendo un renombre inmortal desde uno á otro polo. Son finalmente unos renuevos del insigne Rey San FERNANDO , que tanto amó á nuestra nacion , y á quien los Españoles veneramos , no solo como un dechado de heroico valor , de generosidad y de virtud , sino como el Ángel tutelar , que cubre con las alas de su proteccion á toda la monarquía.

Pero al contrario la nueva dinastía que el Emperador de los franceses intenta en vano hacernos reconocer , no posee ninguno de estos títulos. Es hija de la revolucion , ha salido de repente del seno de una pequeña isla muy estraña para nosotros , y solo puede apoyar sus agigantadas pretensiones en la fuerza de las armas. ¿ Mas que político ha dicho hasta ahora , que la sola fuerza de las armas baste para fundar una monarquía legítima, mayormente quando esta fuerza no va acompañada ó precedida del derecho de conquista ? El verdadero Monarca domina sobre los corazones de sus vasallos : el déspota y el tirano se rodean de montones de

cadáveres, y no tienen otros garantes de su momentánea seguridad que los cañones y las bayonetas.

Bien lo confesó Bonaparte, quando ántes de sentarse sobre el Trono de Francia teñido todavia con la sangre de sus legítimos dueños, de quienes él habia nacido vasallo, quiso que se leyesen los registros de los departamentos, de los quales, segun se aseguró, resultaba, que mas de las dos terceras partes de la nacion lo deseaban y pedian por Emperador. Esto mismo repitió el Senado en la ya citada noche del 19 de Mayo, protestando, *que el nuevo título que le conferia no era mas que la expresion auténtica de la voluntad que habia manifestado el pueblo.* ¿Cómo pues, quando se trata de la futura felicidad del pueblo español olvida Bonaparte todas las formas, y abandona todos sus principios? ¿Por qué no pregunta á los diputados de nuestras provincias, si quieren entregarse espontaneamente al Rey José, desamparando al amabilísimo jóven, que ellos mismos han alimentado para el comun consuelo, y que puesto en el mas terrible trance, y oyendose brindar con una corona extrangera, exclamó con entereza y

denuedo, *que ni tenia otra ambicion que la de hacer feliz á su patria, ni otro deseo que el de morir entre los españoles, aunque fuese arrastrando una cadena?*

¿Mas que digo? El oficio de un Príncipe lleno de honor, no es ciertamente espiar los momentos y aprovecharse para su propio engrandecimiento de las desavenencias domésticas de sus fieles aliados, sino aplacarlas y calmarlas con su autoridad, con su influxo, y amorosos consejos, restableciendo de nuevo la mutua confianza, entre unas personas tan respetables, y unidas con los dulces lazos del mas estrecho parentesco. Toda la historia de la república Romana está llena de semejantes exemplos, y no presentan ménos los anales de las naciones modernas. Ah! la moderacion que inspira el Evangelio, la ingenuidad y franqueza propia del nombre christiano....

Pero yo me canso inútilmente, ponderando la reprehensible osadía de unos hechos, que excitarán la indignacion hasta de la mas remota posteridad, y esforzándome á probar, que ningun otro sino el Señor Don FERNANDO VII. es ni puede ser el Monarca de la América y de España,

quando no hay, segun pienso, ni un solo hombre de juicio que no opine del mismo modo. En efecto, el Señor Don FERNANDO ha reunido los votos de toda la nacion que lo ama entrañablemente. El pueblo español, enagenado de gozo, lo ha proclamado en la corte de Madrid, y en todas las provincias y colonias. Las tiernas lágrimas de los ancianos y de los jóvenes, de los ministros del altar y de los legos, de los magistrados y militares, de los artesanos y labradores, de los hombres y de las mugeres, han sido á un tiempo los mejores títulos, los mas apreciables aplausos de este triunfo: y los mas envidiables, los mas seguros anuncios de la futura felicidad. Ah! no lo dudeis, feligreses mios, la nacion Española armada en masa al dererdor de los estandartes de tan deseado Príncipe, recobrará en breve su antiguo decoro, y volverá á representar en la grande asamblea de los principales pueblos de Europa el brillante papel que hacía quando Cárlos V. y Felipe II. conducian á la victoria sus invencibles exércitos.

Este próspero suceso, estas dulces y bien fundadas esperanzas forman, amados hijos, todo el objeto de la presente solemnidad. Nos hemos reunido hoy en esta Santa Iglesia Metropolitana, para dar humildes y fervorosas gracias al Dios misericordioso de nuestros padres, por haber colocado con sus mismas omnipotentes manos sobre el glorioso trono de España á un Príncipe tan amable y tan amado, á un Príncipe cuya solemne y alegrísima proclamacion ha decidido para siempre nuestra suerte, y ha puesto fin á nuestras dudas é incertidumbres: y lo pondrá tambien á las turbulencias que se han excitado con este motivo en Europa: calmará, disipará todas las tempestades que nuestros ribales y enemigos han levantado tan iniquamente contra nuestra península, porque es irresistible el poder de un Príncipe español, quando estriba, como el de FERNANDO, en la voluntad, en la confianza, y en el amor de todos sus ciudadanos y vasallos.

En segundo lugar, nos hemos juntado hoy en este Santo Templo para pedir muy encarecidamente y con todo el corazon al Dios de las ba-

tallas, que eche desde el cielo su paternal bendicion sobre nuestras armas: sostenga á los leones españoles en una guerra tan justa, y llene de susto, de terror y de confusion á nuestros crueles invasores. Ah! encended, mis amados hijos, encended en vuestras almas la llama pura del zelo que inspira en semejantes ocasiones la verdadera religion. Entregaos al noble entusiasmo del amor, de la gratitud, del honor, y de la lealtad que todos hemos mamado en la leche, y nos han dexado como una preciosa herencia nuestros primeros bisabuelos. Y sintiéndonos ya transportados por los violentos impulsos de una pasion tan análoga á nuestro carácter nacional, doblemos las rodillas delante del Santuario, suplicando al Altísimo con muy ardientes votos, que prospere por largos años la vida de nuestro adorado Monarca FERNANDO VII. á quien acabamos de proclamar: que envie en su socorro una legion de Ángeles, los quales lo restituyan luego al seno de la patria que tanto lo suspira: que deshaga con el soplo de sus labios todas las maliciosas tramas de nuestros enemigos, para que reunido ya nuestro Príncipe con

sus leales Españoles, y logrando unos dias mas serenos y tranquilos, dé principio á la época dichosa de nuestra monarquía, trabajando, como un padre en medio de su familia, para abrir de nuevo, y hacer correr por la península todos los manantiales de la pública felicidad. Á este fin voy, hijos mios, á ofrecer sobre las aras el inocente y divino Cordero. Ah! acompañadme vosotros con vuestros interiores gemidos y sincerísimos deseos.

## *EXORTACION AL VENERABLE CLERO.*

Venerables eclesiásticos! Nuestro adorado Monarca Don FERNANDO VII. y toda la familia Real de España está aún muy léjos de nuestas fronteras, y en manos de un pérfido aliado y falso amigo. Los españoles han corrido ya á las armas como leones, y han jurado vengar á costa de su propia vida tan atroz y tan inaudito insulto. En todas las provincias de la península se pelea actualmente con un entusiasmo y valor, que siempre ha sido el mejor anuncio de una completa victoria. La patria exhausta y bañada con la sangre de sus hijos, pide á grandes voces, que la socorramos con lo único que podemos desde esta inmensa distancia, esto es, con abundantes y prontas remesas de numerario, de que ella mucho necesita. ¡Venerables eclesiásticos, y dignos ministros de una ley que no predica sino generosidad y desinteres! No sereis sordos á los maternales clamores de nuestra patria, ni os dexaréis seducir por los

especiosos sofismas de un detestable egoismo, ó por las alhagueñas impresiones de una codicia, que os cubriria de infamia, y que ciertamente es indigna de un corazon Español.

Espero pues, que todos vosotros dareis al Rey, á la nacion, y á mí, una auténtica prueba de vuestro cristiano zelo, de vuestra acendrada fidelidad, y de vuestro ardiente patriotismo, ofreciendo en obsequio de una causa tan justa, y de un jóven Soberano tan acreedor á nuestro cariño y á nuestra ternura, el donativo mas copioso, que os permitan vuestras facultades. Plata, y Septiembre 25 de 1808. = Benito María Arzobispo. = Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor. = Doctor Luis María Moxó Secretario.

EDICTO PARA QUE SE HICIESEN ORAciones y rogativas en todas las Iglesias del Arzobispado con motivo de las urgentes necesidades de la Patria.

*NOS DON BENITO MARÍA DE MOXÓ Y DE Francoli, Marañosa de Sabater, Sanz de Latrás, Caballero de la Real y distinguida Órden de Cárlos III. por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de la Plata, del Consejo de su Magestad &c.*

A TODOS NUESTROS DIOCESANOS: Salud en el Señor.

Feligreses mios: desde que llegó á esta ciudad el último extraordinario, no ha cesado un instante nuestra justísima inquietud. Las desgracias que afligen en Europa á la valerosa nacion Española, nos han llenado de amargura y de tristeza. No podemos pensar en otra cosa, nada es capaz de distraernos. De dia traemos hincada en el corazon esta aguda espina, y de noche, quando oprimidos de pena y de cansancio empezamos á disfrutar las

dulzuras del sueño, nos dispiertan derepente los espasmos y las vehementes palpitaciones de la congoja y de la compasion.

En aquellas horas en que toda la naturaleza guarda un profundo silencio, vemos mas que nunca á nuestra cara patria despedazada por unos aliados alevosos y crueles, y bañada en la sangre de sus propios hijos: vemos á nuestro adorado Monarca, al Señor Don FERNANDO VII. arrancado á viva fuerza de nuestras fronteras, separado de sus fieles y amantes vasallos, y rodeado por los soldados de un Emperador que lo ha engañado con tanta vileza é inhumanidad. Miramos á toda la familia Real corriendo la misma no merecida suerte, sin que se exceptúen de esta desgracia aquellos Infantes, que por su tierna edad debian haber excitado la compasion de nuestros ambiciosos invasores, pues el uno apenas llega á nueve años, y el otro no pasa de seis.

Ah! estos amables niños, estos ilustres renuevos del augusto tronco de los Borbones, llevan ahora el peso de sus enormes infortunios sin sentirlo ni conocerlo: corresponden con alhagueñas

sonrisas á las fingidas caricias de los mismos que los tienen tan descocadamente cautivos. Se echan sin el menor recelo en sus brazos parricidas, y con sencilla y pueril confianza se quedan quizá tranquilamente dormidos sobre su pérfido pecho, así como el incauto viagero que atraviesa los pantános del rio Orinoco, se sienta tal vez encima de una monstruosa Serpiente, la qual espía, sin moverse poco ni mucho, el fatal momento de engullirlo. Vemos.....¿ Pero de que me servirá ahora ni á mí, ni á vosotros el desplegar todo el quadro de tan horrible y no esperada tragedia?

Ah! corramos mas pronto, corramos todos, feligreses mios á postrarnos al pie de los altares. Elevemos nuestros sentidos clamores al Trono de aquel Dios justísimo, que sin duda mira con la mayor indignacion la desnaturalizada conducta con que nuestros enemigos han atropellado los sagrados derechos de la hospitalidad, y de la amistad: han atropellado la fe del juramento, y aquella mutua y dulce confianza, que es el lazo mas firme y mas apetecido de qualquiera sociedad, aún entre las tribus salvages.

Seremos oídos, feligreses mios, no lo dudeis. Los Ángeles tutelares de España y de América presentarán al Altísimo nuestros ardientes votos, perorarán á nuestro favor, y nos obtendrán un despacho favorable. Sobre todo se encargará mas que nadie de esta importante comision, aquella poderosa Señora, cuyo dulcísimo nombre, despues del de Jesus, es el primero que aprendemos á pronunciar en la infancia los Españoles, y continuamos repitiéndolos juntos hasta el último instante de nuestra vida: aquella Señora á quien los Españoles estamos acostumbrados á recurrir en todos los peligros y en todas las calamidades, ya sean públicas ó privadas, como á un puerto de seguridad, y como á un sagrado asilo: aquella Señora, que ha sido en todos los siglos la insigne Patrona de nuestros Reyes, y en todos tiempos, hora hayan corrido prósperos, hora adversos, ha abrigado con singular ternura debaxo de su maternal manto, á todos los españoles.

¡Ciudadanos de la Plata! ¡Queridas ovejas mias! He ordenado de acuerdo con el Excmo. Señor Vice-Patrono, y con mi M. V. Dean y

Cabildo, que desde mañana dos del corriente, se empieze en nuestra Santa Iglesia Metropolitana, y en todas las demas Iglesias de esta capital, una solemne rogativa, que seguirá hasta el momento feliz en que Dios nos conceda la dicha de que nuestro muy amado FERNANDO VII. se siente otra vez en el Trono de sus augustos Padres: en el Trono de su incomparable é invicto abuelo San FERNANDO III, entre los alegres aplausos, los alborozados vivas, las tiernas lágrimas, y cordiales bendiciones de sus amantísimos vasallos.

Entretanto, desde mañana la religion se interesará vivamente por una causa tan apreciable. Todos sus ministros levantarán la voz, y ofrecerán sacrificios para aplacar la divina justicia. Las castas esposas del Cordero sin mansilla, acompañarán estos votos con el suave arrullo de sus oraciones y virginales gemidos: todos, todos á una procuraremos con nuestra humildad, con nuestro fervor, y con nuestra constancia, atraer sobre nuestra desolada patria una benigna y risueña mirada de parte de aquel cariñoso Señor y Padre, que nada desea tanto, como que le quitemos prontamente

de la mano la espada de su ira, y le invoquemos con toda confianza.

Hacedlo así, queridas ovejas mias, y dad en tan crítica situacion ese consuelo á vuestro Pastor y Prelado, que os ama entrañablemente, y que desea apartar muy léjos de vosotros los males que os amenazan presentándose él solo como víctima de expiacion, por la felicidad de todo el pueblo. = Palacio Arzobispal 1. de Octubre de 1808. = Benito María Arzobispo. = Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor. = Doct. Luis María Moxó, Secretario.

# HOMILIA

*QUE PRONUNCIÓ EL MISMO ILLmo. SEÑOR el dia doce de Octubre de 1808. para exôrtar á todos sus diocesanos á que con el mayor fervor y humildad rogasen á Dios, y á los patronos tutelares de España por la felicidad del Rey, de la Real familia, y de la patria, y asistiese á la solemnísima procesion de rogativa, que con el mismo fin habia determinado hacer aquella tarde.*

Aunque es hoy un dia tan ocupado, no puedo feligreses mios, dexar de hablaros desde esta Cátedra del Espíritu Santo, á lo ménos por un breve rato. Porque esta tarde nos hemos de volver á juntar todos para celebrar la solemnísima procesion, que á mi y á vosotros ha de servir de particularísimo consuelo: y es muy justo que os explique de antemano, primeramente los motivos que he tenido para determinar que se hiciese esta pública demostracion de vuestra tierna piedad: en segundo lugar, las santas disposiciones con que de-

beis realizarla, y finalmente, el precioso fruto que, haciéndolo así, recogereis infaliblemente de vuestras lágrimas, retirandoos al anochecer á vuestras casas con la imaginacion llena de las sublimes ideas de los cánticos sagrados, y con el alma colmada de la dulce y bien fundada esperanza de haber sido oidos.

Amados hijos: las procesiones que llamamos de rogativa, se han usado en los mejores siglos del christianismo con indecible provecho. Quando la patria se ha visto amenazada ú oprimida por alguna grande calamidad, los Prelados mas santos y mas zelosos se han valido siempre de este medio, para implorar la divina misericordia, y poner fin á los males que afligian á su rebaño. Ilustrado su entendimiento y su corazon con las inspiraciones de la gracia, han estado siempre muy léjos de atribuir unicamente estas desgracias, ya á la maligna influencia de los astros, de las aguas, de los aires, ó de los humores; ya al poder irresistible de las armas enemigas, á los oscuros artificios y ocultas tramas de una política maquiavelica, ó á la loca ambicion y mala voluntad de un pueblo rival y

vecino. Han creido al contrario, como David, que la peste, el hambre, y la guerra eran otros tantos azotes, con que Dios pretendia castigar el orgullo y vanidad no solo de las opulentas capitales, sino tambien de las mas despreciables aldeas, pues la vanidad y el orgullo reynan casi igualmente en las pequeñas y olvidadas chozas que en los grandes y magníficos palacios: y no tiene duda, que un artesano, un labrador, un pastorcillo, se dexa arrastrar por la corriente de tan alagueña pasion, del mismo modo que un gentilhombre, un militar, ó un magistrado.

Esta no es, lo confieso, la filosofía del siglo; pero es y ha sido siempre la del Evangelio. Los exemplares Obispos que os insinuaba poco ha, habian aprendido esta gran máxima, no en los escritos de alguno de los filósofos antiguos ó modernos, sino en los libros de los Profetas, de los Evangelistas, y de los Apóstoles. Y ved aquí, hijos mios, porque en semejantes lances, mientras por todas partes se oian sollozos y gemidos, mientras la espada del dolor traspasaba todos los corazones, ó la viva aprehension del infortunio y de

la desgracia ponia todos los semblantes pálidos, y derramaba el espanto y el terror por los campos y por las ciudades, ellos se presentaban delante de sus ovejas con todas las señales de la mas profunda afliccion: las conducian al Santuario, único y verdadero asilo de un alma fiel, y allí levantando su paternal voz, les exôrtaban una y muchas veces, á desarmar la cólera divina, con auténticas y públicas demostraciones de compuncion, de humillacion, y de penitencia.

Y ved aquí tambien, porque en tales conflictos ordenaban las generales y devotísimas procesiones ó letanías, cuya memoria se conserva en los anales eclesiásticos, y cuya puntual descripcion, aun despues de tantos siglos, excita en nuestras almas no se que sensasiones de una desusada ternura y piedad. Ah! aquellos amables y humildes pastores salian fuera de los umbrales del templo, acompañados de su querida grey, vestidos de un cilicio, teniendo cubierta la cabeza de ceniza, macilento y caido el semblante por la rigurosa abstinencia del ayuno, y llevando enarbolado delante de sí el santo estandarte de Jesuchristo, no ya

como una señal de gloria y de alegria, sino como un recuerdo de llanto y de penitencia. Con este tristísimo aparato, y con paso muy mesurado y grave daban vuelta á la ciudad, y llenaban las calles y las plazas de gemidos, de suspiros, y de sollozos. Clamaban todos, como con una sola voz, al Padre de misericordia, y Dios de todo consuelo, en favor de la patria desolada. Las torres y montes del contorno repetian el eco de tan lugúbres gritos. Los Ángeles de paz, compasivos amigos y compañeros inseparables de los fieles, llevaban al cielo unos votos tan dignos de ser favorablemente escuchados. El Señor se dexaba facilmente persuadir: se aplacaba: mandaba que cesase la calamidad; y sus reconocidos hijos volvian al templo coronados de flores para entonar al pie de los altares el alegre y debido himno de triunfo y de accion de gracias.

Esta fué, feligreses mios, la constante práctica de la Iglesia católica en aquellos siglos que por la sencillez de las costumbres, por la abundancia de luces y sabiduría espiritual, y por el fervor de la

devocion, merecieron con muy justo motivo ser llamados *Siglo de Oro*. Estas fueron las armas con que San Juan Chrisóstomo venció y deshizo las sacrílegas y temibles emboscadas que los cismáticos y hereges tendian con singular disimulo en la vastísima corte de Constantinopla. Estas fueron las armas que casi en el propio tiempo opuso el incomparable San Basilio al furor y rabia del Emperador Valente, y de todos sus cortesanos. Estas mismas fueron las armas de que se valió tres siglos despues San Gregorio el grande, en una de las mas funestas escenas que presenta la historia. El Tiber que baña las murallas de Roma, habia inundado repentinamente los campos vecinos hasta una distancia prodigiosa. Estas aguas, quedando luego sin movimiento, se corrompieron, y llenaron de infeccion toda la atmósfera. Morian sin remedio hombres y animales: se veia burlado el arte de los médicos: y sola la fe, la humildad, y constancia del santo Pontífice, salvó la patria de en medio de tantos estragos y ruinas. Clamó á aquel Supremo Sacerdote, el qual, segun dice San Pablo, fué revestido de carne mortal para que se pudiese com-

padecer de nuestras miserias y flaquezas: predicó penitencia á su pueblo, como Jonás á los Ninivitas: recurrió á su dulcísima y segura valedora: imploró digo, la proteccion de María, madre cariñosa de todos los afligidos y desconsolados: salió en procesion para interesarla mas y mas; y veis ahi que quando llegaba delante del célebre mausoleo llamado posteriormente con esta ocasion *Castel San Ángelo*, descubrió sobre la cima de la torre un Ángel reluciente y hermoso que embayñaba una espada (*a*), en señal de que en aquel instante cesaria la mortandad, se disiparian las negras nubes de tan horrenda tribulacion, y amaneceria sobre la capital del orbe el iris de la divina misericordia.

¿No conoceis, hijos mios, por este insigne hecho, la inmensa fuerza de las lágrimas, de los gemidos, y de la oracion? Ah! Dios es un amo ciertamente muy bueno, muy misericordioso, muy compasivo. Tiene para sus criaturas entrañas de verdadero padre. Está pronto á tendernos su Om-

(a) Baronius ad annum 590.

nipotente mano y á socorrernos. Nuestra dureza, sí, nuestra sola dureza, nuestro corazon impenitente, nuestro orgullo, nuestra vanidad, es la que pone un muro de division entre él y nosotros.

Pero pasemos mas adelante y para nuestro entero convencimiento citemos todavia otro exemplo que tenga una relacion mas estrecha con la historia de nuestra nacion. Los Reyes franceses Childeberto y Clotario, segun refiere San Gregorio Turonense (a), sitiaban á Zaragoza y habian adelantado las líneas de modo, que esperaban apoderarse de aquella capital, dentro de muy breves dias. ¿Y qué pensais que hicieron en tan duro trance los Aragoneses? Aunque eran entónces como son ahora unos guerreros intrépidos y esforzados, sin embargo acordándose de lo que dice el Salmista, que si el Señor no guardare la ciudad *inutilmente vela el que la guarda*, fueron á postrarse á los pies de su adorada Reyna la Vírgen del Pilar, joya inestimable para Aragon, y para toda España, y presentándose hombres y mugeres, viejos y niños,

(a) Lib. 3. hist. c. 27.

en trage de penitentes, y que tomando en las manos la túnica de su gloriosísimo paysano el invicto mártir San Vicente, subiéron sobre las murallas, paseándolas en procesion, de un modo semejante al que se describe en el libro de Nehemias (a). Los sitiadores oían confusamente desde sus reales el canto lugúbre de los Sacerdotes: contemplaban con inquieta admiracion aquel tan nuevo espectáculo, y sobrecogidos repentinamente de espanto y terror, levantaron el cerco, sin hacer cosa de provecho. Entretanto el valeroso general español Teudiselo, se adelantaba hácia los Pirineos con un numeroso exército, con el qual habiéndose apoderado de aquellas angosturas, derrotó en una gran batalla á los enemigos. Los españoles se arrojaron como leones sobre los pérfidos galos, que á la sombra de vanos é injustísimos pretextos habian entrado con mano armada en la provincia Tarragonesa. Y fué tan grande la victoria y matanza, que, por valerme de la expresion de San



(a) C. 12.

Isidoro, autor contemporaneo, causaba admiracion quando se contaba (a). No hubiera quedado con vida un solo frances, si los reyes Clotario y Childeberto no hubiesen comprado con gran suma de dinero una tregua de veinte y quatro horas para retirar las tristes reliquias de su exército.

Ronovad, ¡ó gran Dios! renovad, os ruego, este mismo prodigio en nuestros dias. Lo merece la piedad, lo merece la fidelidad de los aragoneses, de los valencianos, de los catalanes, de los andaluses, de los vizcaynos, y demas españoles. ¡O patria, que eres ahora el objeto de todos mis desvelos! Pueda yo ver quanto ántes abatidos á tus pies, esos fieros y crueles generales, que no contando con tu inextinguible valor, y hollando el derecho sagrado de gentes, han metido á fuego tus fértiles campiñas, y derramado bárbaramente la sangre de tus hijos. ¡O queridos paysanos mios! sereis vengados. Desde aquí oigo el marcial ruido de las huestes españolas que marchan al combate. Haremos todos nosotros los mayores esfuerzos: to-

(a) Ambrosio de Morales T. V.

dos clamarémos venganza al cielo, como clamaba en otro tiempo la sangre de Abél.

Mas ¿qué digo, feligreses mios? Escusad los delirios de una imaginacion en extremo acalorada, La venerable imágen de la patria está todo el dia presente á mis ojos. La misma vuelve á ponerse delante de mi alma, así que un sueño, no dulce ni tranquilo sino amargo é inquieto, me ha cerrado en la noche los ojos. Mis amigos.....mis condiscípulos.....los dulces compañeros de mi infancia.....mis respetables maestros.....tres hermananas vírgenes.....dos sobrinas igualmente vírgenes y consagradas al servicio del Señor.....la divina pila en que fui bautizado.....la exemplar Congregacion que me crió á sus maternales pechos, y me enseñó los primeros rudimentos de la virtud y de las ciencias (a).....los solitarios sepulcros en que descansan años hace las cenizas de mis virtuosos padres y abuelos.....Dios misericordioso! Dios omnipotente! Socorred á mi patria tan dig-

(a) La antiquisima Congregacion benedictina claustral tarraconense y cesaraugustana.

na de ser atendida : sostened á mis paysanos , que pelean por una causa tan justa ! Y mientras dura la feroz y sangrienta lucha , tomad sobre vuestras alas , llevad al desierto , poned en un lugar seguro á los trémulos ancianos , que encorvados con el peso de los años , no pueden ya sostener las fatigas de la guerra : á los inocentes niños, cuyas tiernas manos no tienen todavia la fuerza necesaria para empuñar una espada , ó asestar un fusil: á las graves y castas matronas , á las cándidas y hermosas doncellas , que como bandada de tímidas palomas se azoran y tiemblan al oir el horrible estruendo de los cañones y de los morteros. ¿ Permitireis acaso , Dios mio , que unas personas criadas en las austéras máximas del pudor y de la virtud , sean víctimas del desnaturalizado furor , y de la brutal lascivia de unos soldados que no os temen , pues tan descaradamente atropellan los derechos de la justicia , de la gratitud , y de la humanidad ? No puedo proseguir , feligreses mios , y será preciso que ponga fin ántes de tiempo á mi comenzado discurso.

Os hablaba poco ha de la solemnísima pro-

cesion que juntos hemos de hacer esta tarde. En ella tendré el consuelo de levantar con mis manos, aunque indignas, el Cordero sin mansilla; amable renuevo de Jacob, la flor suavísima de la raiz de Jesé, el dulce y compasivo Redentor de todos los hombres, que presente ahora en esa Ara, cuenta una á una todas nuestras lágrimas, no por que se alegre de vernos afligidos, sino porque nos ama mucho, y desea que nos hagamos dignos de los inefables favores que nos tiene preparados, lavando nuestros delitos en el celestial baño de la penitencia. Llevaré, digo, en medio de vosotros á Jesuchristo Sacramentado, en atencion á que los Concilios, los Doctores y Prelados aconsejan que así se haga, siempre que ocurra alguna necesidad grave, urgente extraordinadia, entre las quales un Concilio celebrado en la ciudad de Colonia (a), señala expresamente *el riesgo de un Príncipe amado y querido de sus vasallos.*

Delante de mi haré que mis Seminaristas



(a) En el año de 1452.

lleven en andas la agraciada imágen de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora. Estos jóvenes se crian á la sombra de esta Santa Iglesia Metropolitana, para ser un dia vuestros padres y pastores. Quiero pues, que hoy consagren las primicias de su apostólico futuro ministerio, invocando con filial confianza la poderosa mediacion de su Soberana Patrona, en favor de nuestra digna patria. Ah! quanto no debe la patria, quanto no debeis vosotros, quanto no debo yo mismo á la benigna compasion y cariño de esta Señora! Ella es el númen tutelar de nuestra Monarquía, y abriga con igual amor y desvelo á españoles y americanos. Es vuestra Madre, feligreses mios, pues lo es mia y yo en el momento que me senté por la primera vez en esta Cátedra Arzobispal, os puse á todos juntamente con el báculo y mitra, en sus maternales plantas.

Añádese á esto que hoy es un dia especialmente consagrado á su culto, baxo la milagrosa advocacion del Pilar. Tenemos pues motivo para invocarla con doble confianza. Ah! los aragoneses y catalanes que la aman tan tiernamente,

quantas veces le habrán ofrecido hoy sus ardientes y sínceros votos! El dulce nombre de *María del Pilar* se habrá repetido hoy con estusiasmo en todos sus batallones, y habrá sido la señal apetecida del ataque. Quizá hoy, hoy mismo han ganado una señalada victoria: quizá le han erigido hoy en el campo de batalla un glorioso trofeo, amontonando en él los cañones apresados y los fusiles hechos pedazos; colocando en su cima la sagrada cifra de María, y debaxo de ella las banderas cogidas al exército de Bonaparte, para llevarlas luego entre coros de marcial música á los famosos templos del Pilar, de Guadalupe, de Atocha, y de Monserrat. Oh ¡si así en efecto hubiese sucedido, como lo deseo! pero sea de esto lo que fuere, es muy cierto feligreses mios, que en un dia tan privilegiado, en un dia de tanto consuelo y esperanza, no desechará la Señora nuestros ruegos, ántes bien intercederá eficazmente con su Unigénito Hijo, y nos alcanzará la libertad de nuestro Príncipe y Monarca, la independencia de la patria, el triunfo y la paz que tanto deseamos.

Tambien he dispuesto, que acompañe á la

Vírgen en nuestra procesion el ínclito Rey San Fernando. Este incomparable guerrero amaba á María con indecible ternura, y al tiempo de soltar con la muerte las riendas del gobierno, dexó este amor como en herencia á todos los españoles. ¿Quién ignora el cariño que aquel Príncipe profesó constantemente á la dulcísima Emperatriz de cielo y tierra? Confesaba deberle la vida (a): la

(a) San Fernando estando en Castilla con sus abuelos padeció una tan grave enfermedad, que toda la corte creyó que sin duda alguna se moria. Solo la Reyna Doña Berenguela, concibiendo derepente no sé que lisongeras esperanzas, llevó su hijo al Monasterio de Oña, lo dexó sobre el altar de la Santísima Vírgen, y la rogó con grande fervor, que se dignase volverle la salud. Sus súplicas fueron oídas: el Real Infante se puso en pie, pidió de comer, durmió tranquilamente, y en pocos dias recobró todas sus fuerzas. Este milagro es el argumento de un largo himno compuesto por Don Alonso el Sabio, el qual se conserva en la Biblioteca del Escorial y empieza así:

*Ben per esta a os Reies*
*Damar en Santa María:*
*Ca en as muy grandes coitas*
*Ella os acorre guia.*

visitaba á menudo en el célebre Santuario de Oña: llevaba siempre consigo su retrato: ponia este en la punta del estandarte, así que se daba la señal de la batalla: la adoraba y daba gracias en su tienda despues del combate: queria que todos sus soldados la respetasen y honrasen: y por último, quando en tiempo de Felipe II se abrió el arca en que habia sido sepultado, lo encontraron que tenia puesta sobre su real pecho aquella misma devotísima imágen, que habia sido por tantos años el blanco de todo su afecto (a). Ademas, San Fernando es con justísimo título el protector de las armas españolas: está unido por los íntimos lazos de la sangre con nuestro amado Monarca, que lleva su nombre como un felicísimo agüero: no puede desentenderse de la gran lucha en que nos hallamos empeñados; y sin duda alguna, contribuirá desde el cielo con su auxîlio, para que salgámos del todo victoriosos.

Falta ahora, feligreses mios, que os añada



(a) Papebrochius Acta vitæ Sanct. Ferdinandi.

dos palabras sobre el modo respetuoso y humilde con que debeis asistir esta tarde en la mencionada procesion. ¿Pero qué podré deciros, que primero no os lo sugiera vuestra propia conciencia? Sois christianos, y sabeis desde la niñez, que la modestia, la compuncion, y el arrepentimiento, son los medios seguros para aplacar el justo enojo de Dios irritado por nuestra soberbia y por nuestra ingratitud. Los católicos han concurrido siempre á tales actos, con todas las muestras de una síncera penitencia. Quando los españoles de Zaragoza hicieron á vista del enemigo que amenazaba darles un terrible asalto, la edificante procesion de que ya os he hablado, los ancianos y los niños se cubrieron las cabezas de ceniza, y las mugeres se presentaron vestidas de negro y con el cabello tendido, derramando tantas lágrimas, y prorumpiendo en tan tristes gemidos, que parecia les habian ya muerto sus hijos y sus maridos (a).

Lo mismo practicaron los dignos compañeros de San Luis Rey de Francia, hallándose en la

(a) Ambrosio de Morales T. V.

mar, frente á las costas de Berberia, amenazados juntamente de un naufragio casi inevitable, y de la violenta irrupcion de los bárbaros, que no les hubieran dado quartel, ántes bien hubieran corrido á hacerlos pedazos. El ilustre autor (a) que refiere este acontecimiento, dice, que viendose él entonces postrado en cama por una gravísima enfermedad, llamó á dos de sus criados, y les ordenó que le llevasen como pudiesen, donde estaban los otros invocando el auxîlio del cielo por medio de tan devota procesion. Las enibravecidas olas del mediterráneo subian hasta las gávias de los buques; pero sus aguas no apagaban el fuego de caridad y de zelo que ardia en el pecho de San Luis y de sus soldados. Y así lograron en breve que calmase la tormenta: se serenase la atmósfera, y la armada diese fondo con toda felicidad en el puerto de Chipre. Y que no hizo, que no logró San Cárlos Borromeo, ya quando su ciudad de Milan se estaba abrasando y consumiendo con una horrible peste, ya quando Dios habia inun-

(a) Jonvile vie de S. Lovis p. 2.

dado de llanto la casa reynante de España, con la muerte de varios archiduques, y sobre todo, con la del Príncipe Don Fernando, heredero de la corona? Las quatro procesiones de penitencia que dispuso para implorar la divina piedad fueron tales, que conforme asegura un gran Prelado (a), nunca se habia visto un espectáculo mas tierno.

Imitad pues, feligreses mios, estos excelentes modelos. Clamad á Dios esta tarde con la confianza digna de una alma christiana. Poneos á la presencia de S. D. M. penetrados de los sublimes sentimientos que inspira la religion: y ya que no lleveis la ceniza sobre vuestras cabezas, llevadla en vuestras almas y en vuestros corazones. En un dia en que os proponeis pedir humildemente el perdon de vuestras innumerables culpas, y alcanzar unos beneficios de que tanto necesitamos, deponed, os ruego, toda ira y todo rencor:

---

(a) Monsieur Godeau vie de S. Charles. L. 4. c. 2. Guissano. L. 5. c. 6.

olvidad las ofensas que mutuamente os hubiereis hecho: no, no desplegueis los labios á la murmuracion y detraccion: estrechaos al contrario unos á otros con los suaves vínculos de la caridad, y unios todos para socorrer con vuestro llanto, con vuestros votos y oraciones á la desolada patria.

Y vos, Señor, dexaos ablandar, pues sois tan bueno, tan manso, tan amable: pues sois nuestro Redentor y nuestro Padre, sois el Dios infinitamente misericordioso y compasivo. Recibid con benigno semblante las súplicas de mis queridas ovejas, que os adoran hoy con la boca puesta en el polvo como Jeremias. Recibid los ruegos y las lágrimas de un Prelado, que ama ardientemente á su patria, porque vos se lo habiais mandado y enseñado en el Evangelio: de un Prelado que reconociendo y confesando sus muchos delitos, se ofrece hoy á vuestra justísima cólera como una víctima pública, pidiendoos que le castigueis á él solo, y consoleis á sus queridos paysanos. Ah! Jesus mio, vida mia, Criador y Salvador mio, vos á quien no se esconde ninguno

de mis mas ocultos pensamientos, bien sabeis que esta sencilla expresion nace del fondo de mi alma, y que vos mismo me la habeis inspirado. Señor! vuelvo á repetir, descargad sobre este indigno pecador el golpe que amaga tiempo ha vuestra diestra Omnipotente, y no lastimeis mas á mi patria, á mis hijos, y á mis hermanos. Amen.

*Describese la mencionada procesion, y añádense varias reflexiones.*

La Homilia antecedente se pronunció en la mañana del dia doce de este mes, y aquella misma tarde se hizo la solemnísima procesion de rogativa. Pido á mis lectores que me permitan detenerme por un breve rato á describir aquel tan tierno y magestuoso acto, que tantas lágrimas me hizo derramar, y que quietó al cabo mi corazon del pasado sobresalto, y llenó mi alma de consuelo y esperanza. Esta lectura no podrá serles desagradable en ninguna manera. Con ella se convencerán de que la sólida y síncera piedad que los españoles maman en la leche, es inseparable de su carácter grave, honrado y constante: que esta misma piedad llevaron consigo, quando con pecho intrépido, despreciando infinitos riesgos y peligros, acometieron la heroica empresa de descubrir atravezando el Oceano, y á una inmensa distancia de sus hogares, un nuevo y vastísimo continente: que la infundieron á los hijos que engendraron en

estos remotos payses, y que hoy dia, despues de tantas visicitudes y revoluciones, se conserva sin diminucion, como una llama pura é inextinguible, en los nictos de aquellos famosos conquistadores.

Conocerán igualmente, como no se mantiene aquí menos vigoroso é inalterable otro sentimiento del qual nuestra nacion hace el mayor aprecio, esto es, el amor de la patria y el cariño hácia sus Reyes legítimos. Varios metafísicos modernos han pretendido persuadirnos, que las pasiones, usos, y costumbres del hombre se modifican, templan y combinan de mil modos distintos, por el solo influxo de los payses donde vive: por que tienen ellas su principal y oculta raiz en la diferencia de los climas, y de la calidad y abundancia de los alimentos. El político de mas nombre que ha producido la Francia, ha contribuido no poco á dar curso y crédito á semejante paradoxa. No es este lugar propio para desenvolver sus sofismas, y me contentaré por ahora con asegurar, que la piedad y fidelidad española es una misma en las ardientes arenas del África, en las amenas y voluptosas riberas del Ásia, y en los helados pára-

mos y tostados valles de la América, que en el temperamento moderado y suave de la Europa.

Por último contemplarán mis lectores con extrema complacencia, como en las violentísimas convulsiones que agitan actualmente nuestra patria, el sagrado fuego del entusiasmo se ha comunicado con una rapidez casi increible desde las márgenes del Ebro y del Guadalquivir hasta las cimas mas elevadas de estos Andes. Y semejante reflexion les obligará sin duda á hacer ellos mismos un pronóstico muy verdadero, y de grande consuelo en las presentes críticas circunstancias: quiero decir, que si la suerte de las armas nos fuese del todo contraria en la península: y si los esfuerzos reunidos de tantos bravos españoles no bastasen para desbaratar los injustos y crueles proyectos de un vecino que todo lo quiere sacrificar á su ambicion: la augusta familia de los Borbones hallaria en América un asilo seguro donde establecer su trono, y donde ponerse á cubierto de los malignos tiros de una política maquiavélica.

Aquí nuestro amado Monarca sería recibido

con los brazos abiertos por sus leales y constantes vasallos. Aquí echaria los fundamentos de un imperio, que en pocos años llegaria á ser muy floreciente. Dos vastos mares, una larga cadena de cerros altísimos y en extremo fragosos, y unos desiertos de muchos centenares de leguas, formarian sus naturales límites. Dos islas grandes opulentas, y fortificadas á un tiempo por la naturaleza y por el arte, servirian como de otras tantas obras abanzadas en medio del Oceano, para detener las esquadras enemigas que tuviesen la osadía de atacarnos.

Dentro de este inmenso recinto reynarian con inalterable tranquilidad las leyes, la concordia, la paz, la religion, la confianza mutua, las riquezas, y todos los demas bienes que hacen feliz á una sociedad bien reglada. Uno de los ilustres nietos de San Fernando, tendria siempre en la mano las riendas del estado: y el indio y el español se acercarian al pie del trono en todos sus negocios y solicitudes, con la misma serenidad y confianza con que un hijo entra en el quarto de su padre para consultarle y recibir sus órdenes.

Entretanto el fiero Bonaparte pasearia en Europa su artillería homicida por unas provincias yermas arruinadas y consumidas con los rayos de una conquista inhumana, y tomaria asiento en medio de un senado, ó se pondria á la frente de un exército manchado con la sangre de millones de víctimas inocentes, amenazando en vano á este bello pais, y volviendo la vista de quando en quando con una sed insaciable, hácia nuestros cerros, que encierran en sus entrañas los mas preciosos y abundantes metales de todo el mundo. Pero ya es tiempo, lectores mios, que demos principio á nuestra prometida relacion.

Apenas sonaron las tres de la tarde del expresado dia 12, quando una tropa de doscientos niños se presentó en la gran plaza de esta capital, y le dió vuelta muy despacio, como avisan lo á los vecinos, que ya era hora de que saliesen de sus casas, y acudiesen al templo para reunirse con su Prelado. Iban los niños en dos hileras, con semblante modesto y recogido, con las manos cruzadas, y con los ojos fixos al suelo: les precedia una alta Cruz, y les seguian y acompañaban sus

maestros rezando juntamente con ellos el Santísimo Rosario, y pidiendo á la Reyna de los Angeles, que ayudase y diese buen suceso á la patria. Todos los espectadores que acudieron á verlos pasar desde las ventanas ó desde las puertas de sus viviendas, se conmovieron y llenaron de bendiciones á estos tiernos y amables ciudadanos.

Ah! solo los niños son dignos de convocarnos al pie de los altares. Su alma es todavia inocente. Su corazon no se ha abierto todavia á unos placeres envenenados, ni las funestas pasiones, origen de todas nuestras amarguras, sobresaltos y desgracias, han establecido todavia en él su horrible tirania. Al contrario, la voz de un hombre adulto es muy impura; porque sale de un seno manchado de crímenes. ¿Y como se atreverá á levantar al cielo unos ojos y unas manos, que le han servido tantas veces para facilitar y perfeccionar los proyectos mas detestables? Quando pues vamos nosotros á la casa del Señor á fin de conseguir el alivio de nuestras aflicciones y miserias, deberiamos hacernos acompañar por una de estas apreciables y sencillas criaturas, que aun no han provocado la

ira del Criador : así como entre los salvages que viven en las espaciosas soledades del norte de la otra América, quando algun suplicante se presenta á la puerta de la choza, el muchacho de de aquella familia es quien lo toma de la mano y lo introduce al hogar de su padre (a).

Luego que los referidos niños se hubieron parado en el pórtico de la Catedral, atravesaron la expresada plaza otras dos procesiones, las quales causaron igual ó mayor ternura que la primera. Venian en ellas los indios de las dos parroquias de esta ciudad, llamadas de San Sebastian y San Lorenzo. Suelen los indios quando acuden todos desde sus campos á la Iglesia, para asistir á la explicacion de la doctrina, ó á la celebracion del tremendo sacrificio, caminar en pelotones, y sin guardar ninguna formacion. Pero aquel dia se colocaron con tal órden y arreglo, que los españoles mismos no les hubieran llevado en el particular la mas pequeña ventaja. Venian con los pon-



(a) Lafitau Moeurs des sauvages.

chos calzados y el cabello tendido, que entre ellos es una de las principales muestras de afliccion y de luto. Algunas madres conducian á sus pequeños hijos, y les habian puesto en la cabeza una corona texida con verdes espinos. El venerable Pastor de cada feligresia ocupaba el centro de su rebaño, levantando con sus propias manos una cruz de palo sin adorno alguno, y por esto quizá mas propia para infundir sentimientos de confianza y devocion.

Me consta que estas dos desaliñadas procesiones proporcionaron abundante materia para una sublime meditacion, á las almas sensibles que estan acostumbradas á aprovecharse de qualquiera oportuno incidente para elevarse á discurrir sobre la inefable grandeza y divina eficacia del Evangelio. ¡Oh! estos groseros salvages, estos hombres de un corazon tan singular, estos primitivos pobladores de la América tan poco conocidos y tan dignos de ser observados por los filósofos mas perspicaces: estos melancólicos solicitarios, estos apasionados moradores de los yermos, que buscan con tanto esmero las sombras de los cerros, ó los

ocultos rincones de las quebradas y valles menos freqüentados, para colocar en ellos sus pobres cabañas, se presentan en medio del mas numeroso concurso que ha visto esta capital, sin ser compelidos ni forzados, ántes bien atrahidos unicamente del deseo de obedecer á la simple y cariñosa insinuacion de su Prelado.

¡Oh! unos individuos que viven á tres mil leguas de España, abandonan en un dia que no era de fiesta sus tareas rústicas, para correr hombres y mugeres, viejos y jóvenes á reunírse con los cultos españoles, y ofrecer á Dios muy ardientes votos y gemidos por la felicidad de nuestra Monarquía! Oh! unos vasallos que no han visto jamas la corte, ni conocen ó tienen esperanza de conocer jamas á nuestro Soberano, pasean espontaneamente las calles y plazas en trage de penitentes, y llenan el ayre de humildes ruegos y súplicas, para que Dios llene de bendiciones al jóven y desgraciado Monarca! Oh! unos pastores, unos labradores medio desnudos, acostumbrados á mantenerse tranquilos en la quietud de las pampas con la mayor estrechez y frugalidad: acostumbrados á

regar dia y noche nuestros campos con el copioso sudor de su frente, sin tomar de ellos otra cosa que el escaso y necesario sustento, se conmueven, se afligen tanto con la aprehension de una guerra que podria privarnos á nosotros de todas nuestras delicias y comodidades! ¡En unas almas, pues, al parecer, tan estúpidas, ha prendido la llama del entusiasmo! En unos pechos tan toscos, anida aquel delicado y ardiente amor de la religion y de la patria, que entre las naciones civilisadas forma y ha formado en todos tiempos los verdaderos héroes.

¿Quién, pregunto, era capaz de detenerse por un solo momento en estas y otras iguales reflexiones, sin enternecerse? ¿Y quién hubiera podido reprimir las lágrimas, al ver como todos estos humildes sinceros salvages se entraban con filial confianza dentro del palacio arzobispal, llenaban todo el patio interior; y esperaban, como ellos decian, la dicha de presentarse al amado padre, que ocupa en la tierra el lugar de Jesuchristo? Al ver, como así que el Prelado baxó al mencionado patio, todos á porfia se le echaron á los pies;

se los besaron una y mil veces, manifestándole que tomaban una parte muy viva en las calamidades públicas, pidiéndole que bendixese á sus mugeres é hijos, y teniendo á gran fortuna el haberlo logrado? Por último al ver, como no sabiendo en que modo expresarle su gratitud y cariño, todos á una voz se pusieron á entonar en su presencia el catecismo, cantándolo las mugeres y rezándolo los hombres, pero pronunciándolo tanto aquellas como estos, con la fuerza y energía propias de un acalorado afecto? Estoy muy cierto que ni el Prelado, ni los que le acompañaban se hubieran resuelto en mucho tiempo á separarse de un espectáculo tan tierno, si el relox, dando las quatro, no les hubiese acordado que aquella era la hora señalada para la procesion general de todas las clases del pueblo.

Lector mio! otra vez te pido que me perdones si me he detenido demasiado en pintarte esta original escena. Yo no pretendo en mi narracion lisongearte, poniendo delante de tu vista los rápidos y vehementes rasgos de una eloqüencia va-

na. Describo el entusiasmo religioso de un pueblo que está unido conmigo con los lazos mas estrechos y sagrados; y solo intento edificarte. También busco en esto mismo mi propia satisfaccion y provecho, renovando y trayendo á la memoria uno de los ratos mas deliciosos de mi vida. Ah! ahora que la patria está amenazada con tan grandes tormentas, ahora que bebe el cáliz de la amargura, que Dios por sus ocultos y adorables juicios le tenia años hace preparado, ¿resistiria yo acaso á las embravecidas olas de tan justa afliccion, si este mismo Dios amoroso y compasivo no sostuviese mi alma, derramando en ella de quando en quando algunas gotas del dulce maná de sus inexplicables consuelos?

Tomando pues de nuevo el hilo del interrumpido discurso, digo, que á las quatro de la tarde salió el Arzobispo de palacio, acompañado de sus queridos indios, y de todos los curas de la provincia de Yamparaez, los quales habian venido á la ciudad con su Vicario, para este único intento. Se encaminó con ellos á la Iglesia Metropolitana, en cuya puerta fué recibido por su muy

Venerable Cabildo, por los alumnos del Seminario tridentino y del Colegio Real, y por las reverendas Comunidades de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin, y Nuestra Señora de la Merced. Así en el templo como en el cementerio y atrio, se habia congregado de antemano un inmenso gentío, y á pocos minutos, mientras el Prelado se vestía de pontifical, entró el M. I. Ayuntamiento, junto con su xefe el Excelentísimo Señor Don Ramon Garcia de Leon y Pizarro, Teniente general de los Reales exércitos, y Gobernador Intendente de esta provincia. En los dias pasados los calores habian sido excesivos; pero aquella tarde, el Sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar para que sin molestia y pesadumbre se executase la ideada procesion, y se ordenó en el modo siguiente: iban por delante los niños de las escuelas, y los indios é indias de las dos parroquias de esta ciudad, en la forma que queda explicada. Seguian luego los artesanos, los comerciantes, los abogados, y demas vecinos distinguidos, cuya modestia, gravedad y circunspeccion manifestaban bien claro

los sentimientos de piedad y patriotismo en que estaba abismada su alma.

Marchaban despues los alumnos del Colegio Real, conocido vulgarmente aquí con el nombre de *Colegio azul*, los quales acompañaban una devotísima imágen del insigne Rey de España, San Fernando. La vista de este esforzado guerrero traía á la memoria los tiempos heroycos de nuestra nacion, inspiraba una dulce esperanza, y hacia revivir la virtud de nuestros mayores, quienes desde sus sepulcros parecia que dirigian á sus nietos por boca de aquel Santo Príncipe estas palabras: *Nosotros, desechando el luxo y la molicie, exercitándonos sin descanso en el duro arte de la guerra; obedeciendo con entera sumision y prontitud á nuestros gefes, respetando la religion, amando la justicia, y sobre todo, poniendo en Dios nuestra confianza, logramos seis siglos ha, librar la patria de los tiranos que por sorpresa la habian cautivado: y vosotros, sí, vosotros, en cuyas venas circula aun nuestra sangre, alcanzaréis ahora iguales triunfos si seguis, sin desmayar, nuestras huellas.*

Venian despues de los colegiales azules las quatro

comunidades religiosas que se han indicado, y los seminaristas que llevaban en andas á Nuestra Señora de la Concepcion, conforme se habia prevenido en la antecedente homilia. Si uno de los principales desvelos en la educacion de un jóven que se destina para el servicio de la Iglesia, es derramar temprano en su pecho las primeras semillas del amor á la patria: si estas preciosas semillas son las que hacen brotar con el tiempo todas las virtudes morales, y si las mismas contribuyen infinito á formar unos pastores zelosos y dignos de la veneracion de los pueblos, ¿quién dexaria de aplaudir que nuestros colegiales acreditasen con tan piadosa ceremonia, que su corta edad, y casi ninguna esperiencia no era bastante, para que dexasen de sufrir en las actuales circunstancias las mismas amargas sensaciones de dolor y de inquietud, de que estaban poseidos los sacerdotes mas provectos, y que deseando con toda el alma poner fin á tantos males, convidasen con su exemplo á los demas ciudadanos, á recurrir á la proteccion de aquella Señora, que es, desde el reynado de Don Cárlos III, la patrona de toda la

monarquía española? Á aquella Señora, vuelvo á repetir, de quien dice San Bernardo, que aunque no hay cosa, por difícil que sea, que no debamos esperar de la dulcísima benignidad de Jesuchristo, sin embargo mientras estamos en esta vida, necesitamos de tan buena valedora, para encaminarnos por su conducto á este Omnipotente medianero.

Cien clérigos vestidos de sobrepellises y precedidos del Provisor y Tribunal Eclesiástico, cerraban la marcha de los seminaristas, y luego se dexaban ver veinte curas de este Arzobispado, trayendo colgada al cuello una sagrada estola, como insignia de su pastoral ministerio, conforme se estila en Roma, y lo dispone el Señor Benedicto XIV (a). Los mas de estos eran unos ancianos venerables que se habian envejecido en las pampas y páramos de las provincias vecinas, dexando las ventajosas proporciones de las ciudades, para vivir en compañía de unos pobres é ignorantes salvages. Sus cabezas estaban cubiertas de ca-

(a) Caeremoniale Episcoporum cum comment. Jos. Catalan. L. 2. c. 32.

nas, su continente era grave, su paso modesto, y les grangeaba un nuevo título para la pública veneracion, el quantioso donativo que acababan de hacer á la patria, presentándole una parte considerable de las escasas rentas de sus beneficios, mientras que no cesaban de ofrecer diariamente muy ardientes votos y oraciones por la victoria de nuestras armas.

Ah! los mayores sacrificios no cuestan nada ó casi nada al que quiere de veras. El amor puro y casto que nace de la virtud, y que le sigue y acompaña siempre como su íntimo aliado, es una pasion mas activa aún y vehemente, que ese fuego profano que abraza por algunos momentos á los locos adoradores de los ídolos de las pasiones vergonzosas, y luego se enfria y apaga, dexando al corazon sumergido en una horrible melancolía, y al alma despedazada por crueles y funestísimos remordimientos.

Por último, al cabo y fin de las dos largas hileras que hemos descrito, se descubria á lo léjos, despues de un coro de músicos y entre los individuos del ilustre Cabildo metropolitano, el Prelado debaxo de palio, teniendo en sus manos

la centellante Eucaristia, rodeada de columnas de oloroso incienso, que en cada momento se levantaban por el aire, así como tal vez en una hermosa mañana de primavera, aparece de repente en la extremidad de un campo cubierto de árboles y flores el magestuoso sol, el qual con sus lucientes rayos disipa los vapores de la tierra y los celages del horizonte, excita el melodioso canto de las pintadas avecillas, y da fuerza y movimiento á toda la naturaleza.

No puedo pasar adelante sin exclamar ¡ó Redentor! ¡Ó Dios hombre! ¡O Triunfador de la muerte y del infierno! ¡O amable Señor y dueño de la patria! ¿Qué sería de nosotros, á quien recurriríamos, á quien invocaríamos en nuestras necesidades y angustias, si vos, subiendo al cielo, no os hubieseis dignado de quedaros en nuestra compañía, aunque escondido y oculto debaxo de las especies visibles de este grande Sacramento? ¡Dios de los exércitos, Dios de las batallas, Dios de la patria! Dadnos la mano desde este augusto trono, á cuyo rededor hacen continua centinela la tierna compasion, la dulce piedad, y la incansable misericor-

dia. No, no pretendemos victorias ideadas por la vanidad y orgullo: no nos dexamos arrastrar por el bárbaro furor de las conquistas: sabemos por vuestro Evangelio quanto vale la sangre de nuestros semejantes: quisieramos, si posible fuese, no manchar con ella nuestros campos; y solo deseamos arrojar fuera de nuestras fronteras ese general, ese exército inhumano, que nos ha sorprendido y engañado, con las bellas apariencias y alhagos de una cordial hospitalidad, y de una estrecha y eterna alianza. ¡Ah Dulcísimo Jesus! La España es vuestra herencia ya hace mas de diez siglos: los españoles son vuestros fieles hijos, vuestros humildes siervos, y se precian y glorían de serlo. Vos, vos solo reynais en nuestros corazones. ¿Cómo pues dexareis de castigar á nuestros enemigos? Pero baste ya de exclamacion. El hijo de María tiene para con nosotros entrañas de verdadero padre. Una breve súplica, un solo gemido, una sola lágrima, es suficiente para enternecerlo y determinarlo.

Vuelvo ahora hácia á tí, ó lector mio. Esta fué la solemnísima procesion que te he prome-

tido describir. Tengo el consuelo de que en ella todo respiraba compuncion, confianza y humildad. Detras del venerable palio seguian el Excmo. Señor Presidente y el M. I. Cabildo de esta Capital, á quien se habian agregado el Señor Don Feliciano Corte, Tesorero de Caxas reales, Don Vicente Oliveros, Don Ramon García, y otros caballeros. El respeto, actividad y exemplo del xefe, el de un cuerpo tan condecorado, y el de unos vecinos tan distinguidos, contribuyeron no poco para que esta sublime ceremonia se executase con toda la magestad, órden y decoro, que exîge la Religion.

El Prelado es por su divino carácter el padre de la patria, el pastor y amigo de todas sus ovejas. Quando aquella padece, quando estas estan amenazadas de algun grande infortunio, su corazon se oprime y hace pedazos hasta que haya disipado la borrasca. Mas no tiene otros medios para auyentarla y deevanecerla, que la persuacion, las lágrimas, la predicacion, el ayuno, la oracion y la penitencia. Si no le dexan manejar con libertad estas invensibles armas, si alguno intenta impedirle que suba como Moysés al monte santo,

para levántar las manos al cielo mientras sus conciudadanos pelean con las huestes enemigas, morirá de afliccion y de dolor, del mismo modo que el Profeta. Pero ay! ¿qué será entonces de la patria? que será de su amado rebaño?

Homero, Virgilio (a), todos los gentiles juiciosos, han conocido y confesado la fuerza y energía que tienen las súplicas y rogativas para aplacar la cólera divina. *Los católicos demasiadamente rigoristas que no hacen mucho caso de estas públicas demostraciones de piedad, no comprehenden el maravilloso efecto que las ceremonias exteriores de la religion causan en el pueblo.* Esta proposicon no es mia, sino del famoso filósofo Diredot, testigo nada sospechoso (b) en el particular.

¿Y para que es buscar exemplos ó autoridades extrañas? Yo se que nuestra procesion encendió en todos los asistentes la llama preciosa del amor y del heroismo. El acompañamiento se componia de muchos millares de personas, de modo

(a) Iliad L. 9. aeneid. L. 11

(b) Essais sur la peinture.

que los vecinos mas ancianos me han asegurado, que nunca habian visto un concurso tan numeroso. Todos esos humildes christianos, y buenos y amentes ciudadanos, recorrieron por espacio de dos horas estas calles y plazas, invocando por intérvalos el dulcísimo nombre del Señor y de su purísima Madre, en favor de la patria, y por intervalos guardando un profundo silencio. El susurro de las oraciones y salmos, semejante al dulce murmullo de una fuente quando se precipita de lo alto de un peñasco, producia en todas las almas aquella melancolía patética y deliciosa, que es uno de los mas grandes y saludables atractivos de todas las funciones del catolisismo. Aumentaba y hacia subir de punto esta misma melancolia, el sonido lugúbre de las campanas de la Catedral y demas Iglesias, las quales no cesaban un momento de repetir en la region de las nubes, la señal de rogativa y penitencia. ¿Y quein negará este poder mágico de las campanas de nuestros templos? El fiero y altimo Rousseau confiesa de si mismo (a), que

(a) Confessions de J. Jacques L. 3.

le obligaron muchas veces á derramar lágrimas, y que en las vigilias de las grandes solemnidades salia de intento á pasearse por los amenos prados de Chambery, para poderse entregar sin el menor embarazo á aquel tan suave delirio.

Sin embargo, el alegre replique de nuestras torres en un dia de regocijo público no nos conmueve tanto, como su lento y acordado tañido en los momentos de alguna gran calamidad. Entonces es quando las campanas despliegan por entero la simpatía moral que tienen con nuestros corazones: porque nos renuevan la idea tan triste al mismo tiempo que de tanto consuelo, de que somos huespedes y peregrinos en la tierra, y caminamos para otro pais, en donde seremos absolutamente felices: que mientras vivimos acá abaxo, como en un mar proceloso, no pueden faltarnos mil suertes de infortunios, de sustos, y de privaciones; pero que no obstante esto tenemos siempre un asilo seguro en la divina bondad y misericordia, como en una playa deliciosa y quieta.

Yo creo que esta inefable misericordia y

bondad oyó muy favorablemente nuestros humildes ruegos en la expresada tarde del 12 del corriente. Apenas el sol se escondió detras de estos elevados cerros, nos volvimos todos á nuestras casas embebecidos en esta dulce confianza. En quanto á mi, aseguro que aquella noche no pude pensar en otra cosa. Me parecia que Dios protegia ya visiblemente á nuestra patria, y al contrario abandonaba nuestra alevosa ribal: me parecia que una negra nube se iba extendiendo sobre la orgullosa Francia, y que ya estaba por abrirse, y descargar sobre la misma, el horrible rayo, que habia de abrasarla y volverla ceniza.

*EXORTACION DE DICHO SEÑOR ILLMO. Á sus feligreses, para que respeten las autoridades públicas, inspirándoles la confianza que deben tener en sus gefes, por los motivos religiosos y políticos que expresa.*

Nos Don Benito María de Moxó y de Francolí, Marañosa de Sabater, Sanz de Latrás, Caballero de la Real y distinguida órden de Cárlos III, por la Gracia de Dios y de la santa Sede Apóstolica Arzobispo de la Plata del Consejo de su Magestad &c.

Á TODOS LOS FIELES DE NUESTRO ARzobispado, salud en el Señor.

El Excelentísimo Señor Virey de estas provincias Don Santiago Liniers y Bremond, se sirve participarme con fecha de 27 de Septiembre último, que pocos dias ántes habia habido en Montevideo una corta alteracion, pero que ya se habia calma-

do enteramente, y se habian restituido las cosas á su debido órden, y me encarga que así os lo haga saber para vuestra completa satisfaccion, y para que no deis crédito sobre el particular á las especies y relaciones equivocadas, que tal vez podrian sembrarse.

Feligreses mios, os ruego que no depongais el ventajoso concepto que tiempo ha teneis formado del dignísimo pueblo de Montevideo, y de las respetables autoridades que lo gobiernan. Su valor, su desinterés y patriotismo, merecen los mayores elogios. Acaban de proclamar á nuestro adorado Monarca el Señor Don FERNANDO VII, con aquel vigor, con aquella vehemencia, y con aquel extremo alboroso, que inspira en semejantes lances el verdadero entusiasmo. Llenos de fuego y de zelo por la patria, como los antiguos romanos, han jurado derramar hasta la última gota de sangre, en defensa de nuestro generoso Príncipe, en defensa de nuestra divina Religion, y de nuestras leyes fundamentales. Hace muy pocos dias, que hallándose el bravo Elio al frente de aquella valerosa guarnicion formada en quadro en la plaza

mayor, empuñó de improviso la bandera Coronela de voluntarios con la mano izquierda, y manteniendo con la derecha la espada desnuda, y vuelto hácia el Real retrato que se hallaba colocado en la fachada de las casas consistoriales, prorrumpió en esta patética exclamacion: ¡Ó *amado y augusto jóven*! *Este tu fiel soldado solo siente no tener otro brazo mas robusto, ni mas que una vida que ofrecerte; pero tiene en los nobles y valientes pechos de estos tus vasallos, el apoyo y escudo de tu Corona, y todos juramos ante estas tus reales banderas, no reconocer otro Soberano, y perder nuestras vidas por una causa tan justa* (a).

El grito universal y uniforme de *si juramos, y viva el Rey*, resonó inmediatamente no solo por todas las filas de los expresados batallones, sino tambien por todos los balcones y azotéas de la plaza y calles vecinas, que ocupaba un pueblo numeroso. ¿Y este alharido de la lealtad y fideli-



(a) Oficio del M. I. Cabildo de la ciudad de Montevideo dirigido al Sr. Arzobispo de la Plata en 17 de Agosto de 1808.

dad mas acendrada, no fué, decidme, como el eco del que levantaban al propio riempo en la ribera opuesta los intrépidos é inmortales vecinos de Buenos-Ayres, y del que levantasteis tabien vosotros dentro de muy poco tiempo, esto es, luego que llegó á esta ciudad el extraordinario del 24 de Agosto? No lo dudeis, feligreses mios: este grito, este alharido de nuestros corazones, que es una prueba tan auténtica de nuestro concorde parecer, salvará la América y admirará á toda la Europa. Él llegará con suma velocidad á oídos de aquellas naciones, que han recibido casi sin pelear, el yugo infame de la esclavitud, y las llenará de arrepentimiento y de rubor: llegará á oídos de las provincias españolas que han tomado tan animosamente las armas para morir ó vencer, y les causará una inexplicable satisfaccion y alegría: llegará á oídos de aquellos pocos pueblos de la península que están todavía dominados por las tropas invasoras, y les dará nuevo aliento para sacudir la detestable opresion, y volar al campo de la libertad: llegará por último á oídos del ambicioso y atrevido Bonaparte, y le convencerá de que el

silencio que habiamos guardado hasta ahora, no nacia de temor y espanto, sino de la obediencia y generosidad propia de nuestro carácter nacional. Le convencerá de que callabamos, no porque nos deslumbrasen y volviesen atónitos sus decantados triunfos, sino porque no le creiamos capaz de tan inaudita vileza. Le hará ver, que los españoles, en qualquiera parte del mundo donde se hallen, son leones, quando se les falta á la fe del juramento, y quando se les quiere arrancar de los brazos de su adorado Monarca. Y le hará confesar finalmente mal de su grado, que la sangre de los crueles vencedores de Jena, de Marengo y de Frienland, hubiera sin duda corrido en grandes arroyos al pie de esos baluartes de Cataluña, de Navarra, y de Vizcaya, donde tremolan ahora sus funestas águilas, si en lugar de sorprenderlos á traicion, los hubiese atacado á viva fuerza, como lo prescribe el derecho sagrado de gentes, y como lo hicieron en efecto los Cipiones, los Catones, los Césares, y otros héroes romanos, cuya magnanimidad y valor, con razon celebra la historia de España.

Ah! feligreses mios! ¡Quanto me alegro de veros á todos, á todos repito sin excepcion alguna, penetrardos de estos mismos sublimes sentimientos! ¡Quanto celebro, que los moradores de la América del Sur, no cedan ni en fidelidad, ni en valor, á aquellos inmortales guerreros que combaten por la patria, en las márgenes del Guadalquivir y del Ebro! ¡Quantas gracias doy á Dios, de que esteis ahora adquiriendo unos derechos tan incontestables á la estimacion de todos los hombres sensatos que actualmente viven, y á los aplausos de las generaciones venideras! O! los sangrientos torbellinos que excita por todos los paises del mundo, la ciega y desnaturalizada ambicion del Emperador de los franceses y su familia, no durarán mucho tiempo. Los disipará y deshará el brazo Omnipotente del Eterno, de quien nadie se burla impunemente, y á quien ningun poder humano puede resistir. Callará entonces el horrible estruendo de los cañones y de los morteros: el fierro homicida convertido en hoces y arados, servirá solo para recoger las abundantes mieses, ó cultivar los fecundos campos, cubiertos al presente de abrojos y

cadáveres: las naciones recobrarán sus antiguos derechos, y descansarán de sus pasados trabajos é infortunios á la sombra benéfica de una paz gloriosa y durable. Y en medio de esta dulce calma y sosiego universal, la posteridad repetirá muchas veces vuestros nombres, en prueba de los grandes sacrificios á que debe sugetarse el hombre de bien, por no faltar al honor y á la virtud.

„ Un soldado, (dirá) que no tenia otro „ mérito ni título que la pericia militar, y la se- „ renidad é intrepidéz en las batallas, abusó sacri- „ legamente de este apreciable talento, en los prin- „ cipios del siglo décimo octavo. Engreido con sus „ victorias, y desvanecido con la vil adulacion de „ sus cortesanos, abandonó aquella noble franque- „ za y sinceridad, que es el distintivo mas ilustre „ de un héroe guerrero: se envolvió en los infa- „ mes y oscuros artificios de la hipocresía, para „ alzarse al fin con el dominio universal. Asegu- „ raba en sus proclamas y manifiestos, que no „ habia para él cosa mas preciosa, que la vida „ de un ciudadano; y entre tanto, enviando por

„ todas partes sus feroces exércitos, inundaba de „ sangre humana las opulentas ciudades, villas y „ aldeas del medio dia, y los desiertos y helados „ campos del norte. Con una mano mostraba á la „ Europa el verde y apetecido ramo de olivo, y „ con la otra hacia señal á sus generales que se „ apoderasen de las provincias y reynos, y saquea- „ sen las cortes y palacios, sin distincion de ami- „ gos ó enemigos.

„ El deseo de la paz tan suspirada, hizo „ que varios pueblos, cayesen uno tras otro en „ esta red. El orgulloso vencedor los iba encade- „ nando á todos al pie de su trono, como otros „ tantos trofeos: y creyendo que ya no quedaba „ en la tierra nadie capaz de oponersele, se quitó „ por fin la máscara de la disimulacion, y pre- „ tendió atropellar descaradamente á un pueblo, „ con quien le unian los intimos lazos de la hos- „ pitalidad, y á quien debia infinitos favores. Pero „ esta nacion, tan fiel y escrupulosa en sus tra- „ tados, como zelosa de su independencia, fué al „ último la causa de su entero descredito y ruina. „ La España viéndose tratada con tanta perfidia,

„ hizo resonar los terribles acentos de su justa in-
„ dignacion y dolor, desde el uno al otro polo. Á
„ esta voz de la patria despertaron todos sus hijos,
„ no solo los que se criaban y alimentaban en su
„ seno, sino tambien los que estaban esparcidos
„ por todo el orbe en varias y riquísimas colo-
„ nias. Todos con un mismo espíritu, y con una
„ misma resolucion acudieron á vengar la injuria
„ de tan querida Madre. Todos empuñaron á un
„ tiempo las armas: todos corrieron al combate.
„ La llama de la guerra brilló en la cima de los
„ Andes lo mismo que en la de los Pirineos, hasta
„ que los extuerzos reunidos de los Americanos y
„ Europeos, desbarataron los insensatos proyectos
„ del bárbaro conquistador, obligándole á despo-
„ jarse del título no merecido de *héroe*, y á que-
„ darse para siempre con el odioso renombre de
„ *tirano*.

Este es, hijos mios, el idioma brillante y lisongero con que la posteridad referirá la historia de vuestras proezas, y de nuestros hermanos. No penseis que sea este un bien póstumo de que solo se aprovecharán vuestros descendientes. Al con-

trario, vosotros podeis disfrutarlo desde ahora, previendo el entusiasmo de admiracion y respeto, que acompañará en todos los siglos vuestra fama inmortal.

Manteneos pues firmes, como hasta aquí, en vuestros honrados propósitos. No rompais por ningun motivo esa estrecha union de ideas, de deseos y de acciones, que os asegura la victoria. Todos los pueblos de esta América piensan, gracias á Dios, como vosotros. Debeis considerar á Buenos-Ayres y Montevideó, como los dos sólidos baluartes de este vastísimo continente. Ni la seduccion, ni la fuerza podrán jamas penetrarlos. Sus magnánimos vecinos están resueltos á guardar aquellas puertas de todo el Vireynato, á costa de su propia sangre. Son pues ambos muy dignos de que los sostengais á porfia, con todo género de auxilios.

La pequeña y momentanea inquietud que se dexó ver poco ha, en el último de aquellos pueblos, y que tanto han abultado algunas cartas, no os cause el menor susto. El orígen, la raíz de aquel ligero descontento, fué un ardor demasiado vehemente de fidelidad y lealtad; de esa ama-

ble pasion identificada con nuestro carácter nacional, de esa pasion inseparable de un corazon español, y que, como todas las demas, está sugeta á varias equivocaciones y sorpresas. Fué una efervesencia peligrosa en sí misma, pero saludable en sus efectos, pues ha descubierto mas y mas la ardiente fiebre del patriotismo, que devoraba y aun devora á aquellos ciudadanos. No, estos imprevistos lances no deben admirarse en los primeros momentos de una guerra tan impensada, tan terrible, y que ha arrebatado tan justamente todo nuestro zelo. En medio de la inevitable confusion, que en iguales casos resulta de las primeras y violentas convulciones de la cólera y de la venganza, ¿será acaso estraño, que la razon se perturbe, y que no distinga bien claros los objetos que la rodean? ¿No vemos que el que viaja de noche por un pais sospechoso y expuesto á las emboscadas é insultos de los salteadores, enviste á veces al primer viagero que se le presenta, sin asegurarse ántes, si es ó no es enemigo?

Todavia llora la marina española el trágico

fin de dos de sus mas esclarecidos alumnos, que perecieron en las aguas de Gibraltar, en tiempo de la última guerra. Cada uno de los dos mandaba un hermoso y grande navío de nuestra retaguardia. Pero, como al anochecer los enemigos habian quedado cerca, y como luego una espesa niebla se habia tendido por toda la superficie del mar, en medio de la obscuridad y recelos de la noche se creyeron recíprocamente ingleses: rompieron ambos el fuego en un mismo instante, sin reconocer su fatal error, hasta que las voraces llamas, habiendo prendido poderosamente en ambos buques, hubieron hecho el mal irremediable. Entonces, al resplandor de las altísimas hogueras, los jóvenes capitanes se conocieron mutuamente, y quisieron prestarse un auxîlio inútil, pues la explosion repentina de Santa Bárbara acaecida algunos segundos despues, privó de la vida en un momento, á ellos y á sus numerosas tripulaciones.

Hijos mios! para evitar tan funestos acontecimientos de que estan llenos los anales militares de todas las naciones del mundo, no teneis en el dia sino un solo medio, que es la dócil obe-

diencia y exâcta subordinacion á vuestros gefes, especialmente al que posee el gobierno Superior de estas provincias, y reune en sus dignas manos todo el poder y representacion de este célebre Vireynato. Su notorio valor, su talento político y militar, al tierno amor que profesa á vosotros y á la patria, los recientes laureles que ciñen su frente, y la confianza que ha merecido á nuestro Soberano, os pronostican un êxito feliz, en la gran lucha en que os habeis empeñado. Hijos mios! nos amenaza una desecha tormenta, pero no, no temais el naufragio, mientras permaneciereis unidos, y vereis que un piloto tan experto no dexa de las manos el timon, y que conserva á su lado unos marineros tan diestros, tan zelosos y tan infatigables.

Palacio Arzobispal 27 de Octubre de 1808. =Benito María Arzobispo.=Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor.=Doct. Luis María Moxó.=Secretario.

*CARTA PASTORAL DEL MISMO ILLmo. SEñor, dirigida á todos sus feligreses con ocasion del arribo del Señor Don José Manuel de Goyeneche, Brigadier de los Reales exércitos, y Diputado de la Suprema Junta nacional de Sevilla.*

Nos Don Benito María de Moxó y de Francolí, Marañosa de Sabater, Sanz de Latrás, Caballero de la Real y distinguida órden de Cárlos III, por la Gracia de Dios y de la santa Sede Apóstolica, Arzobispo de la Plata, del Consejo de su Magestad &c.

Á TODOS LOS FIELES DE NUESTRO ARzobispado, salud en el Señor.

Amados hijos: me apresuro á comunicaros la plausible noticia de que el Señor Don José Manuel de Goyeneche, Brigadier de los Reales exércitos y Diputado de la Suprema Junta nacional de Sevilla, llegará mañana á esta ciudad. Todos lo aguar-

damos tiempo ha con la mas viva impaciencia, porque deseamos, que como testigo de vista, nos instruya por menor de los grandes acontecimientos que acaban de suceder en nuestra península, y que nos explique con toda claridad y distincion, las bien fundadas esperanzas que todavia nos quedan de redimir á nuestra amada patria, y arrancarla de las uñas del feroz usurpador que la ha sorprendido con tanta alevosía. Despues de la amarga turbacion y mortal congoja que os causó la relacion de un suceso tan trágico y tan impensado, sentireis sin duda una dulce alegría al ver comparecer de repente en esta remotísima colonia un paisano vuestro, que viene de las riberas del delicioso Betis, para templar vuestro extremo dolor, y deciros que vuestros hermanos de Europa, han levantado ya el estandarte de la libertad, en presencia de los exércitos enemigos, y que han creado y organizado un gobierno sabio, para que durante la embravecida tormenta sea el fiel depositario de las leyes, y la sagrada hoguera de la lealtad nacional, desde donde se comunique el ardor

del entusiasmo á todos los otros pueblos de nuestra vasta monarquía.

Los insignes vecinos de la capital de este Vireynato, los valientes Tucumanos y Cordoveses, los Salteños, y demas moradores de las inmediatas provincias, han recibido al mencionado Señor Diputado, con las demostraciones menos equivocas de júbilo, de satisfaccion y gratitud. Y yo me prometo, hijos mios, que vosotros hareis lo mismo, y que os esmerareis en acariciar y honrar á tan ilustre huesped.

Quando el Cónsul Cayo Terencio Varron se acercaba á Roma despues de la memorable derrota de Cannas con los débiles restos de sus valerosas tropas, el senado, los caballeros y hasta la ínfima plebe, salieron á encontrarle fuera de las puertas de la ciudad (a), dándole gracias de que en medio de tan horrible desgracia no hubiese desesperado de conservar la república, ántes bien, poniéndose al frente de los pocos soldados que le

(a) Tito Libio Lib. 22.

quedaban, se hubiese retirado á un lugar seguro, abriéndose camino por entre inmensos montones de cadáveres. Esta firmeza y constancia mereció el justo aprecio de aquellos padres conscriptos, y desconsertó y llenó de inquietud al senado cartagines. El mismo Anibal, aunque tan intrépido y engreido, se perturbó sobre modo, conociendo que era indomable una nacion, cuyos brios no se apagaban con la pérdida de una batalla tan sangrienta, y segun todas las apariencias, tan decisiva.

Ah! el moderno pueblo español no es ni menos esforzado, ni menos generoso, ni menos magnánimo que el romano. Ha sido en todos tiempos un pueblo de guerreros. Su heroica lealtad ha sacado mil veces la patria de entre las ruinas, y ha burlado los negros y detestables artificios de la perfidia. Díganlo los célebres peñascos, y estrechos desfiladeros de Astúrias, de cuyas cimas un puñado de españoles baxó á la llanura con las lanzas enristradas, y llevando á fuego y sangre las innumerables hustes agarenas, las llenó de espanto y de terror, las deshizo, y dexó cubierto el campo de destrozos: díganlo los condes de Barcelona: díganlo los Re-

yes de Aragon: díganlo los Condes y primeros Reyes de Castilla y de Leon, los quales conquistaron á palmos la patria: no desmayaron nunca en las desgracias é infortunios: no temieron á los exércitos victoriosos, ni envainaron jamas la espada, hasta que hubieron arrojado de nuestro suelo á los bárbaros conquistadores, y hubieron levantado muy gloriosos trofeos en las márgenes de todos los rios, y en las crestas de todos los cerros y montes.

Pero no por hablar ahora de hechos tan antiguos, parémonos un instante á contemplar algunos sucesos de la famosa y reciente guerra de succesion, cuya historia hemos oido contar tantas veces á nuestros abuelos. Unas manos débiles habian dirigido por espacio de muchos años las riendas del gobierno. Estabamos sin tropas, sin armada, sin tesoro, sin industria, ni comercio, y hasta los campos, tan celebrados en otras épocas por su rara fecundidad, se habian vuelto avaros estériles. ¿Qué gabinete hubo entonces en Europa, que no creyese inevitable nuestra pérdida? Los mas hábiles políticos miraban la España, como una rica presa, que sería luego dividida á pedazos entre los varios y as-

tutos casadores que la codiciaban. Aun mismo tiempo se hacian desembarcos de aguerridos soldados en distintos puntos de nuestras costas del mediterraneo y oceano, entraban por las puertas de los Pirineos infinitos enxambres de enemigos, y en los apartados senos del Tamesis, del Texel, y del Danubio, se forjaban á toda prisa las cadenas con que habiamos de ser aprisionados.

¿Que otro pueblo no hubiera cedido en tan apurada situacion, á la dura ley de la necesidad? Solo, solo el corazon magnánimo y leal de los españoles era capaz de acometer una hazaña tan arriesgada, y cuyo buen éxîto parecia del todo imposible. Al marcial estrépito de las armas despertaron nuestros padres como furiosos leones: dieron espantosos bramidos, y se prepararon para el combate. El Archiduque estrangero conducido por sus tropas logró penetrar hasta Madrid, y se hizo proclamar por Rey de España y sus Indias. ¿Pero qual fué, pregunto, el fruto de esta despreciable intriga? Pasearse por una corte desierta y desolada, por unos jardines solitarios y abandonados, y

reparar como corrian lágrimas de despecho y rabia, por las mexillas de los pocos ciudadanos que no habian podido huir. Hallar de repente que le habian interceptado los víveres, y que estaban ocupadas las gargantas de Guadarrama: sentir los desoladores síntomas de la hambre y del contagio: verse precisado á volver atras, y conocer, aunque tarde, que habia sido errado, y contra todas las reglas de una juiciosa política, el proyecto de internarse en un pais cortado por tantos montes y rios; y defendido por unos hombres que preferian la muerte á la esclavitud.

Finalmente, llegado á las llanuras de Brihuega y de Almanza, recibió las mas claras y enérgicas lecciones de su desengaño. Sus tropas veteranas fueron batidas y destrozadas por las nuestras que eran bisoñas. Tocó prontamente la retirada; se encerró en una de nuestras mas fuertes plazas marítimas, y al cabo de algunos meses salió de ella clandestinamente en un pequeño barco, abandonando para siempre sus lisongeros y temerarios planes. Con su ausencia respiró la España de sus pasados trabajos: colocó otra vez en el sólio de

San Fernando al amado Monarca por quien habia derramado su sangre; y en breve tiempo recobró el brillante puesto que habia ocupado entre las naciones de Europa.

Hijos mios! estos prodigios ha obrado en todos los siglos el valor español, porque educados nosotros en las divinas máximas del Evangelio, hemos amado siempre la sinceridad, la justicia, la verdad y la buena fe, y hemos detestado la falsedad, la hipocresía, el engaño y el perjurio. Ni la fuerza abierta, ni el disimulado maquiabelismo han podido nunca abatirnos, porque Dios que nos protege, y á quien invocamos con filial confianza, ha echado su bendicion sobre nuestras armas, y nos ha conducido á la victoria.

Hijos mios, no es mi ánimo comparar la mencionada guerra de succesion que tenia alguna sombra de equidad y de derecho, con la infame conquista de Bonaparte. Lo que os aseguro es, que actualmente se despliega en nuestra península el quadro de unos prodigios no menos grandes, y quizá mayores. Vosotros os podreis enterar facilmente de esta verdad, con lo que os referirá el

Señor Diputado de la Suprema Junta de Sevilla. El os demostrará como una sola ciudad de España, viendo que le arrebataban el Rey que habia jurado, viendo que pisaban las leyes fundamentales de la monarquía, viendo que estaban amenazados los bienes, los usos y las costumbres, y que la religion santa iba á perecer, tomó la heroica resolucion de declarar la guerra al único autor de tantos males, esto es, al Emperador Napoleon, proclamando en alta voz, que se sepultaria debaxo de sus ruinas, como sus hermanas Numancia y Sagunto, antes que manchar la lealtad de que habia dado en otras ocaciones tan repetidos y tan ilustres exemplos. El os hará ver como esta llama patriótica electrizó en un instante á todos los pueblos del contorno, de modo que el ameno Guadalquivir, que por espacio de muchos siglos habia corrido por entre unas riberas pacíficas y quietas, oyó con admiracion resonar por todas partes el sonoro clarin de la guerra, y los roncos y terribles tambores de los combates.

El os contará como mientras el fiero Dupont al frente de un exército escogido se ade-

lantaba á grandes pasos hácia aquella ciudad, á la qual imaginaba indefensa, y mientras despachaba correos á otro oficial subalterno, para que sin perdida de tiempoo viniese á reunirsele con la division de su mando, pues casi podrian los dos sin el menor peligro apoderarse de tan inportante punto: mientras, digo, el general frances se dexaba de este modo alucinar por su propio orgullo, cayó incautamente en la red que no habia previsto. Se halló rodeado de unos paysanos, que le habian tomado de antemano todos los pasos, para obligarle á rendir las armas, ó á entregarse á una vergonzosa fuga. Vió todos los cerros coronados de gente y de artillería: tuvo noticia de que en la Carolina le habian interceptado los carros de víveres y pertrechos: y perplexo, atónito y confuso, solo pensó desde entónces en buscar medios como escaparse. No sabemos lo que le habrá sucedido; pero segun las vigorosas disposiciones que iba tomando el inmortal Castaños, podemos pronosticar que no ha evitado su entera derrota.

De todo esto os instruirá, hijos mios, el

mencionado Señor Diputado, añadiendoos, que todos los demas pueblos de España, se han portado con igual intrepidez y valor. Todos se han armado en masa. Todos han sacudido el impío yugo del opresor. Todos han jurado no admitir jamas la dinastía estrangera; y á una voz han mandado á los magistrados y generales, que defendiesen la Religion, la patria, las leyes, y el Rey. Los tiranos que venian á saquear nuestros tesoros, y á ponernos una argolla en el cuello, como á viles esclavos, han empezado á temblar por sus propias vidas. El mismo gefe Murat no se ha creido seguro en Madrid, por cuyas calles habia hecho correr la sangre inocente de nuestros hermanos. Se ha encerrado ocultamente, primero en la espaciosa casa de Monclova, y luego en el sitio del Buen Retiro, transformando en ciudadela y fortaleza aquel Real palacio, y colocando los homicidas cañones y morteros, en aquellas mismas ventanas, desde cuya eminencia Felipe V. y Fernando VI. se dexaban ver tan á menudo, para derramar miradas benignas y paternales, y recoger los aplausos de una corte que los idolatraba.

Pero en vano, en vano Murat ha elegido esta inútil guarida. Los españoles á quienes tiene tan irritados, irán á buscarlo quanto ántes, romperán con la mayor facilidad esas débiles trincheras, se apoderarán de esa artillería, que él con soez astucia y ficcion sacó de nuestros propios parques para despedazarnos: rodearán y asaltarán á sus tropas, desmayadas y acobardadas con el interior remordimiento de tantos crímenes, y le obligarán á entregarse, y á implorar la generosidad española, que él ha tan altamente ultrajado. Ya los aragoneses y valencianos se preparan para esta gloriosa empresa. Ya se adelantan para el mismo intento numerosos batallones de gallegos y asturianos, entretanto que los navarros y vizcaynos cierran la retaguardia, y estan alerta dia y noche en las cumbres de los Pirineos, para que no sean forzados los desfiladeros de su provincia, que son la llave de toda España. Nuestros guerreros marchan con grande alegría, fiados en la Omnipotente proteccion del Dios de la patria, que mil y mil veces los ha sostenido con su mano invisible en el duro trance de las batallas.

¿Con que complacencia, hijos mios, oireis la interesante relacion, y contemplaréis la risueña pintura de todos estos extraordinarios sucesos? ¿Qué temor, que cuidado ó sobresalto podrá ya impedir, que vuestro corazon se inunde en gozo, y se llene de consuelo y esperanza? ¿Os inquietará por ventura el reparar, que en la lista de los valientes de España, no se lea el nombre de los intrépidos catalanes, que han sido siempre los hijos predilectos de Marte? No lo extrañeis, hijos mios. Los catalanes ¡ó que amargo recuerdo! han sido ahora sorprendidos: se ha violado contra ellos del modo mas indigno, el derecho de gentes: se les mandó que entregasen á los alevosos aliados sus principales castillos y fortalezas: y aunque mal de su grado, y reprimiendo apénas los impetus de una justa cólera, las entregaron por obedecer. Desde entonces los ingratos huespedes los tratan con una crueldad muy agena de las modernas costumbres de Europa, y solo propia de las naciones inhumanas que inundaron en otro tiempo aquella hermosa provincia. Como el cazador que emboscado de noche ha cogido una fiera, la estrecha y

oprime quanto puede, sin perderla un instante de vista temeroso de que al menor descuido rompa las redes, se eche sobre él, y lo haga pedazos: así los fementidos y viles satelites de Bonaparte, observan y hacen guardia á los catalanes, desde el momento que pusieron los pies dentro de las murallas de Monjuich, de Barcelona y de Figueras.

Y esta es, hijos mios, la razon, la razon única, porque todavia no se han alistado en numerosos exércitos, y no han volado á tomar venganza de tantos ultrages. Pero no tardarán mucho, yo lo aseguro, á executarlo. He nacido en aquel bello pais: he mamado en la leche las máximas y sentimientos que han sido constantemente caracteristicos de mi patria. Circula en mis venas la misma sangre, que en las de mis paisanos. Y por lo que yo al presente sufro y deseo, conozco lo que ellos tambien desean y sufren. O Cataluña! (no puedo contenerme) ó Cataluña! vuelvo á repetir. O amada patria! ¡O Principado famoso entre todas las naciones del mundo, por tu valor, por tu industria y piedad! ¿Podrás acaso permanecer espec-

tador tranquilo de la horrible tragedia que se representa meses ha, en tus campos y en tus ciudades? ¿Podrás mirar tus vegas desiertas, tus labradores encadenados, tus talleres rotos, tus naves podridas en los puertos, y lo que es mas, burlado el pudor y recato de tus doncellas, y de tus esposas, y profanados y hollados los ritos religiosos de que eres tan zeloso? ¿Podrás, digo, mirar tan nefando espectáculo, sin sentir en tu paternal pecho las violentas convulsiones de la ira y de la venganza?

No, mi querida patria. Tú no te mantendrás por mucho tiempo en inaccion, Ninguno de quantos te conocen se lo persuade. Has callado, á mas no poder. Pero derepente levantarás la voz como un trueno, y las voraces llamas de tu reprimido despecho saldrán de improviso y con grande ímpetu como las del magestuoso Etna, y ahuyentarán mas allá de nuestras fronteras, todas esas tropas que se habian prometido sojuzgarte, y abrasarán y reducirán en ceniza ese decantado código de regeneracion, con que tus implacables enemigos pretendian baxo un velo lisongero, arrancarte

tus usos, tus leyes, tus fueros y privilegios, conquistados por tus esclarecidos hijos á costa de sus propias vidas.

Concluiré ya esta carta, amados feligreses, porque temo abusar de vuestra paciencia: y la concluiré casi con las mismas palabras con que la he empezado. Mañana tendremos el gusto de recibir en esta capital al ilustre huesped que aguardamos con tanta impaciencia. Presentadle todos á porfia mil y mil pruebas de vuestro cariño, de vuestro respeto, y vuestra gratitud. Viene á daros el abrazo fraternal, á nombre de la Suprema Junta que ha sido la libertadora de la generosa nacion española, el fiel depositario del trono, y el robusto peñasco en donde se han estrellado los tiránicos proyectos de Bonaparte. Es nuestro paisano, y os lo embian vuestros hermanos de Europa, para daros un dulce consuelo en vuestras penas, para disipar vuestras dudas, para templar vuestra inquietud, y para avivar mas y mas el fuego del entusiasmo y patriotismo que arde en vuestros leales pechos. Correspondedle pues con el reconocimiento y distincion que por tantos títulos se me-

rece. Tened presente, hijos mios, que la cordial y afectuosa hospitalidad, es el distintivo de las almas grandes, y una de las virtudes mas amables, y mas recomendadas en el Evangelio (*a*). Un gran personage del paganismo (*b*), habiendo desembarcado con sus soldados en una playa desconocida, entendió que aquellos habitantes eran cristianos, con solo observar que les salian al encuentro y los conducian á sus casas, con la misma confianza y ternura, que si hubieran sido de mucho tiempo compañeros y amigos.

Plata 10 de Noviembre de 1808. = Benito María Arzobispo. = Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor. = Doctor Manuel Mariano de Echalar. = Prosecretario.

---

(a) Matth. c. 25. v. 34.

(b) Vida de San Pacomio capítulo quarto.

## *OFICIO DIRIGIDO AL MENCIONADO SEÑOR Diputado, acompañándole una nota del quantioso donativo que el Clero de Charcas ofrecia á la Patria.*

Por los dos documentos que tengo el honor de acompañarle, se enterará V. S. del donativo que así los Señores de mi Venerable Cabildo Metropolitano, como los Curas y demas Sacerdotes de esta vasta diócesis, ofrecen á nuestra amada Metrópoli. No puedo dexar de hacer presente á V. S. con tan plausible motivo, el ardiente zelo patriótico, y la fina lealtad de estos respetables ministros del Santuario, y españoles dignos del mayor aprecio. Han sido los primeros en presentar á la patria este voluntario tributo, como correspondia á unos hombres penetrados desde su niñez del espíritu del Evangelio, que no es otro, que el de la caridad, de la beneficencia, del desinteres y de la subordinacion. Desde el momento en que tuvieron noticia de la inaudita perfidia del Emperador de los franceses, y de

la cautividad de nuestro amado Monarca, y Reales Príncipes, dieron la señal á todos sus espirituales hijos, para que se juntasen al pie de los altares, y levantaron la voz en medio de ellos implorando la divina misericordia y justicia, único asilo de los perseguidos y atribulados, é interponiendo para el efecto la amable intercesion de la bendita Vírgen María, y de los Ángeles y Santos Tutelares de España. No han cesado de hacerlo hasta ahora, ni pondrán fin á sus tiernos gemidos mientras que la patria permanezca combatida con las olas de tan furiosa tormenta.

Bien persuadido V. S. de esta verdad, continúe lleno de consuelo y esperanza su penoso viage. En los helados páramos de estos Andes, en las desiertas playas del mar pacífico, y en las grandes y populosas ciudades de las provincias, le seguirá siempre nuestro afecto, nuestro corazon, y las bendiciones del Cielo, que nosotros atraeremos con continuos votos y sacrificios. ¡Oxalá que dentro de pocos meses, concluida su importante comision, pueda V. S. volver á la península, y asegurar á nuestra valiente y generosa nacion, que en el pe-

cho de los americanos del Sur arde la misma llama de heroismo, que en el de nuestros hermanos de Europa! ¡Oxalá que el desgraciado FERNANDO llegue á oir este grito, y sepa que ahora mas que nunca es el ídolo de todos estos sus fidelísimos vasallos!

Palacio Arzobispal de la Plata 15 de Noviembre de 1808. = Benito María Arzobispo. = Señor Don Josef Manuel de Goyeneche Diputado de la Suprema Junta nacional de Sevilla.

## *OTRO OFICIO AL MISMO, DIRIGIÉNDOLE las Cartas pastorales y Edictos publicados con ocasion de las ocurrencias de la presente guerra.*

El abultado pliego que acompaño, contiene un tanto de los edictos, exhortaciones y cartas pastorales, que he ido dirigiendo á mis amados feligreses, desde que llegó aquí la tristísima noticia de la cautividad de nuestro adorado Monarca y Reales Infantes. Pido á V. S. se sirva elevar dichos papeles á la Suprema Junta, que es en el dia la fiel depositaria del trono y el centro de la lealtad española.

No apetezco conseguir con estos documentos la fama de eloqüente ó erudito; sino acreditar á la patria, que los sentimientos que me animan son dignos de la educacion que me dió en mi juventud. Deseo que sepa, como sin embargo de hallarme ahora separado de ella por una inmensa distancia, me compadezco sobre modo de sus aflicciones, y tomo la mas viva parte que me es po-

sible en su servicio: deseo tambien que se entere, de como mis dóciles ovejas, adoptando con edificante humildad los pastorales consejos que les he dado, han cerrado ya todas las puertas de estas provincias al alevoso tirano, y estàn prontas á derramar la sangre en defensa de nuestro engañado Príncipe.

Mi corazon sumergido, tres meses ha, en un mar de inquietudes y dolores, disfruta de quando en quando de no poco consuelo, fixándose por algunos momentos en el tierno espectáculo que le presenta la noble fidelidad y constancia de todos estos vecinos. Puedo asegurar á V. S., que el Emperador de los franceses no tiene en estas remotas y ricas colonias de Charcas ni un solo partidario. Mis indios lo aborrecen tanto como los mismos españoles. Su nombre se pronuncia aquí con horror, no solo en las grandes ciudades, sino tambien en los páramos y despoblados, porque en el alma de las Tribus salvages, igualmente que en la de los pueblos civilizados, estan gravadas con caractéres indelébles, las sencillas y originales ideas de

la probidad y buena fe, que condenan de un modo tan enérgico y claro, la reciente y escandalosa perfidia de Bonaparte.

Yo espero que el Dios justo y terrible, que preside con absoluto imperio á toda la naturaleza, y encamina á sus inescrutables fines los extraordinarios y funestos efectos de las acaloradas y locas pasiones de los hombres, hará brillar la hermosa luz de su proteccion, en medio de las negras tramas con que pretende oprimirnos nuestro orgulloso enemigo: enjugará las maternales lágrimas de nuestra generosa nacion, y colocará de nuevo al inocente y augusto prisionero en el trono de San Fernando. Pero si por sus inapeables juicios diese licencia para que se encrudeciese aun mas y mas la furiosa tormenta, si permitiese que la mano violenta del opresor alejasse del seno español á todos los Infantes Borbones, á quienes pertenece su dominio por derecho de sangre, yo no sé lo que harian en este caso los demas conciudadanos: en quanto á mí aseguro, que si me fuera dable, me retiraria á algun rincon solitario y desierto, adonde no llegase nunca la fama de la crueldad de los fran-

ceses, siéndome mucho menos incomoda la compañia de los montes y de las fieras, que la vista de unos hombres que tantos males han hecho y hacen á nuestra patria.

Estos son, Señor Comisionado y amable husped mio, mis verdaderos sentimientos, como vasallo, como caballero y como Prelado, los quales pido á V. S. que en este correo haga presentes á la Suprema Junta de Sevilla, para que así lleguen prontamente, como deseo, á noticia de mis queridos paisanos, de mis amigos, de mis parientes, y de todos los españoles.

Palacio Arzobispal de la Plata 16 de Noviembre de 1808. = Benito María Arzobispo. = Señor Don Josef Manuel de Goyeneche, Diputado de la Suprema Junta nacional de Sevilla.

## *CONTESTACION DEL MISMO SEÑOR DIputado.*

Ilmo. Señor. = En oficio de 15 del presente se digna V. I. acompañarme los testimonios sínceros de acendrada fidelidad, amor al Rey y patriotismo del respetable Cabildo Metropolitano de su exemplar Iglesia. Al reconocerlos hallo en ellos aquel bello y noble espíritu que adorna á las almas grandes, como la de V. I. destinada por la providencia para con su exemplo en circunstancias dificiles, como las presentes, vertir aquella uncion que tan bellos frutos produce. He leido, y mi alma está impregnada de las sabias medidas de V. I., y en cada uno de los dignos Señores Capitulares reconozco un fiel y leal Ministro, que no solo eleva sus votos al Altísimo por la felicidad á que aspiramos, sino que presenta oblaciones que sostengan á nuestros hermanos que vierten su sangre en defensa de su honor y de sus Leyes. Embiado por la Nacion á recoger frutos tan preciosos, mi co-

razon no halla otro desahogo que el de asegurar á V. I., y suplicar lo manifieste á su respetable Cabildo, que seré incansable en publicar servicios tan distinguidos, en llevarlos en su verdadera energia cerca del trono de nuestro amado Soberano, y que nuestra Metrópoli la España, ratifique la alta idea que justamente tiene de todos sus compañeros, que habitan en estos felices paises.

Yo me prometo recibir del cielo las bendiciones y felicidad con que hasta hoy me ha conducido á admirar las bellas prendas de V. I., y sus preciosos ruegos llegarán puros, siendo los mios sínceros y afectuosos en favor de su preciosa continuacion, teniendo la honra de asegurarle que la reunion de tan extraordinarias demostraciones, servirán de exemplo y modelo, llenando la mayor parte de mis informes.

Dios guarde á V. I. muchos años. Palacio Arzobispal de Chuquisaca 16 de Noviembre de 1808. = Illmo. Señor = José Manuel de Goyeneche = Illmo. Señor Arzobispo de la Santa Iglesia Metropolitana de las Charcas.

## *DISCURSO QUE EL ILLMO. SEÑOR ARZOBISPO de la Plata pronunció derepente el dia 22 de Noviembre de 1808 para dar cuenta á su feligresía del triunfo de las armas españolas contra las tropas de Bonaparte.*

Amados hijos: Dios mira con ojos benignos á nuestra España, como tantas veces se lo habiamos rogado al pie de estos altares. Un falso amigo, un guerrero orgulloso, un político inhumano pretendió inutilmente sugetarla á un infame yugo. En vano, envano sus exércitos se derramaron á tiempo como un torrente de fuego por todas nuestras provincias, que creyéndolos amigos, les habian abierto las puertas de los Pirineos con extrema confianza, y los habian recibido con aquella dulce y franca hospitalidad que es propia de los pueblos generosos. Envano al abrigo de este indigno disimulo desplegó sobre nuestro patrio suelo la negra é impía trama de la seduccion mas vil, y pretendió desviar á nuestros hermanos del camino de la lealtad y del honor, que nuestros padres y abuelos siguieron siempre con tanta constancia.

Los españoles han levantado prontamente el velo que cubria esta alhagüeña, pero detestable hipocresía: han descubierto las fieras que habian ido á devorarlos, y corriendo luego á las armas, como acostumbran los valientes, en pocos dias los han hecho pedazos.

Hijos mios! tenemos hoy un motivo muy grande para alegrarnos, y dar humildes y fervorosas gracias á nuestro amoroso Dios, único autor de todos los bienes, y de todas las felicidades. Hemos logrado una victoria digna de compararse, y quizá aventajar á las mas brillantes proezas de nuestros famosos visabuelos. Bonaparte que habia hecho correr tantos arroyos de sangre en las hermosas campiñas de Italia, en las inmensas selvas de Alemania, y en las heladas llanuras de Prusia, y de Polonia: Bonaparte que habia derribado tantos tronos, destruido tantas repúblicas, y encadenado á tantos pueblos inocentes; Bonaparte, sí, el desnaturalizado y cruel Bonaparte, que habia hecho derramar tantas lágrimas, que habia sacrificado á su ambicion tantos millones de víctimas, y habia esparcido el terror y el desaliento por toda la tierra, ha sido

finalmente vencido en las angosturas de Sierramorena, en los deliciosos campos de Valencia, y en las doradas márgenes del Tajo y del Ebro.

El se avanzaba lleno de soberbia y no respiraba sino rabia y venganza; pero quando menos pensaba los leones españoles se le han echado encima, lo han puesto en una vergonzosa fuga, y lo han obligado á retirarse bien léjos de nuestras fronteras.

Hijos mios! vuelvo á repetirlo, Bonaparte ha sido completamente vencido por nuestros hermanos de Europa, y por nuestros fieles aliados los portugueses é ingleses. Junot que habia entrado en la indefensa Lisboa, no con la humanidad de un guerrero filósofo, sino con la ferocidad de un general vándalo ó tártaro, ha sido derrotado y ha entregado la espada en el campo de batalla. Dupont que se dirigia á marchas forzadas hácia Sevilla, prometiéndose saquear aquella célebre capital de la Andalucía, como lo habia executado con Córdova y otros pueblos, ha tenido que rendirse á discrecion con todo su exército, é implorar la generosidad de nuestro intrépido Castaños ¿Qué mas?

Palafox digno compañero de armas del general que acabo de nombrar, ha derrotado por once veces distintas á los batallones enemigos, que habian tenido la osadía de poner el pie dentro de Zaragoza, la qual en todos los siglos ha sido cuna de tantos héroes. Entretanto los intrépidos Valencianos, abrasados del ardor marcial, que les es propio, salian al encuentro del Comandante francés Moncey, le cortaban los víveres, le fatigaban en sus marchas, le mataban diariamente los soldados á centenares, y lo reducian al último apuro: de modo, que el que poco ántes se habia lisongeado con el temerario proyecto de apoderarse de la opulenta Valentia, huyó á toda prisa por los lugares mas despoblados, abandonando su artillería, y la mayor parte de su bagage, y habiendo podido apenas reunir en su retirada solos dos mil hombres.

¿Y qué diré de los catalanes? No os acordais, hijos mios, que os aseguraba pocos dias ha, que los catalanes, aunque oprimidos al presente por la mas dura esclavitud, aunque cercados por todos lados por las tropas enemigas, que habian puesto

una numerosa guarnicion en todas sus fortalezas, no tardarian, á volar al campo de Marte, y tomar venganza de tantos ultrages? Ah! ellos lo han verificado ya, como os prometia. Duchesne ha sido enteramente derrotado en las cercanias de Gerona, esto es, en el mismo lugar, en donde nuestros padres levantaron tantos y tan gloriosos trofeos contra la Francia. Ademas, tienen sitiado el castillo de Figueras, y han destrozado todas las colunas que se abanzaban para socorrerlo. El grito de indignacion, el grito de alarma, el grito de victoria se oye en todos los senos de aquella interesante provincia, mezclado con los alegres y tiernos acentos, de *viva FERNANDO*, *viva nuestra Santa Religion*, *y vivan nuestras excelentes leyes*: *vivan y reynen hasta la mas remota posteridad*, *nuestros adorados príncipes Borbones*!

O patria mia! O mi querida patria! recibe con tan justo motivo el dulce homenage de enhorabuena y alabanza que te ofrece el menor, sí, pero el mas apasionado de tus hijos. La gratitud es el sentimiento mas noble y mas inseparable de un hombre de bien. La gratitud es una llama viva

y hermosa que arde perennemente en las almas sensibles, y á quien ni amortigua la distancia de los lugares, ni apaga la inquieta revolucion de los tiempos. O respetable patria! desde la cisma de estos remotos Andes, tenia yo la vista fixa sobre tí; me interesaba por tu suerte, y estaba alerta dia y noche por si oía el marcial estruendo de tus valerosas huestes, que marchaban al combate. He logrado por fin esta dicha, y he sido testigo de tus triunfos. Gran Dios! continuad en proteger mi digna patria que tanto os ama, y romped del todo las cadenas que le habia echado con soez y bárbara astucia el comun tirano de toda la Europa.

Hijos mios! la estrechez del tiempo no me permite dilatarme mas. Os he referido en pocas palabras las plausibles noticias que nos ha traido el extraordinario de ayer. Pero para dar los últimos rasgos á este grandioso quadro, para colmar vuestra alegria, y acabar de enterneceros, os ruego que fixeis por un instante la vista en el feroz Murat, que cubierto con la obscuridad de la noche, se retira precipitadamente de Madrid, dexando clavados mas de ciento sesenta cañones, y abandonados

sus almacenes de víveres y pólvora. Sube corriendo por la escarpada cuesta de Guadarrama, seguido de catorce mil franceses fugitivos, y no viendo la hora de esconderse tras las elevadas cumbres de los Pirineos. Ah! apenas este cruel usurpador ha salido fuera de las puertas de aquel fidelísimo pueblo, se han abierto de par en par las de todos los templos, y todos los ciudadanos han volado á postrarse al pie de los altares, pidiendo el castigo y escarmiento de tantas atrocidades. El trémulo anciano, la desolada madre, la infeliz viuda, y el niño huérfano y desamparado sueltan á un tiempo el llanto, hacen resonar las sagradas bóvedas con sus agudos gemidos, y recuerdan al Dios terrible de los exércitos los males casi irremediables que les ha hecho Murat.

Huye, huye hombre orgulloso y sanguinario: trepa sin detenerte por los montes y peñascos, y dexa quanto ántes el suelo español. Mira que van á caer sobre tí los rayos del cielo irritado. ¿No reparas como estan ya muy cerca de tu retaguardia esos bravos leones á quienes tu tan indignamente has ultrajado? ¿No observas, como te

estrecha el valeroso Cuesta, que baxó dos meses ha de las montañas con solo un puñado de labradores, y sin embargo arrolló á no pocos de tus regimientos veteranos? Mas ahora lleva en pos de tus banderas victoriosas á muchos millares de compatriotas, y tiene á su lado al incomparable Duque del Infantado, que arde en deseos de vengar no sus personales insultos, sino los de su Rey y de su patria. Ah! huye, huye bárbaro y no pises por mas tiempo un suelo defendido con tan especial cariño por la desvelada providencia del Dios de nuestros padres.

Basta, queridas ovejas mias. Ya hemos hablado suficientemente de batallas y combates. Es hora de que entonemos juntos en este augusto templo metropolitano, el tierno y sublime himno de la victoria. Es hora de que presentemos á la Divina Magestad el debido tributo de nuestro reconocimiento. Ah! executadlo así en este mismo instante, hijos mios, con todo el fervor que os sea posible. Confesad, que todo, todo lo debeis á su infinita misericordia, y que sin su auxilio Omni-

potente, hubierais sido hollados y destruidos por nuestros enemigos, como tantas otras naciones de Europa. Jurad que le servireis en adelante con filial amor, que sus suaves preceptos serán la regla de vuestra conducta, y que no lo olvidadeis jamás, hasta el postrer aliento. Acordaos tambien de nuestros Patronos, de la inmaculada Vírgen María, del ínclito Rey San Fernando, y de los Ángeles tutelares de España, los quales han intercedido por nosotros, y nos han alcanzado esta gran dicha. Ah! espíritus bienaventurados! génios bienechores! yo os doy las mas síneeras gracias á nombre de este mi amado rebaño, á nombre de todos los americanos, y de todos los españoles.

Vos principalmente, paloma sin mansilla, honor y gloria de nuestro pueblo, vos amable hija de Jesé, que nunca abrigais en vuestro virginal pecho, sino pensamientos de consuelo y de paz, vos dulcísima madre mia, y madre de la patria, recibid en este señalado dia, el cariño, el amor, y las alabanzas de vuestros humildes devotos. Ah! como os pagaremos jamás los infinitos favores, que á manos llenas no cesais de derramar sobre nues-

tras cabezas? Ah! madre mia! quisiera á lo menos explicarlos; pero apenas intento texer su narracion quando me inunda de repente un rio de ternura, que anuda mi voz, y no me dexa hablar.

Insigne, apasionada, amabilísima protectora de la nacion española! amparad á la patria, amparadnos á todos. Amen.

## CARTA DE S. A. R. LA SERENÍSIMA SEñora Doña Carlota Joaquina Princesa del Brasil.

La felicidad, y particular adhesion que siempre habeis manifestado á mi augusto padre, y demas individuos de mi Real familia, me constituyen en la firme esperanza, que proseguireis con la misma exâctitud que siempre ha distinguido vuestros méritos y servicios, los que en mi concepto son de tanta consideracion, que me han movido á embiaros los actos públicos, que vos comunicareis á los Obispos, y que los dichos encargados de la administracion pública recibirán por el conducto regular y ordinario: y á deciros al mismo tiempo, que será muy de mi aprobacion el tener contextacion vuestra, en cuyo tiempo no dexaré de aprovechar las ocasiones que se me presenten para remunerar la lealtad y honor que os hacen recomendable, como tambien la de aquellos Obispos, y las de vuestros subordinados que juzgueis dignos de mi estimacion y confianza. Rio de Janeiro á los 27 de

Agosto de 1808. = Vuestra afeccionada. = La Princesa Doña Carlota Joaquina de Bourbon. = A D. Benito de Moxó y de Francoli, Arzobispo de Charcas.

## CONTEXTACION DEL ILUSTRISIMO SEÑOR *Arzobispo de Charcas.*

SEÑORA.

En el momento que iba á contextar á la carta con que V. A. R. se dignó honrarme, han llegado á esta ciudad los correos de Lima y Buenos-Ayres, trayéndome el primero las proclamas de la Havana, México, Goatemala y Lima, y el segundo, la noticia de que los portugueses y españoles, unidos estrechamente como hermanos, se han cubierto de gloria en el campo de batalla: que el tirano ha sido derrotado en distintos puntos de la península, y que el orgulloso y cruel Junot ha tenido que rendirse y entregar la espada.

Señora! como podré explicar á V. A. R. los sentimientos de ternura y gozo, que han inundado de repente mi corazon, así que me he hecho cargo de los mencionados papeles? Atónito, y fuera de mi, me he postrado á los pies de un Crucifixo, que tenia delante, y con los ojos bañados en lágrimas, he dado las mas humildes y fervorosas gracias á ese Dios justo, á ese Dios conso-

lador y misericordioso, quien por fin se ha dignado compadecerse de nuestra España y América, encendiendo á un tiempo en el pecho de españoles y portugueses, la llama de su antiguo y heroico valor, y ha tenido á bien oir los gemidos y oraciones de este indigno Prelado, que tantas y tantas veces se lo habia pedido.

Señora! reciba V. A. R. con plausible motivo, la mas sincera, la mas cordial, y mas alegre enhorabuena, de parte de un ministro de la Religion, que ha jurado, como todos sus conciudadanos, morir en defensa del augusto hermano de V. A. R. el Señor Don FERNANDO VII, y no obedecer jamás á otra dinastía que á la de los Borbones. Y ya que V. A. R. me honra tanto, sin merecerlo, le suplico, que ponga el colmo á tan extraordinaria dignacion, haciendo presentes estas mis invariables máximas á su Real esposo el Señor Príncipe Regente, y á su augusto primo el Señor Infante Don Pedro. Oxalá que tenga yo quanto ántes el consuelo de contemplar restablecido en su primitivo esplendor el trono de los Braganzas! Daria de muy buena gana la sangre que corre por mis ve-

nas., para que la ínclita nacion portuguesa lograse en breve esta dicha: y para que reuniendose otra vez á la amable sombra de sus dignísimos seberanos, viese florecer de nuevo baxo su paternal imperio, la religion, la virtud, las ciencias, las artes, y el comercio. Todos mis venerables hermanos los Obispos de esta provincia, y todos mis queridos hijos los curas y sacerdotes de este Arzobispado, estan penetrados de este mismo deseo.

Señora! me atrevo á dirigir á V. A. R. la adjunta copia de las cartas pastorales, exhortaciones, y edictos, que he publicado en estos tres últimos meses, como un testimonio bien claro y auténtico de mi ardiente lealtad: testimonio, que con indecible respeto y amor pongo á sus Reales plantas.

Llene el cielo á V. A. R. y á su augusta casa y familia de toda suerte de bendiciones, para cuyo fin no cesaré nunca de ofrecerle mientras viva, mis tiernos votos y sacrificios. Plata 23 de Noviembre de 1808. = De V. A. R. = El mas agradecido y respetuoso servidor y Capellan = Benito María Arzobispo = A. S. A. R. la Serenísima Señora Doña Carlota Joaquina de Borbon Princesa del Brasil.

## OFICIO DEL MISMO AL EXCMO. SEÑOR *Almirante Sir Sidney Smith.*

Excmo. Señor = Tengo el honor de dirigir á V. E. el adjunto pliego, que contiene la contestacion á la carta con que la Serenísima Señora Princesa del Brasil se ha dignado honrarme: y espero que V. E. se servirá cuidar de que dicho pliego llegue prontamente á sus Reales manos.

Yo celebro infinito, que se me proporcione tan plausible ocasion de dar á V. E. la mas expresiva enhorabuena, por la estrecha union, que segun he leido en los papeles públicos, acaba de establecerse entre las dos naciones á que ambos pertenecemos. Esta feliz y deseada noticia me ha llenado de una inexplicable alegria, y he volado al instante á postrarme al pie de los altares, rindiendo al Todopoderoso las debidas gracias, por un beneficio, que sin duda alguna será un manantial de felicidad para Europa, y para América.

Las armas combinadas de dos pueblos igualmente valerosos y magnánimos, harán temblar al odioso tirano, pondrán un freno á su orgullo, y desbaratarán los locos y temerarios proyectos de su insufrible ambicion. La humanidad respirará despues de tantos males. La patria enjugará sus amargas lágrimas. Los príncipes Borbones tan injustamente perseguidos, volverán á tomar las riendas del gobierno, y á trabajar en la felicidad de sus pueblos. Cesarán las desgracias y calamidades de la guerra. Y la ínclita nacion inglesa, tendiendo desde su afortunada isla, la vista hácia todos los puntos del globo, disfrutará de la envidiable y dulce satisfaccion de haber cooperado con tanta energía á disipar la horrible tormenta, que por espacio de diez y ocho años, ha cubierto gran parte de la tierra de destrozos, de sangre, y de cadáveres.

Yo, como ministro de la sublime Religion, que nuestro adorable Salvador fundó, para hacer de todos los hombres una sola familia, me lisongeo ya con la perspectiva de un espectáculo tan delicioso, y no cesaré de levantar continuamente las manos al cielo, pidiendole encarecidamente, que

que acelere el dichoso momento de esta suspirada época.

Entretanto Señor Almirante, reciba V. E. el testimonio sincero del respeto y afecto que profeso, mucho tiempo ha, á su dignísima persona. Ciudad de la Plata 24 de Noviembre de 1808.= Excelentísimo Señor. = Benito María Arzobispo de Charcas. = Excelentísimo Señor Almirante Sir Sidney Smith.

## EDICTO

*EN QUE SE EXORTA AL CLERO Y PUEBLO de la Diócesis de Charcas, para que hagan una fervorosa rogativa á Dios en favor de Nuestro Santísimo Padre Pio VII. cruelmente perseguido por el golierno frances.*

Venerable Clero, y amado pueblo: El mismo Emperador y pretendido héroe, que nos robó á nuestro muy amado Soberano FERNANDO VII, quiere arrebatarnos tambien á nuestro adorado Padre Pio VII. Acabo de saber de oficio, que las tropas francesas se han apoderado de Roma y de todo el estado pontificio, y han arrancado del lado de su Santidad, á viva fuerza y con inaudito escándalo, á casi todos los Eminentísimos Cardenales, para que así la cabeza de la Iglesia quede sin senado, sin consultores, sin ministros, y si fuese posible, sin apoyo alguno. No contento pues Napoleon, con habernos hecho tantos daños, preten-

de apagar la última esperanza de la virtud desgraciada, esto es, la Religion.

El primer atentado encendió el entusiasmo de todos los leales españoles, y les puso las armas en la mano, que ya han merecido la bendicion del cielo, y nos han proporcionado no pocos triunfos. El segundo ha hecho derramar lágrimas á todas las almas sensibles, en la Europa y en la América, aun á aquellas que viven fuera de nuestra comunion, y debe excitar hasta lo sumo el zelo y fervor de los verdaderos católicos, obligándolos á recurrir al ayuno y á la oracion: armas invencibles á las que no podrá, os lo aseguro, resistir el decantado poder del tirano.

Hijos mios! Quando el impío Herodes tenia preso á San Pedro en la cárcel de Jerusalen, *aquella Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él.* Esta oracion fué oida. El Señor envió un Ángel, el qual en el silencio y quietud de media noche entró en el calaboso, rompió las cadenas con que estaba aherrojado el Santo Apóstol, y lo puso en libertad.

Hijos mios! He mandado, que á imitacion de aquellos primeros fieles, se hagan piadosas rogativas en todos los templos de este Arzobispado, para pedir á Dios que tenga compasion de su Vicario en la tierra, del sucesor de San Pedro, y primer piloto de la mística navecilla, fuera de la qual es imposible librarse del naufragio y de la muerte.

Venerable clero! Amado pueblo! Os pido por las entrañas de Jesuchristo, que unais á este efecto vuestras oraciones con las mias, á fin de que vuestra ardiente devocion supla por mi tibieza: y acudiendo todos juntos á postrarnos ante el divino acatamiento, logremos quanto ántes un despacho favorable: *cese la tempestad, y sobrevenga una grande bonanza.* Ah! el que no toma interes en una causa tan justa y urgente, no, no merece honrarse con el sublime título de Christiano.

Palacio Arzobispal de Charcas 6 de Enero de 1809. = Benito María Arzobispo. = Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor. = Doctor Manuel Mariano de Echalar. = Pro Secretario.

# HOMILIA

*QUE EL ILLMO. SEÑOR ARZOBISPO DE Charcas, pronunció en su Iglesia Metropolitana el dia ocho de Enero de 1809, en presencia del Real Acuerdo y demas cuerpos, para dar principio á la expresada rogativa.*

Os he convocado hoy, amados hijos mios, en este santo templo, para hablaros de la amarguísima situacion en que se halla actualmente nuestro Santísimo Padre Pio VII, perseguido con la mayor injusticia é impiedad, por aquel mismo Emperador, á quien él habia colmado de tantos y tan extraordinarios favores: por aquel mismo Emperador que habia recibido de sus sagradas manos la imperial corona, que ciñeron en tiempos mas felices los inmortales protectores de la Silla Romana, Pipino y Cárlos Magno: por aquel mismo Emperador, que lo habia hospedado con muestras de tan cordial benevolencia en el Palacio de las Tullerías:

por aquel mismo Emperador, que le habia prometido al pie de los altares y delante de toda la nacion francesa, ampararlo y defenderlo con todo el poderío de sus armas victoriosas: por aquel mismo Emperador finalmente, que le habia protestado una y muchas veces, que se honraria hasta la muerte con el dulce título de hijo suyo. Ya hace algunas semanas, queridas ovejas mias, que llegó á mis oidos el eco de esta lamentable persecucion. Sin embargo, aunque teniendo traspasada el alma con cuchillo del mas agudo dolor, guardaba en el particular un profundo silencio. Porque por una parte sentia afligiros con la relacion de unos atentados, de que la historia de la Iglesia apenas presenta ningun exemplo, ni aun en los siglos mas bárbaros, y por otra, mi tierno amor, y mi filial veneracion hácia la Santa Sede, me hacian á veces dudar de la verdad de aquellos hechos, no obstante de verlos ya estampados en algunos papeles de Europa.

No me parecia posible, que un político, un héroe, y un filósofo se arrojase jamás á semejantes excesos: que no reparase en grangearse la

odiosa opinion de irreligioso, y que manchase los laureles cogidos en el campo de Marte, enviando sus exércitos á oprimir al humilde Sacerdote del Señor, al cariñoso Ministro de la paz, al Príncipe inocente é indefenso. Esperaba pues, que con la llegada de otros correos y otros papeles se averiguase con mayor certidumbre lo que en realidad habia sucedido, y entretanto levantaba á menudo los ojos al cielo, suplicándole con lágrimas, que mientras se formaba sobre nuestras cabezas tan cruda tormenta, no abandonase al piloto de la divina navecilla, la qual en este inconstante y pérfido mundo es el único consuelo y esperanza de los buenos creyentes.

Así, así he pasado el espacio de dos meses, sin desplegar los labios, fluctuando en una mortal inquietud, devorado como por una fiebre ardiente, por la viva aprehension de tantos escándalos, de tantos desastres y ruinas; y temiendo que otra vez se realizase aquella espantosa profecía, *heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* (a).



(a) Matth. c. 26. v. 31.

Pero ya es preciso, amados feligreses, que rompa hoy el silencio que habia guardado hasta ahora. Ya se hace indispensable á mi corazon el buscar en vosotros algun desahogo, como un padre en medio de sus hijos. Ya es preciso que aquí á la presencia de Jesuchristo y de su amabilísima Madre, alze el velo que cubria tantas maldades, y os hable por fin con toda claridad. Oidme.

Bonaparte no pudiendo llevar por mas tiempo la máscara de la hipocresía y disimulacion, ha empezado á descubrir los perniciosos planes que abriga en su pecho. Desesperado de sorprender con su afectada piedad la despierta vigilancia del digno sucesor de San Pedro, y atraerle á firmar ó consentir unos decretos, que hubieran llenado de oprobrio á la cátedra eterna de la verdad, se ha declarado abiertamente su enemigo. Ha enviado tropas para que ocupasen todo el dominio temporal de la Iglesia Romana: dominio apoyado en la pacífica y quieta posesion de tantos siglos: dominio respetado por todos los Soberanos, y prueba augusta y permanente de la incomparable devocion y munificencia de los antiguos Monarcas de

Francia. Ha embestido y esclavizado al padre comun de los fieles, y al primer Soberano del mundo, dentro de su propia capital y palacio. No le causó rubor el decretar una expedicion con título de *militar*, en la que los aguerridos atletas de Jena y de Austerlitz, no han tenido que luchar contra otras fuerzas, que contra la paciencia y resignacion christiana de un santo á quien sin embargo no han podido vencer.

El anciano Pontífice, adorado de todos los que como yo han tenido la dicha de conocerlo y tratarlo, recibió al orgulloso general, y á las legiones homicidas, con un semblante sereno y risueño, en el que brillaba la amable y celestial apacibilidad de una conciencia sin crimenes. A imitacion del Salvador, queriendo reprimir el justísimo zelo é indignacion de los suyos, les rogó y mandó que no le defendiesen; ponderándoles los testimonios de amor y devocion que le habian tributado los franceses, durante su viage y residencia en París, y callando las ofensas y desacatos. Hecha esta prevencion, y exôrtando á todos los subditos que viviesen en la posible armonía con los crueles

invasores, á quienes daba en su rescripto el dulce renombre de *huespedes*, se salió á la pobre quinta de Castelgandolfo, situada en las inmediaciones del célebre lago albano, así para implorar con mas libertad la divina misericordia en aquellas solitarias orillas cubiertas de tan grandiosos escombros, como para ver, si ausentándose por algunas semanas de Roma, se amansaba la inaudita fiereza de aquellos tigres. Pero no sirvió de provecho alguno esta heroica magnanimidad. La capital del Orbe estaba cada vez mas tiranizada. El Vaticáno que desde las márgenes del Tiber eleva tan alto y hace reverenciar de tan léjos su sagrada cúpula, veia las calles, las plazas y campos vecinos cubiertos de armas, de caballos y de estandartes, y sus magestuosas é inmensas bóvedas resonaban á cada momento con el horrible estruendo de la artillería y caxas militares. Los franceses se habian apodérado de todo con indecible descaro, y se jactaban publicamente, de que nunca, nunca, soltarian de las manos tan rica presa.

En esta apurada situacion, en este absoluto desamparo ¿cómo pensais, hijos mios, que se manejó el mansísimo y amabilísimo Pio VII? Sin per-

turbarse, sin proferir una sola quexa, mandó á su Secretario de estado, que dirigiese á todo el cuerpo diplomático una sencilla nota, protestando contra aquella violenta usurpacion: y luego volvió á sepultarse en su ordinario silencio, poniéndose con entera confianza en las manos de la providencia, adorando sus inapeables decretos, y besando el azote con que se dignaba castigarlo. De esta misma manera el Príncipe de los Apóstoles aherrojado con dos cadenas en la cárcel de Jerusalen, por órden del impío Herodes, dormia con el mayor sosiego, en medio de los soldados que le guardaban (a).

O exemplar tranquilidad! O envidiable sueño del justo! ¿Quién creyera que en lugar de enternecer el corazon del tirano, lo irritarias y enfurecerias? En efecto el general frances testigo ocular de aquella angelical serenidad, cebó inmediatamente su ira y despecho en el sacro colegio, que todos los políticos de juicio, católicos, ó no católicos, habian tratado siempre con singular atencion: envió



(a) Act. Apost. c. XII.

tropas á las casas de los Eminentísimos Purpurados, los arrancó de ellas á viva fuerza, y con la misma los hizo conducir fuera del estado pontificio, dexando contra el derecho de gentes, á la cabeza de la Iglesia sin sus mas inmediatos miembros, y á la Sede Romana, sin su augusto Senado. No, no pudo entónces el Santo Padre desentenderse de esta nueva herida; antes bien levantó de repente la voz, reclamó la restitucion de sus fieles ministros y cooperadores, é hizo saber á todo el mundo, que lo que pretendia Napoleon, no era ya tan solo destruir la soberanía temporal de los Papas, sino acometer y echar por el suelo el gobierno espiritual que Jesuchrisro estableció en el monte Tabor, y dexó asegurado en la preeminente primacía de San Pedro. No sabremos lo que habrá sucedido despues; pero nos consta que nuestro adorado Pontífice quedaba desplegando una firmeza y dulzura digna de los tiempos apostólicos, y estaba resuelto á sufrir qualquiera tribulacion, y derramar toda la sangre de sus venas, antes que faltar en lo mas mínimo á su deber, y al decoro de su altísima dignidad.

Esta es, esta es, queridas ovejas mias, la

sucinta y puntual historia de los atentados, ultrages é insultos, que los franceses han cometido recientemente en la Ciudad Santa. Esta es en resumen la historia de los sacrilegos crímenes con que han profanado y hollado la esclarecida Metrópoli de nuestra Sagrada Religion. Esta es la historia, repito, del modo cruel, inhumano, é impío con que han tratado al respetable y augusto anciano, que desde que abrazó el timon de la mística nave los habia colmado de favores, y no habia cesado de bendecirlos. Esta es por último la historia del horrible desacato, con que Napoleon ha pretendido hacer mofa y escarnio de aquel sumo Sacerdote, á cuyas plantas se habian postrado tantas veces con respetuosa humildad, los Monarcas de las tres últimas dinastias: de aquel sumo Sacerdote, en cuya persona, el ángel, el profeta, el apóstol de la Francia, quiero decir, San Bernardo, reconocia lo que tiene de mas grande el antiguo y nuevo testamento (a), un Abrahan, un Melquisedec, un

(a) De Considerat. L. II. et IV.

Moysés, un Aaron, un San Pedro, en una palabra, al mismo Jesuchristo.

Ya no es solo, hijos mios, el rumor de esta monstruosa tragedia el que ha llegado á mis oidos, pues puedo decir en cierto modo, que se ha representado á mi vista, y que he asistido en espíritu á sus mas horrorosas escenas. Mi venerable hermano el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Nipli Nuncio de su Santidad me comunica de oficio todos estos acontecimientos, pidiendo mis oraciones y las vuestras (a). Por eso pues, os he convocado hoy en este templo, como insinuaba al principio, y por esto, suelto ahora en medio de vosotros el llanto, que derramaba tanto tiempo hace, en la oscuridad y retiro de mi oratorio. Si hijos mios, os confieso que estoy inundado de amargura como el profeta Jeremias, porque se que me acompañareis todos, todos en este acerbo dolor, tan digno de un corazon católico y

(a) Con fecha de 20 de Septiembre proximo pasado, en Rio Janeyro.

español, y que elevareis conmigo vuestros gemidos al cielo, para que ó castigue, ó abra los ojos del alma al ingrato Bonaparte.

Dios mio! el corazon se me arranca del pecho, al ver al mundo combatido por las furiosas olas de tantas tribulaciones! Vos habeis protegido de un modo admirable al Emperador de los franceses. Vos lo habeis librado de innumerables riesgos en quarenta y mas batallas. Habeis permitido á la victoria que corriese delante de sus banderas. Las fortalezas mas inexpugnables se han abierto á su presencia: los exércitos mas aguerridos han huido, se han consternado, y poco despues han ido temblando á recibir el yugo de su vencedor. Le habeis entregado las riendas de infinitos pueblos: lo habeis colmado de riquezas: habeis adornado sus sienes con la diadema imperial, y le habeis permitido que estableciese el trono de su poder sobre las ruinas de innumerables naciones. Queriais sin duda, Dios mios, domar esa alma feroz, obligarla á reconocer la mano Omnipotente y paternal que la sostenia, y á publicar por toda la tierra

vuestra inefable bondad y dulzura. Queriais sin duda que fuese el apoyo de vuestra divina Religion, y que restableciese las ruinas del Santuario, como David, á quien tambien en otro tiempo levantasteis del polvo, y os sirvió en lo sucesivo con la mayor fidelidad. ¿Pero que pueden, que pueden los beneficios con un ingrato? Napoleon no ha sido en manera alguna semejante al hijo de Isai. No os dado la gloria que debia. Se ha atribuido á si mismo el triunfo de sus armas. Su insensato orgullo ha subido á una altura monstruosa. Ya no puede aguantar el freno saludable de la fe y de la razon. Pretende abiertamente que todo ceda á sus temerarios caprichos. Ha embestido á la ciudad escogida, y ha esclavizado á vuestro Vicario, al sucesor de tantos santos, al heredero de los Apóstoles. Los fieles esparcidos por toda la tierra se horrorizan, y no saben en que vendrá á parar tan negra borrasca. Ah! ya es tiempo, ó Dios justo, ya es tiempo que detengais el torrente de tantos crímenes. Despertad la Europa del letargo en que yace: inspiradle su antiguo valor: encended en sus exércitos la llama de la piedad y del entusiasmo,

y haced que, como los españoles levanten todos á un tiempo el estandarte de la Patria, y de la Religion, y corran de comun acuerdo á oprimir al tirano, ó á lo menos á hacerlo adoptar unas medidas mas humanas.

No estrañeis, queridas ovejas mias, que prorumpa yo en estas aclamaciones: soy ministro de paz, es verdad; pero esta amable paz, esta paz tan deseada, no la tendremos, no la disfrutaremos nunca, sino alcanzamos primero con nuestros ruegos y gemidos, que el Señor desbarate los funestos planes de nuestro enemigo. Soy ministro de paz; pero tambien soy ciudadano, y aunque no odio á Napoleon, detesto y abomino sus procedimientos, porque ha hecho y no cesa de hacer tantos males á mi Soberano y á mi Patria. Soy ministro de paz, soy sacerdote, soy Obispo; pero por lo mismo debo sentir en extremo, que Napoleon ultrage tan descocadamente á la Iglesia y á su Gefe. Ah! *Quando se persigue al Papa*, decia San Avito Obispo frances (a), *no es un solo Obispo el que*

---

a) Epist. ad Faustum T. 1. conc. Gal.

*está en peligro, sino todo el órden episcopál.*

Ademas, ¿que no debemos temer nosotros de un guerrero, que embriagado con los brillantes y rápidos sucesos de sus conquistas se ha propuesto fundar no se que imperio que ábrase en su recinto á todo el occidente, sin limitacion alguna, aunque sea pasando por encima de los mas graves inconvenientes, y de los mas horrorosos delitos? ¿De un guerrero que no oyendo otras voces que las de la ambicion y del egoismo, sacrifica á esta ridícula quimera la quietud y la felicidad de cien millones de hombres? ¿De un guerrero, que volando con la celeridad de un rayo del Sena hasta el Rin y el Pó, y del Danubio hasta el Volga y el Vistula, dexa inundadas con rios de sangre humana, y cubiertas de cadáveres todas las provincias por donde arrastra su maligno influxo? ¿Qué no debemos temer de un príncipe, que escondido en la sagrada sombra del juramento y de la amistad, prepara un golpe mortal á sus mismos aliados, labra en secreto las cadenas con que se lisongea esclavizarlos, y espia dia y noche el momento de verificarlo? ¿Qué no debemos temer de un legislador, que

muestra á todas las naciones el odioso código, que segun el dice, arroja de sí el resplandor de una filosofía sublime y benéfica, el decantado código de la universal regeneracion política; y entretanto con la punta de su espada levanta y trastorna los cimientos eternos de toda buena legislacion, esto es, la equidad, la justicia, y la buena fe? ¿Qué no debemos temer de un hombre, que en sus proclamas se precia altamente católico, y al mismo tiempo escala por medios indirectos el edificio inmortal de la Religion? ¿Qué recibe de manos del Papa el cetro y la corona, se alista en el número de sus hijos, y luego se echa sobre él improvisamente, le quita quanto tiene, y lo injuria sin el menor miramiento? Por último, ¿qué no debemos temer de un filósofo, que afectando profesar aquella tan ponderada tolerancia, que respeta las conciencias de todos los hombres, y los objetos de su veneracion, permite que sus exércitos profanen el templo mas augusto y célebre de toda la tierra, y que las manos sangrientas de un soldado atheo, despojen aquel mismo santuario, que los Constantinos, los

Carlomagnos, y tantos otros príncipes, habian enriquecido con sus dones y ofrendas?

Lo vuelvo á repetir, queridas ovejas mias, no hay infortunio, no hay desgracia, ni calamidad, que no debiesemos temer, si Bonaparte lograse realizar todas sus ideas. No hablo ahora del horrible chaos en que se precipitaria la sociedad: no hablo de las persecuciones y desayres que experimentaria el verdadero mérito y la virtud: callo el lamentable naufragio en que se verian sumirse en un obscurísimo abismo, y aun mismo tiempo, las propiedades de un gran número de ciudadanos, y las leyes, las costumbres, y los fueros de todos los pueblos. Todo esto paso ahora en silencio, así como las lágrimas, los sollozos, el susto y el terror de las infinitas víctimas que correrian despavorida por toda la tierra, y que al último serian sacrificadas con el cuchillo infame de la ambicion, de la luxuria, y de la codicia. Pero ¿pensais por ventura, que entonces quedaria á lo menos en pie el único asilo, el único refugio de la inocencia perseguida, quiero decir, la Religion de nuestros mayores? Ah! no os lo persuadais, hijos mios.

Bonaparte conoce muy bien, que nada se opone tanto al orgulloso y loco proyecto del dominio universal, como las máximas severas de una religion justa y compasiva, que manda que á nadie se le haga agravio, que se cumplan exâctamente los pactos y promesas, y que no se quite á ninguno lo que posee, ó debe poseer con legítimo título. Procuraría pues, no lo dudeis, derribar ese coloso, á quien ya la divina mano de su artífice, ya el homenage de tantas generaciones hacen tan sagrado y respetable. ¿No veis como desde ahora, qual otro Juliano, asesta contra él sus mas terribles baterias? ¿No veis con que disimulo, pero juntamente con que afan, lo mina por los cimientos?

Fixad, os ruego, otra vez la vista, hijos mios, en la capital del orbe christiano. ¿A qué fin pensais que Bonaparte ha quitado al Papa el dominio temporal, lo ha rodeado de tropas, y ha arrancado de su lado á los Cardenales? ¿Será por alguna pretension puramente política? No ciertamente. El Papa considerado como Príncipe secular no podia dar motivo ni pretexto á tan escan-

da osa tropelía. Lo que pues, segun toda apariencia, espera Bonaparte, es, que el pastor, el padre universal de los fieles, oprimido y agoviado con la carga de los años y enfermedades, viéndose solo y sin el auxîlio de sus amantes ministros, consultores y hermanos, no podrá resistir por mucho tiempo al enorme peso de tantas inquietudes, cuidados y disgustos, y que así quedará con su muerte sin el primer piloto la nave santa, en medio de la tormenta mas espantosa de que hacen memoria los anales del mundo.

Fieles mios! este es, á lo que parece el plan de Bonaparte. Pero consolaos: porque ni sus viles tramas, ni su hipocresía, ni su poder, ni sus alhagos, ni sus amenazas bastarán jamas para realizarlo. La Iglesia padecerá, hasta que se haya llenado la medida que Dios tiene establecida en sus inapeables decretos. La Iglesia sufrirá y se verá combatída, porque así conviene que suceda, pues es hija del Calvario y de la Cruz. La Iglesia será el blanco y terror donde se encaminarán las saetas de los malvados; porque su esposo es un esposo de sangre. Pero la Iglesia nunca, nunca perecerá. Te-

nemos la experiencia de diez y nueve siglos. Su fundador y redentor despidiéndose de ella en el monte, para volverse al lado de su padre, le prometió expresamente, que no la desampararia hasta la comunicacion de los siglos; y el cielo y la tierra, pasarán mas pronto que su palabra.

Desengáñate Bonaparte: todos tus esfuerzos y los de tus generales y exércitos, vendrán al cabo á estrellarse contra esa misma roca, que tantas veces ha resistido los combates de las embravecidas olas, y la furia de los vientos y huracanes: contra esa misma Iglesia Romana, centro de la unidad católica, fundamento de la fe, depósito de la doctrina, cátedra de la verdad, honor, gloria, y consuelo de los hijos de la luz: contra esa misma Iglesia Romana, que ha sido tu bienhechora, que te ha engendrado y regalado en su seno, y á quien tu sin embargo tan impiamenre persigues.

Vamos, pues, queridas ovejas mias, vamos á ofrecer á Dios la víctima que le es tan agradable: vamos á ofrecersela, en memoria, reconocimiento y recuerdo de estas inestimables promezas.

Yo se la presentaré en esta mañana con mis manos, aunque inmundas, y vosotras aprobareis y acompañareis este tierno homenage con el espíritu y con el corazon. Vamos juntos, repito, á pedirle por los méritos de la purísima Vírgen María primogénita de la Iglesia, y por la intercesion del glorioso San Pedro Gefe de todo el órden pastoral; que se digne abreviar los dias áciagos de la calamidad y peligro, y se compadezca de nuestro anciano, humilde y santo piloto, en la situacion crítica y violenta en que al presente se halla.

Y tu Iglesia Romana, madre de las demas Iglesias, madre de todos los fieles, y dos veces madre mia, una por tener la dicha de ser católico, y otra por haber logrado tambien la fortuna de educarme á tu sombra, de recoger dentro de tus muros las preciosas semillas de las ciencias, y los exemplos aun mas preciosos de zelo y de virtud, y de recibir en el mayor y mas antiguo de tus templos la sagrada imposicion de las manos: ¡Iglesia Romona, vuelvo á repetir, Iglesia elegida por Dios para unir á todos hombres con los lazos de una misma fe, y de una misma caridad! admite

hoy con ánimo benigno el sincero y debido tributo de respeto y veneracion que pone á tus plantas desde esta remota distancia, el menor y mas afecto de tus hijos. Amada y dignísima madre mia! Tu no te apartas un instante de mi memoria: tus trabajos y calamidades presentes me traspasan el corazon, y una nube de tristeza cubrirá de continuo mis ojos, hasta que sepa que ha rayado otra vez sobre tí la aurora de tu primera grandeza y prosperidad. Amen.

## HOMILIA.

*QUE PRONUNCIO EL DIA 9 DE ENERO de 1809 el Ilustrísimo Señor Don Benito María de Moxó y de Francoli, Arzobispo de la Plata, así que los gefes y cuerpos de aquella capital, y el Venerable Clero secular y regular hubieron prestado en sus manos el solemnísimo juramento de obedecer á la Suprema Junta Central gubernativa de España y de las Indias.*

¡Amados feligreses! ¡Ciudadanos de Charcas! ¡Pueblo que te has distinguido siempre desde la conquista por los sentimientos de la mas acendrada lealtad! ¡Fidelísimos y valerosos moradores de esta insigne capital del Perú! Todos los respetables gefes, mrgistrados, y tribunales que ves aquí reunidos con el Venerable Clero secular y regular, hemos celebrado esta mañana el acto mas augusto y solemne de que hasta ahora han hecho memoria tus anales. Impelidos por aquel ardiente patriotismo,

por aquel zelo puro, y por aquella imperturbable y sencilla intrepidez que ha formado en todos tiempos el verdadero carácter español, hemos jurado al pie de Jesuchristo crucificado y en presencia de sus santos evangelios, obedecer exâctamente y con prontitud, las resoluciones de la Junta general y gubernativa, que con tan felices auspicios se instaló y constituyó, poco ha, en el Real sitio de Aranjuez: y hemos prometido promover y defender á costa de nuestras mismas personas, de nuestra salud, y de nuestros bienes, la conservacion y aumento de nuestra religion católica apostólica romana, la soberanía de nuestro augusto Monarca FERNANDO VII, la conservacion de nuestros derechos y fueros, especialmente los de sucesion en la familia reynante y las demas señaladas en las mismas leyes: y por último, todo lo que entendiéremos que pueda conducir, así al bien y felicidad general de las provincias de América y España, como á la mejoria de sus costumbres.

Sí, hijos mios, esto es en sustancia lo que acabamos de prometer con inexplicable complacen-

cia, y con aquel dulce y tierno consuelo que inspiran á las almas sensibles las acciones virtuosas. Al momento de pronunciar la enérgica y sacrosanta fórmula, os hemos tenido presentes á vosotros, y como os conociamos á fondo, hemos jurado no solo en nuestro nombre, sino tambien en el vuestro. Pueblo mio! ¿Quál piensas que ha sido mi interior júbilo y alboroso, mientras en calidad de pastor, aunque indigno, ofrecia en el ara de la patria los votos de todos vosotros? Lleno de sublime y desusada confianza, he fixado los ojos en los del divino é inocente Cordero que tenia delante, y le rogado con grandes veras, que se dignase bendecir y premiar desde el cielo vuestra magnánima resolucion, manteniendoos firmes con su diestra entre los infinitos embarazos y tropiezos de la presente desgraciada época.

Despues de concluida la agusta ceremonia, la primera explicacion del universal gozo de los concurrentes ha sido, como era muy natural, la efusion de nuestra gratitud al Omnipotente: y todos con admirable concordia, hemos venido inmediatamente á este templo, á rendirle una devota y so-

lemnísima accion de gracias. Somos españoles, y esta sola circunstancia debia bastar para que en los próperos sucesos de la patria reconociesemos la oculta y benéfica mano de aquel Señor, que fué el único y seguro apoyo de nuestros abuelos en los tiempos mas calamitosos. No hemos traido pues al Santuario, sino una sola voluntad y un solo corazon. Vosotros que nos aguardabais anciosamente, no habeis tardado un instante á seguirnos luego que nos hemos presentado en la gran plaza: y con repetidas aclamaciones y cordiales vivas habeis dado á conocer de un modo bien claro, vuestra extrema alegria. Oh! ¿á quién de nosotros ha dexado de enternecer ese grito, ese alarido, fiel expresion del mayor interes y entusiasmo?

Feligreses mios! con razon, con mucha razon os alegrabais. La fraternidad y concordia de la que veiais una viva y hermosa imágen en la union de tantos magistrados, tribunales, ministros y gefes, es el bien que ahora mas que nunca debemos apetecer: es el robusto baluarte, capaz de romper las armas por tanto tiempo victoriosas, y las tramas siempre pérfidas de nuestros crueles enemigos: es la

ancora única que nos puede sostener en medio de tantos embates, sin que quedemos sumergidos por la furiosa tormenta que ha causado y causa tan funestos y tan inauditos naufragios en todo el universo. Hoy pues que nos hemos congregado en la casa del Señor para darle gracias por el establecimiento de la Junta central, objeto de los deseos y esperanza de toda la nacion, no nos olvidemos de suplicarle ahincadamente, tenga á bien el conservarnos por largos años en la posesion de aquellos dos preciosos tesoros, quiero decir, la fraternidad y la concordia. Con ellos seremos invencibles, y sin ellos de nada nos serviria nuestra intrepidez nuestro zelo, y nuestro valor. Por muchos años que dure la guerra no temamos mientras nuestros corazones permanecieren unidos.

No, no es ciertamente la reunion de todas las fuerzas, sino la de todas las voluntades, la que constituye un estado bien organizado: un estado que se concilie el amor y confianza de sus vecinos, y el respeto de sus mismos contrarios y ribales. Esta reunion nos hará triunfar á nosotros en las batallas: esta reunion inutilizará todos los proyectos del ti-

rano: nos proporcionará fondos inagotables para mantener muy numerosos exércitos: hará florecer las artes aún entre el horrible estruendo de los combates: y finalmente, despues de haber destruido y ahuyentado de nuestras fronteras á todas las tropas de nuestros injustísimos invasores, hará que la patria disfrute por espacio de muchos siglos de las dulzuras de una paz sólida, y fundada sobre las eternas basas de la concordia nacional, y del mas elevado heroismo.

Ah! quando la patria nos dirige su maternal voz, llamándonos con instancia para que la socorramos; ¿quién de nosotros pensará en otra cosa que en volar á su defensa? ¿Quién no correrá á mesclarse en las filas de los esforzados batallones, que se están alistando para salir al encuentro del enemigo? ¿Quién no se sugetará de buena gana al saludable freno de las leyes? ¿Quién no obedecerá gustoso las insinuaciones de los gefes y de los magistrados? ¿Quién en tan importante y delicada ocasion se acordará de los resentimientos é injurias personales, y no las sacrificará sin la menor repug-

nancia en obsequio del bien comun? ¿Quién, en una palabra, tendrá otra idea ni otro deseo, que el de coopérar eficazmente con sus conciudadanos, para vengar la patria y aspirar de este modo á la cumbre del honor y de la virtud? O concordia! O fraternidad! O amable union! Sola tu puedes inspirar y facilitar las grandes empresas: sola tu puedes poner fin á los males que padecemos, y alexar los que todavia nos amenazan: sola tu puedes darnos entrada en la prision donde un falso amigo ha confinado á nuestro adorado FERNANDO. Y logrado esto, sola tu puedes hacer impenétrables nuestras fronteras, y levantar en ellas un muro de bronce que nos divida para siempre de nuestros pérfidos huespedes.

Conozco, feligreses mios, que me enardesco mucho ya en el principio del discurso. Pero no lleveis á mal que vuestro pastor, que es ministro de paz, que no anhela sino la paz, que conforme á la expresa órden de su divino Maestro, no debe predicar otra cosa que la paz, os hablé hoy con eficacia, de la concordia y fraternidad, que son vínculos de la paz, y la sagrada piedra,

en que estriba al presente toda nuestra esperanza. Haceos cargo que la religion y la patria me ponen en los labios estas palabras, y que seria en mí un detestable crimen el permanecer frio ó indiferente quando se trata de vuestra felicidad.

Me parece ademas, que nada de quanto he dicho debe mirarse como fuera del propósito y objeto del presente alegrísimo concurso, porque, ¿no hemos venido juntos á este templo para dar al Todopoderoso las mas humildes y expresivas gracias por las dichosa instalacion de la Junta Gental, de quien todos nosotros nos prometemos tan grandes ventajas? ¿Y esta Junta Central, esta fiel depositaria de la autoridad Soberana, no ha sido, el dulce fruto de la inalterable concordia y fraternidad con que todas las provincias de España han conspirado á un mismo fin? ¿De esa prodigiosa concordia, que ni las maliciosas asechanzas, ni las viles seducciones, ni las bárbaras amenazas, ni la impetuosidad y fuerza de tantos exércitos enemigos ha podido disolver ó trastornar? ¿De esa concordia, que ha dominado en poco tiempo las encontradas opiniones, ha disipado como humo las dudas

de los políticos y publicistas nacionales, y ha llenado de asombro á los extrangeros?

Creedme, feligreses mios: la fraternidad y concordia de todos los españoles reunidos á la amable voz de la patria, como los individuos de una gran familia, es la que ha dado nacimiento á la tan-deseada Junta Central. Ella es tambien la única que puede mantenerla en todo su decoro y esplendor, proporcionando á aquel augustísimo Senado que despliegue sobre toda la nacion el lleno de sus luces, de su beneficencia, y de sus talentos. Finalmente, si miramos hoy á la Junta Central, como un beneficio inestimable, que acabamos de recibir del Dios de nuestros padres, el qual, como suele, *despues que se ha enojado hace misericordia*: si al leer los sabios decretos, al oir el solo nombre de la Junta Central, nos palpita el corazon, y asoman á nuestros ojos lágrimas de ternura y consuelo: estas deliciosas sensaciones provienen de que nos acordamos al instante, que aquella respetabilísima Junta es por su esencia el símbolo de la concordia y fraternidad nacional que ella misma ha fixado y asegurado; provienen de la íntima conviccion en que es-

tamos, de que cimentando y dando un punto estable á la mencionada fraternidad y concordia, nos ha librado de infinitas é incalculables desgracias, y en el tiempo mismo en que nos atacaban y ponian en inaudita consternacion las mas furiosas ráfagas del huracan excitado por el Emperador de los franceses y por su hermano José, ha calmado nuestro sobresalto, y nos ha enseñado á lo léjos, pero ya de un modo muy perceptible, el puerto de nuestra futura tranquilidad. Quiero demostrarlo, hijos mios; y os ruego nuevamente que me escucheis con la acostumbrada benevolencia y atencion. El conocer á fondo la grandeza del favor que habeis recibido, os hará mas humildes y agradecidos hácia Dios, al paso que aumantará vuestro cariño y respeto hácia el ilustrado Gobierno, por cuyo conducto derrama sobre nuestra Monarquía, las prosperidades que ya experimentamos.

Volved pues los ojos conmigo hácia nuestra península: dad un rápido vuelo al rededor de todas sus principales provincias, y deteneos por algunos instantes á considerar la peligrosa situacion

en que se hallaban, quando sus Diputados se pusieron en camino para reunirse en Aranjuez. Las crestas de Sierra Morena acababan de coronarse con un trofeo, que las hará ilustres y famosas en nuestros anales, obligando á la mas remota posteridad que pronuncie el nombre de aquellos desfiladeros, con no menor asombro y veneracion que pronunciaban los espártanos el de Termópilas. La victoria de Bailen alcanzada pocas semanas ántes, habia cubierto de gloria á nuestros batallones, y habia hecho ver á todo el mundo, que los leones que se criaban á las orillas del delicioso Bétis, eran tan brabos y generosos como los que moraban en las márgenes heladas del Ebro, y del Llobregat. Dupont, despues de haber rendido las armas á los pies del inmortal Castaños, se retiraba de la Andalucía, sin poder disimular su despecho y rabia, por no haber podido executar en todo aquel bello pais, los mismos robos, violencias y desacatos de toda especie, que en las dos desgraciadas ciudades de Jaen y Córdova. Moncey digno compañero de armas de Dupont, habia esperimentado una suerte semejante en las vegas de Valencia, y solo habia

podido escapar con una pequeña parte de su exército de la justa venganza de aquellos honradísimos naturales, entregándose á una precipitada y vergonzosa fuga, y abandonando no solo el campo de batalla, sino tambien una porcion muy considerable de su tren, armas y bagage. Lo propio con corta diferencia sucedia entretanto al general Lefevre en el sitio de Zaragoza. No solo no habia podido abrirse paso por una ciudad que no tenia mas defensa que el pecho de sus vecinos, sino que habia quedado con el mayor desayre en todos los ataques, precisado siempre á retirarse sin haber hecho cosa de provecho, dexando las débiles tapias y espaciosas calles de aquella capital obstruidas con los cadáveres, é inundadas con la sangre de los franceses, y habiéndose de confesar vencido, sin embargo de su grande reputacion en los exércitos imperiales, por un Comandante español, que destinado hasta entonces á la guardia de las Personas Reales apénas se habia presentado nunca en el campo de Marte.

Las noticias de tantas y tan inesperadas derrotas, habia desconsertado todos los planes de José,

el qual con el resto de los suyos, y con algunos pocos españoles, indignos de este nombre, habia atravesado los montes de Guadarrama, y con su salida habia dexado libre á Madrid, despues de quatro meses de la mas dura opresion. Pero estas tropas que se alejaban, mal de su grado, de la capital del Reyno, asolaban todos los paises en donde ponian sus pies inmundos. Castilla la vieja en particular era el teatro de su atroz y bárbaro furor: talando las mieses y corrompiendo los víveres que no podian consumir, despedazando el ganado y las aves domésticas que pacian en los solitarios campos, pegando fuego á las casas y chozas de los pobres labradores y aldeanos, profanando los templos, y pisando y hollando todos los objetos del culto. Mientras Castilla la vieja estaba devorada por tan horrible incendio, las demas provincias por donde habian transitado las tropas francesas, humeaban aún, y descubrian de léjos los funestos monumentos de su irreligion y de su desnaturalizada crueldad.

Tal era, feligreses mios, el estado en que se hallaban á último de Septiembre del año pasado

de mil ochocientos ocho las principales provincias de España. En quanto á Cataluña y Navarra, que son las dos llaves de la Monarquía, estaban todavía en poder de los pérfidos devastadores: y aunque la primera habia levantado sus célebres tercios de miqueletes, y habia degollado muchos miles de soldados de los generales Duhesme y Lechi, sin embargo, no teniendo sino muy pocas armas, y careciendo absolutamente de caballería y artillería, no le habia sido dable arrojarlos de los castillos de Barcelona, y de la respetable fortaleza de Figueras. Asturias que habia sido la primera ó de las primeras en levantar el pendon de la libertad, organizaba un exército muy superior á su escasa poblacion. Lo mismo hacia Estremadura desembarazada ya del cuidado en que le habia puesto la devastacion del vecino reyno de Portugal. Por último, Galicia habia convocado sus frugales y valerosos paisanos, y habia logrado juntar en pocos dias una fuerza como de ochenta mil combatientes. No se descuidaba tampoco la Corte, ántes bien animada y dirigida por las vigorosas disposiciones

del Supremo Consejo de Castilla, armaba á toda priesa sus voluntarios, los quales en el dia pará siempre memorable del dos de Mayo, habian dado una sub ime muestra de su asendrada lealtad é indomable corage.

Todas estas tropas respiraban venganza, y esperaban oir la voz de la patria para echarse con extremo denuedo sobre los batallones enemigos. Pero estaban dispersas, y necesitaban ser reunidas en los puntos mas importantes. Tenian á su frente excelentes Generales, pero estos apenas conservaban comunicacion unos con otros, y mientras cada Junta provincial se suponia Suprema y sin subordinacion á otra, era imposible que adoptasen de comun acuerdo un plan sencillo, enérgico, arreglado á las circunstancias y á los preceptos del arte y capaz de burlar la conocida impetuosidad del enemigo, y contrarrestar su acreditada táctica.

O amada patria! ¡Quan evidente era el riesgo en que te hallabas de ser oprimida, si Dios que te miraba ya con ojos benignos, y queria hacerte triunfar, no te hubiese inspirado el pensamiento de

instalar y constituir un Gobierno Central y sólido, que tomase con unánime consentimiento y aplauso de todos los Españoles y á nombre de FERNANDO VII, las riendas del mando¡ ¿Y quién acertará, feligreses mios, á explicar debidamente las inmensas ventajas, que la patria y todos nosotros hemos logrado con el establecimiento de semejante Supremo Gobierno? Él es el que ha dado espíritu y vida á todas las disposiciones políticas y militares. Él es el que ha disipado hasta la mas mínima sombra de desunion, y ha cortado de un solo golpe las censuras y calumnias mordaces, que las gazetas y demas periódicos franceses esparcian descocadamente contra nosotros. Él es el que dado á la Monarquía una verdadera fuerza, estableciendo la debida proporcion entre la celeridad con que el enemigo puede executar sus empresas hóstiles, y prontitud con que podemos ocurrir para inutilizarlas: beneficio tanto mas apreciable, quanto sabemos por las oraciones de Demostenes, que la situacion contraria perdió á Atenas en tiempo de Felipe padre de Alexandro, y ha arruinado en distintas épocas á infinitos otros estados. Él es el que

ha desembarazado un espacioso campo para las negociaciones diplomáticas, pues sabran ahora las potencias extrangeras con quien han de entenderse en los tratados, conferencias y preliminares de paz ó de guerra. Él es, para encerrarlo todo en una palabra, el que ha terminado nuestros sustos, y nos ha llenado de alhagüeñas esperanzas: del mismo modo, que quien en una noche oscura se ha extraviado y perdido el camino, se consuela y alienta, así que ve aparecer en el horizonte los primeros rayos del hermoso luceio.

¿Y qué diré del importante servicio que la Junta Central ha hecho ya á toda España, colocando á su cabeza al Serenísimo Señor Conde de Floridablanca? ¿Qué podré decir, sino lo mismo que le escribia el Supremo Consejo de las Indias, esto es, *que el acierto de la Junta en aquel primer paso presentó* una grande confianza del que debe esperarse en sus ulteriores providencias? Ah! al oir el nombre del nuevo Presidente toda la Nacion prorumpió en los mas vivos y sínceros aplausos, celebrando ver otra vez á la frente de los negocios á aquel insigne Ministro, que por tantos años los manejó

con increible destreza y sagacidad: aquel Ministro que por sus talentos, por su honradez y probidad se grangeó el respeto de todos los Gabinetes de Europa, y disfrutó el honor de que en una ocasion muy apurada le consultase desde Petersburgo la gran Catalina de Rusia, y pusiese en su arbitrio la suerte de tan basto imperio: aquel Ministro, que no olvidó jamas ninguno de los manantiales de la felicidad pública, protegiendo, la religion, y las letras, y abriendo los cimientos del futuro engrandecimiento de la agricultura, de las artes, del comercio, y de la navegacion.

No quiero, feligreses mios, dexar de recordaros el desgraciado y lamentable momento, en que la intriga y la envidia arrebataron de las manos de tan habil y consumado piloto, el timon, y lo derribaron de la altura á que lo habia elevado un Monarca padre de sus vasallos y justo apreciador de su extraordinario mérito. La España, toda la Europa, vió á este nuevo y pacífico Camilo descender á la oscuridad de la vida privada, sin que una pequeña nube de abatamiento ó tristeza aso-

mase á perturbar por algunos instantes la constante serenidad de su rostro, y sin que se desprendiese de sus labios ninguna sentida queja ni contra el Soberano á quien amaba tiernamente, ni contra el ambicioso é inepto ribal, digno del desprecio de quantos le conocian. Este logró al fin sentarse en el lugar que aquel grande hombre dexaba vacio. Pero ¿qué sucedió pregunto? Lo que infaliblemente habia de acontecer. La nave de la república fluctuó sin rumbo cierto y conocido, entre las olas de un mar borrascoso. Cerró la noche: arreció la tormenta: la nave tocaba á cada momento en algun oculto peñasco ó baxio: y finalmente con grande fatiga y continuos quebrantos arrastró su quilla, hasta llegar al año de 1808 en que estuvo ya á punto de deshacerse.

¿Qué gracias pues no debemos dar á Dios de que la nacion, apenas salvada del naufragio, haya podido echarse en los brazos de la Junta Central? ¿Y quán reconocidos debemos quedar á la mencionada Junta, por haber colocado á su cabeza al Nestór murciano, al ciudadano mas digno de presidirla, y á quien pedia el voto uniforme de

todos los pueblos? Ah! feligreses mios! debemos prometernos los mas felices sucesos. Floridablanca, Jovellanos Saavedra, Cevallos, nombres famosos, resuenan ya en los augustos Salones del Real Palacio de Aranjues. Los dignísimos Diputados de todas las provincias ponen con razon su mayor gloria en haber llamado á su lado, los talentos, la experiencia, el patriotismo, y la virtud. Oh! el fiero Napoleon no abatirá jamás estos invensibles baluartes: no conquistará la España: y si acaso, por nuestros pecados, la conquista, conquistará montes, conquistará páramos y playas desiertas, paseará el formirable tren de su artillería homicida sobre las tristes y estériles cenizas de los incendios que habrá causado: y de en medio de los funestos escombros de tantas ciudades, villas y aldeas, del centro de las piras de la patria, oirá salir la voz inmortal y terrible de nuestras vírgenes, de nuestros sacerdotes difuntos y cubiertos de gloriosas heridas, los quales le echarán en rostro su perfidia, su alevosía, y su bárbara inhumanidad, amenazándole en tono profético con la divina venganza. Esta soledad, esta desolacion, estos gritos, es-

tas amenazas, y sobre todo la conciencia de sus horrendos crímenes, amedrentarán á los soldados franceses, temiendo que de entre los fracmentos de las aras hechas pedazos, y debaxo de las losas de los melancólicos sepulcros, se disparen abrazadores rayos, ó se arrojen furiosos leones, los quales despedasen á los impíos invasores, como en otro tiempo á los sacrílegos colonos de Samaria.

Pero no, hijos mios, no se perderá España: no se perderá nuestra amada patria, antes bien saldrá de la presente lucha mas gloriosa y triunfante que nunca. Así me lo prometo de la justicia de nuestra causa: así me lo prometo del valor y entusiasmo que reyna en todos nuestros paisanos: así me lo prometo de la lealtad y constancia de nuestros brabos generales: así me lo prometo de la sabiduría y vigilancia de la Suprema Junta Central, y de su incomparable Presidente: así por último me lo prometo de la union, fraternidad y concordia, que la misma Junta ha establecido y asegurado con su feliz instalacion entre todas las clases del fidelísimo y obedientísimo pueblo español.

Ademas, la Vírgen es nuestra protectora, la Vírgen es nuestra abogada, la Vírgen intercede por nosotros, y nos abriga con su maternal manto, y Dios ablandado por tan castos y amables ruegos, se apiadará de nosotros, y no nos desamparará. Señor! yo os lo pido por vuestra infinita misericordia. No desecheis las humildes y filiales súplicas que os dirige hoy por mi voz la América del Sur. Y si acaso hemos pecado, como en efecto lo hemos hecho, si hemos merecido que nos arrojaseis de vuestra presencia, no por eso olvideis el tierno amor con que os sirvieron en otro tiempo nuestros abuelos, y en gracia de ellos perdonadnos á nosotros. Ah! Señor! Somos los nietos de aquellos que derramaron la sangre atravezados con las flechas y lanzas de los infieles. Somos los decendientes de aquellos que plantaron en estos remotos paises la augusta señal de la redencion: de aquellos, repito, que en estas lejanas regiones desconocidas de toda la historia y geografía antigua, apartaron las negras sombras de la idolatría con la luz brillante y benéfica del Evangelio: los que instruyeron á costa de

tantos sudores y peligros estos pobres salvages, que andaban errantes y sin guia, por los espesos é interminables bosques de las riberas del rio Marañon y de la Plata, ó por los helados páramos y las cumbres siempre nevadas de los Andes, sin saber á donde iban y de donde venian, porque ignoraban que vos sois, Dios mio! el principio, el orígen, la fuente, el fin, el término y el blanco de donde dimanan, y á donde deben dirigirse y encaminarse todas las criaturas racionales hechas á vuestra imágen y semejanza. Ah! nuestros abuelos tomaron de la mano á estos sencillos salvages, y quitándoles de los ojos el velo de la gentilidad, los llevaron al pie de vuestro trono, y lograron que invocasen con la mayor confianza vuestra misericordia, y pusiesen sus indómitas cervises debaxo de vuestro suave yugo al que se habian sugetado tantos siglos antes, los idólatras del antiguo continente. Señor! no olvideis, os ruego, la fidelidad, el cariño y respeto con que os sirvieron nuestros abuelos, y en consideracion á ellos perdonadnos á nosotros.

Y si para determinaros necesitais de los alhagos de una víctima que os sea agradable y os

aplaque, he aquí que yo que soy por vuestra bondad el padre y pastor de vuestro rebaño, yo el mas indigno de vuestros Sacerdotes, voy á ofreceros la víctima de propiciacion substituida por vos mismo á los sangrientos sacrificios de la ley de Moysés; voy á ofreceros el Cordero sin mancilla tan deseado de todos los Patriarcas y Profetas, á vuestro mismo querido Hijo, objeto eterno de vuestras complacencias. Aceptad, ó Dios mio! esta excelente víctima, y no mireis á las infidelidades del Ministro que os la presenta, sino á los sollosos y gemidos de nuestros corazones, que no tienen otro amparo y sombra que vuestra clemencia y bondad.

Ah! Dios amoroso y magnánimo! Salvad á España, salvad sus Indias, dad luz y acierto á la Suprema Junta Central, y volvednos quanto ántes á nuestro adorado Monarca y vuestro devotísimo asclavo FERNANDO VII. Amen.

*CARTA OFICIO Á LA SUPREMA JUNTA CENtral dando cuenta á S. M. de haber recibido de su Diócesis el juramento de fidelidad.*

SEÑOR.

Ayer he tenido la dicha de recibir el solemnísimo juramento que han hecho en mis manos todos los cuerpos y gefes de esta Capital y su Clero secular y regular, de obedecer las resoluciones de V. M., y reconocer á esa Suprema Junta como única depositaria de la Soberanía, hasta que Dios se digne sacar á nuestro muy amado FERNANDO VII de la cruel esclavitud en que se halla. Me faltan expresiones para ponderar á V. M. qual ha sido mi júbilo y consuelo al tiempo de verificar un acto tan religioso. El adjunto documento que tengo el honor de presentar á V. M. le dará alguna idea de las deliciosas sensaciones que inundaban entónces mi alma. El mismo igualmente será un auténtico y bien claro testimonio del profundo res-

peto, y tierno amor que profesa á V. M. el Prelado mas indigno de esta América, pero al mismo tiempo el vasallo mas fiel y obediente, y el ciudadano mas amante de la patria.

Dios nuestro Señor y los Ángeles y Santos tutelares de la Monarquía llenen á V. M. de toda suerte de bendiciones, como se lo pido diariamente con abundancia de lágrimas, y con todo el fervor de que soy capaz.

Plata 10 de Febrero de 1809. = Señor = A L. R. P. de V. M. = Benito María Arzobispo de Charcas.

## ROGATIVA

*CONSAGRADA POR EL ILLMO. SEÑOR ARzobispo de Charcas al Dios de los exércitos y de la patria en desagravio de los horribles desacatos con que los soldados de Murat profanaron varios templos de España.*

Un zeloso Sacerdote americano que habia visto en nuestros papeles públicos el bosquejo de los horribles y hasta la presente desgraciada época, inauditos sacrilegios, con que los exércitos de Bonaparte, que invadieron la España, profanaron nuestros templos, y todos los objetos mas sagrados de nuestro culto Católico, pidió licencia al Illmo. Señor Arzobispo, para celebrar en esta ciudad de la Plata, una solemne rogativa, *ó fiesta de desagravio*, que vengase de algun modo aquellos ultrages hechos en Europa á la Divinidad, á quien pensaba presentar el humilde y rendido homenage de la fe, del respeto y amor de estos fidelísimos colonos,

El Prelado enternecido al oir de boca de un subdito suyo semejante proposicion, alabó su piedad, y no solo le concedió el permiso que solicitaba, sino que tambien le ofreció coadyubar él mismo eficazmente á que la expresada rogativa se executase con la magestad y devocion propia de tan elevado objeto, señalando para ello el dia ocho del corriente.

Mandó pues, que en dicho dia estubiese expuesto el Santísimo Sacramento desde la madrugada, en la Iglesia de las religiosas de Santa Mónica, y despues de haber convidado á todo el pueblo, para que le ayudasen con sus ardientes votos y gemidos á desarmar la cólera del Señor tan justamente irritada: á las cinco de la tarde del propio dia se transfirió á la mencionada Iglesia, acompañandole los dos Reales Colegios de San Christoval y San Juan, y el venerable Clero secular. Halló la Iglesia llena de ciudadanos de todas clases y edades que le estaban aguardando. Y lo primero que hizo, fué dirigirse en derechura al Presbiterio, y postrándose reverentemente ante el Señor Sacramentado, suplicarle que se dignase bendecir y oir

con su acostumbrada benignidad á aquellos buenos feligreses, que tanto interes tomaban en la gloria y honor de su santo nombre. Subió luego al púlpito, y leyó en alta voz los dos puntos de la meditacion, que aquí se inserta, y cuyo argumento es, ponderar el profundo respeto que se debe á los sagrados templos, y por quan dignos deben tenerse de la pública exécracion los monstruos feroces, que tan descaradamente se han atrevido á profanarlos.

Estas reflexîones conmovieron de un modo edificante al numerosísimo auditorio. El escándalo y desconsuelo se vieron pintados con viveza en todos los semblantes. En quanto al Prelado, se reparó que quando hubo de hablar de la escena impía repetida casi á un mismo tiempo en Cuenca, en Zaragoza, en Segovia, en Valencia, en Barcelona, y en otras ciudades y aldeas de nuestra península, no hacia mas que apuntar rápidamente los hechos, sin detenerse á levantar del todo el infame velo que los cubre: ya porque supondria que sus oyentes estaban con anticipacion enterados: y ya tambien porque se le resistiria el corazon, y

se le negarian los labios á delinear el tegido de tales violencias y blasfemias, que aun solo el imaginarlas pone espanto.

Concluidos los dos puntos de la meditacion, pronunció S. Illma. la enérgica deprecacion, de que igualmente se acompaña copia. Y desde las primeras claúsulas formaba por cierto un tierno y patético contraste con el frenético ateismo de los soldados de Murat, el espectáculo de tantos centenares de hombres y mugeres, de viejos y de niños, que puestos de rodillas en una Iglesia colocada en la cima de los Andes mas altos del Sur, derramaban muchas lágrimas, herian á menudo sus pechos con recios golpes, y pedian perdon á Dios de los referidos desacatos, aunque ellos no los habian cometido, ántes bien los habian detestado siempre con todo el corazon.

Si este escrito llegare á manos de nuestros paisanos de Europa, se alegrarán y consolarán sin duda, viendo la parte tan grande que sus hermanos de América toman en las calamidades y aflicciones de la Madre Patria, y que la inmensa dis-

tancia que los separa de ella no ha podido en tres siglos disminuir ó entibiar tan natural y debido sentimiento.

Si llegare á manos de algun extrangero, me lisongeo de que no dexará tampoco de conmoverse. Hay en el fondo del alma de todos los hombres un cierto grado de sensibilidad, que no nos dexa mirar con ojos enjutos las extremas desgracias y trabajos que padecen nnestros semejantes, por mas que pertenezcan á otra nacion, y á otro culto.

Sobre todo, me persuado que ninguna persona medianamente racional, podrá menos de abominar el decantado reyno de la filosofía, considerando los estragos y ruinas, de que ha cubierto en solo diez y ocho años la faz de todo el mundo: y se acordará con horror de lo que con tanto fundamento escribia en el siglo pasado uno de sus mas acreditados precursores: *que si los filósofos llegaban algun dia á apoderarse del mando, serian los mas intolerantes de todos, y su política degeneraria en un puro maquiabelismo.* Prediccion harto verdadera, y que quedará bien acreditada en la posteridad con nuestra funesta experiencia.

## *MEDITACION DEL RESPETO QUE SE DEBE á los sagrados Templos.*

### PUNTO PRIMERO.

Para convencerte, ó alma mia! del profundo respeto y tierna veneracion que se debe á los Templos, detente un rato á considerar, que cosa sea Templo, y á que fin está destinado. Un Templo es un lugar separado de todos los usos domésticos, civiles y políticos, y consagrado unicamente al culto de la Divinidad. Un Templo es un lugar mucho mas augusto que los palacios de los mayores Reyes, pues en estos habita un poderoso de la tierra, y en el Templo mora el Omnipotente Hacedor de todo el mundo. En el palacio, un hombre mortal, y agobiado con el peso gravísimo del pecado y de las pasiones, se sienta sobre un fragil Solio, para recibir las lisongeras alabanzas, y el sumiso vasallage de otros hombres, tan débiles y miserables como él: en el Templo al contrario, el Eterno,

el Omnipotente, el Criador, el que siempre es, ha sido y será, recibe los sincerísimos y justísimos loores y adoraciones de los Angeles, de los Querubines, de los Serafines, de las almas santas, cómparables con aquellos bienaventurados espíritus en la pureza y ardor de la caridad. San Juan desterrado en la isla de Patmos por las violencias de los impíos, estando un dia absorto y embelesado en un inefable y muy misterioso arrobamiento, vió la gloria y magestad de la brillante Corte de la *Casa de Dios*, y oyó la dulce melodia de las harpas y cítaras de oro que resonaban dia y noche debaxo de sus magestuosas bóvedas. Isaías, Daniel, y Ezequiel fuéron tambien admitidos en otras épocas á disfrutar por un breve momento de la encantadora suavidad de aquel maravilloso concierto, del que nos dexaron en sus escritos una descripcion tan sublime, aunque á nuestro parecer tan oscura.

Dios mio! nosotros entramos y permanecemos largas horas en vuestro Templo, sin oir jamas tan deliciosa música, porque la confusion, los gritos, y mezclas de las voces de tantos objetos mundanos, nos atolondran y ensordecen. Nosotros no

vemos la magnificencia de vuestra Santa Corte, ni comprendemos la significacion de las elevadas expresiones de aquellos profetas que acabo de nombrar, porque tenemos siempre fixos los ojos en las fementidas grandezas de la tierra, cuyo aparente resplandor nos cegó desde nuestra niñez. Ah! nuestro corazon se revuelca incesantemente en el cieno y en el polvo: nuestra alma se sumerge con extremo ardor en los hediondos charcos de los deleites prohibidos: todos nuestros sentidos, todas nuestras potencias corren poderosamente tras los placenteros atractivos de la avaricia, de la ambicion, y de la lascivia: se dexan seducir por ellos, se dexan aprisionar y encadenar.

Como pues, ó Dios mio! será posible, que gustemos de tus dulzuras que son por su naturaleza limpias, sencillas, puras y divinas? ¿Cómo será posible, que quando vamos á vuestro Templo para orar, recojamos los inestimables y riquísimos tesoros de gozo, y devocion, que vos en este divino asilo derramais á manos llenas sobre vuesrras escogidas? Nos faltan las alas de la fe: nos falta el

fuego del amor, entramos tibios, y distrahidos: no dexamos en la puerta, como debieramos, nuestro calzado: quiero decir, el sucio pensamiento, y la manchada memoria de nuestros crímenes. No cubrimos con ambas manos nuestro rostro, como Moysés en el desierto de Horeb: no nos humillamos y anonadamos, reflexionando que la tierra en que estamos es una tierra santa. Y por esto, por esto, ó Dios mio! no nos formamos jamas una idea cabal de la eminente magestad de vuestro Templo. Por esto volvemos á salir siempre como habiamos entrado, secos, cubiertos de llagas canceradas, y exhalando el pestilencial y contagioso hedor de nuestra irreligiosa indiferencia y distraccion.

Oh! quan al reves sucede á los christianos fervorosos, á los humildes y devotos discipulos del Evangelio, á aquellos fieles, que no hallando en el trato y bullicio de este mundo cosa alguna que les contente, van á recogerse á la sombra del Templo, para respirar á lo menos por unos momentos con alguna libertad! Van á olvidarse en la presencia del Señor de todo lo que en la sociedad los llenaba de enfado y molestia. Van á descansar en el silencio que reyna dentro del sagrado recinto,

y á cobrar nuevas fuerzas para seguir sin tropiezo por el escabroso camino de este destierro. Van finalmente á bañarse en el celestial rocío que cae de lo alto del Santuario, deseosos de que con él se temple y suavise la mortal y maligna fiebre de la concupicencia: así como el ciervo acosado de los insufribles ardores del estío, busca para su remedio la frescura de una cristalina fuente, ó las verdes márgenes de un manso y blando arroyuelo.

Hombres justos! decidnos lo que experimentais, lo que sentis en aquellos deliciosos momentos. Ah! no, no es menester que lo expreseis con palabras. El profundo silencio en que permaneceis como extáticos y suspensos ante el divino acatamiento, la modesta compostura de vuestro semblante, el color encendido de todo el rostro, los tiernos suspiros, que sin advertirlo, exhalais de quando en quando, y las dulces lágrimas que riegan vuestras megillas, dan bien á conocer lo que pasa entónces en vuestro interior, y nos pintan muy al vivo vuestra fe, vuestro zelo y vuestra piedad. O! quien pudiera imitaros! Vuestra laudable conducta, y vuestro espiritual acrecentamiento, es una leccion la mas cla-

ra é inteligible ; del respeto que se debe á los sagrados Templos , y del nobilísimo fin porque los inmediátos sucesores de los Apóstoles quisieron que se estableciesen por todo el orbe estos utilísimos y augustísimos edificios.

## PUNTO SEGUNDO.

Dios que con su inmensidad no solo encierra , sino que dexa muy atras los últimos límites del universo , Dios que llena el cielo y la tierra , como lo dixo al profeta Nathan , no necesita la de los Templos ni para su habitacion , ni para su gloria. Nosotros sí , que los necesitamos. Él está igualmente presente en todos los lugares , é igualmente pronto á escucharnos ; pero nosotros no siempre , ni en todos los lugares estamos igualmente dispuestos para hablarle. Quando disfrutáremos de la imperturbable alegria del Empíreo , en compañía de los bienaventurados ; quando nos halláremos todos reunidos en el paternal seno de Dios , entónces no habremos menester ningun Templo para orar y para alabarle.

Verémos á Dios cara á cara, y él nos hablará con la familiaridad, con que un amigo suele conversar y entretenerse con otro amigo. Abismados en ese piélago de bondad, heridos con la aguda saeta del divino amor, embriagados con la dulzura y deleite de sus castos y eternos abrazos, y logrando por último de una paz y felicidad del todo uniforme, no pensaremos, no nos ocuparemos en otra cosa sino en dar voces los unos á los otros, convidandonos mutuamente á entonar el himno de accion de gracias que repetiremos sin cesar y sin cansarnos.

Pero mientras somos viageros en este engañoso mundo, mientras se representan de continuo á nuestros ojos las alhagüeñas y variadas escenas de la concupicencia, mientras la inquieta revolucion de ideas, de deseos, y de proyectos, embelesa y encanta á cada momento nuestra alma, ¿quién duda, que nos sirven de infinito provecho los Templos, para obligarnos á entrar dentro de nosotros mismos, á fomentar en nuestros corazones el fuego de la piedad, y á buscar en la oracion el solo y ver-

dadero remedio de los infinitos males que nos amenazan? Ah! así como la hiedra echa mano del robusto tronco de la encina para levantarse del suelo, así nuestra endeble piedad necesita del arrimo del Templo para sostenerse. El Templo, ó alma mia! es, no lo dudes, un excelente apoyo de la virtud. El Templo es un gran libro abierto, el qual despliega á los ojos del que lo lee con atencion, los mas sublimes y útiles recuerdos.

¿Y qué se ofrece, pregunto, á nuestra vista, al atravesar por sus sagrados umbrales, que no sea capaz de penetrarnos de la mas humilde veneracion, de excitar y avivar nuestra gratitud, y de llenarnos de consuelo y esperanza? ¡Un Dios justo pero compasivo, que desde su reluciente trono hace seña á sus enemigos para que se acerquen y le pidan perdon!.... ¡Un Dios Redentor muerto por los hombres, y que aguarda á los pecadores con los brazos abiertos!.... ¡Una elevada tribuna, donde para alentar nuestra pusilanimidad, quiere que en todos los dias festivos y de concurso, los Sacerdotes publiquen la alianza que él estableció con nuestros padres, quando fixó en un madero, y

anuló con su preciosísima sangre, el terrible decreto que nos excluia para siempre de las delicias del cielo! Un baño divino, una mística picina, en la qual los miserables descendientes de Adan, nos labamos de las heces de la primera culpa con el bautismo!... Otro baño, otra picina, donde los que hemos naufragado despues de ser reengendrados, nos salvamos como asidos de una tabla, y vamos á purificarnos de nuevo, y á borrar nuestros crímenes con las lágrimas de la compuncion y de la penitencia!... ¡Una Vírgen, una Madre la mas inocente y amorosa que intercede por nosotros al pie de la Cruz, nos alarga su diestra para ayudarnos á subir al monte celestial y nos cubre con su benigno manto!.... ¡Por último, los Angeles de paz, los genios tutelares, y demas moradores de la Corte del Cielo, que se afligen de nuestros trabajos, y nos asisten con su poderosa intercesion y valimiento!.... Ah alma mia! ¡Qué memorias que recuerdos tan dulces! Qué espadas tan agudas para traspasar nuestro corazon, aunque sea de piedra ó de diamante! ¡Qué estímulos tan fuertes para encender en nuestros pechos la gratitud y el amor!

¿Y qué otra cosa significan esas brillantes luces que adornan nuestros altares, esa lámpara, símbolo de la eternidad, esa lámpara, digo, suspendida y ardiendo dia y noche delante del Altísimo, sino que todos los hombres y todas las criaturas deben sacrificarse y consumirse de continuo como otros tantos holocaustos, en reconocimiento y alabanza de su Soberano Criador? ¿Qué significa el fragrante perfume que los Sacerdotes queman tan á menudo al rededor del Tabernáculo, sino que nuestras obras y palabras deben esparcir un olor agradable en la congregacion de los fieles, y que nuestros votos y súplicas, quando se ofrecen en el incensario de oro del amor, y se acrisolan en el oculto fuego de la tribulacion, suben en derechura hasta el trono mismo de la adorable Trinidad? ¿Qué es, pregunto, el acordado sonido del órgano, y demas instrumentos músicos, sino una representacion y una viva imágen de la concordia, del júbilo y alborozo de la bienaventurada patria, á donde nos encaminamos todos los christianos? ¿Y qué son finalmente los himnos y salmos que resuenan con no sé que inexplicable melodía en

nuestras sagradas asambleas, y que tanto enternecen, conmueven y deleytan á todos los corazones sensibles, sino una imitacion, un como eco del divino cántico del triunfo y de la victoria, que entonaban en el cielo los veinte y quatro ancianos que vió San Juan, y que repetian los ciento y quarenta y quatro mil *que fueron rescatados de entre los de la tierra*?

Y si todo esto que he dicho es así, como ciertamente lo es, ¿habrá, Dios mio, quien no respete, quien no venere vuestro Santo Templo? ¿Habrá quien se atreva á profanarlo? ¿Habrá quien tenga la osadia de hollarlo con mofa y escarnio? ¿Habrá, habrá quien venga á insultaros en el mismo lugar en que morais invisiblemente para nuestro alivio y consuelo? ¿En el mismo lugar, en donde escuchais y perdonais con tanta blandura á los pecadores, y en donde, mas que en ninguna otra parte, haceis muestra y gala de vuestras bondades y misericordias? ¿Habrá repito, habrá criatura tan desconocida y malvada, habrá tigre tan feroz, que envista con mano sacrílega, y arroge

en el suelo con asqueroso menosprecio.... ah! no puedo proseguir..... no me es dable explicarme con mas claridad..... el dolor anuda mi voz y el corazon se me arranca del pecho.....

O España! O amada patria mia! que viste y lloraste con lágrimas de sangre tan inaudito escándalo!..... O bárbaros soldados! O ingratos y crueles devastadores, que cometisteis tan horrendo crimen!.... O religiosos paysanos mios, que expusisteis vuestra sangre, y aun la estais exponiendo para vengar al Dios bienhechor de nuestros padres! O santos ministros! O venerables matronas! O castas vírgenes y esposas del Cordero! O amables víctimas y dignas de eterna alabanza! O Querubin que defiendes con una espada de fuego la entrada del parayso! ¿Por qué, por qué no la descargas ahora contra..... Pero á donde me arrastra mi llanto? Dios mio! Dios de mi patria! Dios de mis padres! Dios de mi alma y de mi corazon! permitidme que horrorizado y consternado con este verdaderamente trágico espectáculo, me ponga ahora debaxo de vuestras benignísimas plantas, para tomar aliento, besarlas una y mil veces, como la enamorada Mag-

dalena, y luego romper otra vez el silencio, exhortando á todos mis hijos y hermanos, á todos mis conciudadanos, á resarcir hoy, si fuere posible, tantos desacatos, tantas injurias y ultrages, con nuestra síncera humildad, con nuestra ciega obediencia, con nuestro profundo respeto, y sobre todo, con nuestro ardiente é invariable amor.

## DEPRECACION.

Quisiera, Dios mio, que mis palabras tubiesen la uncion y fuerza que concediste en otro tiempo al incomparable y sensibilísimo Jeremías. Entónces sentándome yo sobre un monton de escombros, como aquel Profeta, lloraría los desastres de la patria, lloraria la dispersion y cautiverio de la Real Familia, y de tantos ilustres príncipes y beneméritos ciudadanos; pero mas que nada, lloraria la profanacion del Santuario: sus puertas destruidas:

sus sacerdotes destruidos y puestos en una larga agonía: sus vírgenes desfiguradas: sus párbulos llevados al cautiverio, ó ensartados en las bayonetas: y sus enemigos opulentos y orgullosos con la rica y sacrílega presa. Pintaría con los mas vivos colores la grandeza de esta terrible é inaudita calamidad y desgracia: y despues de detestar sinceramente los pecados que te han movido á tratarnos con tanto rigor: despues de haber adorado y haberme sometido con toda humildad, silencio y paciencia, á los justísimos decretos de tu ira, imploraria á nombre de todo el pueblo tu longaminidad y misericordia, y levantaria la voz y la mano para detener el merecido castigo, y quitarte el azote con que nos estas hiriendo. Esto haria yo, Dios y Señor mio, si fuese Jeremías, y si estuviese, como él, dotado de las mas eminentes qualidades para el desempeño de mi alto ministerio. Viéndote irritado contra mi patria, no permitiria que tu justicia pronunciase su último fallo y sentencia, y que tu cólera se desplomase de lleno en lleno sobre nuestras cabezas.

Mas ahora, que puedo hacer, que puedo

hacer Dios mio, para desenojarte, quando estoy tan léjos de ser un profeta, un ministro agradable á tus divinos ojos? ¿Quando reconozco que en lugar de oponerme, como debiera, al torrente de vicios y pecados que inundan el pueblo, he aumentado tal vez su fuerza con mis personales descuidos y extravíos, y quizá he dado motivo para que aquel funesto torrente causase mayores ruinas y estragos? Sí Dios mio, lo confieso, pero yo quiero absolutamente aplacarte, y ya que en recompensa de lo mucho que te he ofendido no puedo ofrecerte grandes virtudes ó servicios, te ofrezco gemidos, súplicas, sollozos, y lágrimas que tu gracia ha sacado tantas veces de la sequedad y aridez de mi alma, y de la dureza de mi corazon.

Perdoname, Señor, perdona á un ministro tuyo, indigno, es verdad, pero que reconoce sus faltas, y clama á tus puertas por misericordia. Perdona á mi pueblo, que se acoge hoy al trono de tu clemencia con una viva fe y una verdadera conversion. Perdona á mi patria, perdona á la España, la qual aunque se haya dexado arrastrar en estos

últimos años á varios vicios y desórdenes, siempre, bien lo sabes, siempre ha invocado tu santo nombre, siempre se ha acordado de tí, siempre ha esperado en tí, y siempre ha mirado como la primera de sus glorias, el augusto timbre de *católica*. Perdona pues, perdona Dios mio, á una nacion que está unida contigo con un lazo tan estrecho: á una nacion, que en medio de tantas revoluciones como ha sufrido en la larga série de diez y mas siglos, es y ha sido constantemente Católica, y primero verá arrasadas todas sus ciudades, degollados todos sus moradores, y cubiertos de ceniza todos sus campos, que dexar de serlo.

Dios mio! perdona á la España, á tu pueblo escogido, y á tu heredad santa: á un pueblo que te implora y ama con tanta ternura. Arroja de su suelo á los crueles enemigos que tan inhumanamente la devoran, y restituyela á su antiguo esplendor y libertad. Pon los ojos, ó Dios mio! en las muchas y preciosas víctimas que nuestra península te ha ofrecido en estos seis últimos meses: en tantas venerables matronas, en tantas inocentes doncellas, que se han arrojado vivas en la pro-

fundidad de los pozos, ó han buscado las puntas de mil opuestas espadas y bayonetas, por no manchar el sagrado templo de sus cuerpos: en tantos ancianos cargados de años y merecimientos: en tantos jóvenes gallardos y llenos de valor: en tantos sacerdotes exemplares, que han exhalado el último aliento entre los mas amargos tormentos, por no haber querido prestarse á las horrendas propuestas, é imitar los diabólicos desacatos de los impios. Pon, Señor, los ojos, en estas apreciables víctimas, y teniendo consideracion á ellas, perdona á la España su desolada madre, y perdonanos á todos.

Y si todavia, si todavia no se ha llenado la medida de las penas y castigos con que habeis determinado humillarnos, cargad enhorabuena la mano en nuestras desventuras; pero no sean á lo menos holladas vuestras aras, vuestros templos y altares, y permanesca á lo menos ilesa vuestra celestial religion. Mirad, Señor, que esta religion está identificada con el corazon y con el alma de todos los Españoles: está mezclada en toda la historia de nuestra monarquía: y está escrita en todos sus monumentos. Cese pues ya, cese de ser mofada, cese de

ser escarnecida, cese de ser esclavizada á nuestra vista una religion, que todos, todos los Españoles queremos mas que nuestra propia vida.

Y vosotros, ínclitos hermanos, Leandro, Isidoro, Fulgencio, defended vuestra obra, y apoyad nuestra peticion. La Iglesia Española os debe unos beneficios que no olvidará jamás. Vosotros la hicisteis triunfar de la heregia. Vosotros la arrancasteis á costa de infinitos desvelos, trabajos y peligros, de las horribles garras del arianismo. Cubridla pues ahora con vuestro invensible brazo desde vuestros gloriosos sepulcros. Y tu su digno sobrino, santo príncipe Hermenegildo, que fuiste decapitado en la cárcel por no querer recibir la sagrada Comunion de mano de un Prelado herege, y que con la voz de tu sangre alcanzaste que se sosegase la tormenta, baxase la celestial bendicion sobre tu Real Casa y familia, y amaneciese en breve para todo el pueblo español, el dia mas feliz y alegre de que hacen memoria nuestras crónicas. Y tu, Braulio, insigne discípulo de aquellos tres héroes, tu que juntamente con tu venerable antecesor Valerio y su digno diácono Vicente, eres aun la

gloria, las delicias y consuelo de tus intrépidos Zaragozanos.

Y vosotros, Cucufate, y Feliz, apostoles de mi patria Cataluña, cuyas reliquias son todavia el objeto de nuestros mas tiernos cultos: y vosotros, Severo, y Paciano, que edificasteis, ensalzasteis, y protegisteis la célebre Iglesia de Barcelona, el uno con eloqüentísimos y doctísimos escritos, y el otro con la firmeza y constancia del martirio: y tu esclarecido ciudadano y Obispo de Tarragona Fructuoso, que al tiempo de entrar en la voraz hoguera, aseguraste á tus desconsolados feligreses, en nombre de aquel Dios por quien ibas á sacrificarte, que sin embargo del furor de los Emperadores Valeriano y Galieno, tu Iglesia quedaria en pie, y nunca le faltaria Prelado que la rigiese y gobernarse: y tu, insigne paysana mia Eulalia, honor y modelo de las vírgenes, que en la lozana edad de catorce años, saliste de tu casa, y presentaste tu cuello á la cuchilla del bárbaro Daciano, para animar y alentar á los que durante aquella horrible persecucion empezaban á titubear,

sobrecogidos del miedo y del terror: y tu Narciso, cuyo solo nombre llena de espanto á los exércitos franceses: tu, que qual otro Pontífice Onías, has vuelto á amparar ahora como en los siglos doce, y diez y siete, á tu querida ciudad y pueblo de Gerona, dándoles dos completas victorias contra unas tropas aguerridas y altaneras, que habian jurado no retirarse á sus reales, sino despues de haberlo arruinado: á vosotros invoco é imploro en comun una y mil veces, Santos Obispos, esclarecidos mártires y confesores, que habeis ilustrado con vuestro gobierno con vuestro exemplo y virtudes, alguna de las Iglesias de España (pues es imposible hacer distinta mencion de cada uno en tan breve discurso) y á tí igualmente, ó insigne Rey Fernando, padre y guia de tu pueblo, y terror de los enemigos de la fe, á tí que ahora tienes fixa la vista sobre nuestros exércitos, y que desde las aras de la afortunada Sevilla, depositaria de tus mortales despojos, haces oír por todas las provincias, como un trueno, el grito del intrépido valor, y del religioso entusiasmo: á vosotros todos, ínclitos patronos y paysanos nuestros, diri-

xo con la mayor confianza mi súplica, para que impelidos por el entrañable cariño, que os debemos, defendais vuestra religion, socorrais á vuestra Patria, socorrais á vuestros ciudadanos, socorrais á vuestros hijos, pues nosotros somos los decendientes de aquellos españoles que estuviéron colgados de vuestros labios, se convirtiéron con vuestros sermones, abandonáron los ídolos, el cisma, el mahometismo y la heregía, y abrazáron la religion católica.

Ah! felices moradores del Empireo, y poderosos valídos de la corte celestial! Vosotros ya estais en el tranquilo puerto de la pacífica Sion: ya nada temeis, nadie es capaz de incomodaros, mientras nosotros al contrario, estamos aún luchando con las olas de infinitas desgracias y trabajos: expuestos á perecer infaliblemente si perdiesemos la única ancla que nos sostiene, quiero decir, la religion que heredamos de vosotros, como sucesores de vuestra fe. Defended pues ahora nuestra causa que tambien es vuestra, ya que se interesa en ella la seguridad y dicha de vuestra espiritual y numerosísima descendencia. Poneos todos hoy de rodillas ante el trono de la augustísima Trinidad, y

pedidle encarecidamente la gracia que ya he insinuado.

Y tu sobre todo, vida, dulzura, y esperanza de mi corazon, amorosísima Madre mia! con qualquier nombre con que te haya invocado la piedad de nuestros abuelos: Vírgen de Cobadonga, Vírgen de Atocha, Vírgen de Guadalupe, Vírgen de Buenadicha, Vírgen de las Mercedes, Vírgen del Monserrate ó del Pilar, dexate ver, te ruego, dexate ver ahora sobre el horizonte de la afligida España, como una hermosa estrella, que disipe y ahuyente la borrasca. Se trata, ó María! de salvar á tu reyno predilecto, á nuestro Monarca, á nuestros Infantes, á nuestros Obispos, á nuestros Grandes, y á tus mas devotos y apasionados esclavos que se hallan al presente en el mas terrible riesgo y conflicto. Arrojate pues, ó Madre amantísima! arrojate por nuestro amor, á los brazos de tu Hijo Todopoderoso, y alcanzanos las consolaciones que él tiene prometidas á los que las piden con un corazon contrito y humillado, y con profundos gemidos y lamentos, como se las pedimos esta tarde nosotros. Amen.

## *CIRCULAR Á LOS VICARIOS FORANEOS del Arzobispado de la Plata.*

Mi zelo pastoral, y las críticas circunstancias del dia, me obligan á hacerle á V. las prevenciones siguientes:

Primera: se esmerará V. en mantener por su parte la mejor armonía con la potestad secular, procurando en quanto le fuere dable, que sea honrada y respetada de todos los feligreses.

Segunda: en todas las funciones de su sagrado ministerio que tuvieren relacion inmediata con el órden político, se pondrá V. de acuerdo con el Magistrado ó Justicias de su distrito: y en el caso, que no me prometo, de hallar infundada oposicion ó resistencia, evitará toda contestacion ruidosa, dando parte inmediatamente á esta Superioridad, para que yo como Padre amoroso de todos, despues de haber invocado las luces del cielo, dicte las providencias que estimare mas convenientes.

Tercera: en los Domingos y demas dias de fiesta, predicará V. á sus feligreses la paz, la union, la concordia, y la subordinacion y obediencia á los superiores, demostrándoles con razones claras y populares, que el valor y patriotismo, es una virtud fundada en la sublime doctrina del Evangelio.

Quarta: tratará V. con singular humanidad y cariño á los indios de su Docrina, no castigándolos ó reprehendiéndolos con demasiada aspereza, ántes bien acreditándoles constantemente, que solo desea su bien, y su felicidad, y que los ama como verdadero pastor.

Quinta: Tendrá V. fixa la vista dia y noche con extrema vigilancia, sobre su rebaño, no ausentándose de él jamás, sin un motivo justo y obtenida previamente mi bendicion y licencia.

Sexta: si en su feligresia se observaren, lo que Dios no permita, síntomas de descontento ó inquietud, me avisará V. sin pérdida de tiempo, á fin de que podamos ocurrir prontamente á cortar de raiz el mal con las armas de la caridad, y apagar las ocultas chispas, ántes que se manifieste la llama devoradora.

Hará V. circular estas órdenes por todas las parroquias de esa provincia, y me lisongeo, que así V. como todos los demas Curas del distrito, cooperarán eficazmente conmigo, para que tengan el mas exâcto cumplimiento, en que tanto interesa el servicio de Dios y del Rey. = Palacio Arzobispal de la Plata 24 de Noviembre de 1808. = Benito María Arzobispo. = Doct. N. Vicario de N.

# INDICE.

## *DE LOS PAPELES CONTENIDOS EN LA presente Coleccion.*

Discurso que pronunció el Ilustrísimo Señor D. D. Benito María de Moxô y de Francoli, Arzobispo de la Plata, el dia 27 de Septiembre de 1808, con motivo de la solemne accion de gracias que celebraba aquella Santa Iglesia Metropolitana por la exâltacion del Señor Don FERNANDO VII al Trono de España y sus Indias. Pag. 1.

Exôrtacion al Venerable Crero. Pag. 25.

Edicto para que se hiciesen y oraciones rogativas en todas las Iglesias del Arzobispado con motivo de las urgentes necesidades de la Patria. P. 27.

Homilia que pronunció el mismo Illmo. Señor el dia 12 de Octubre de 1808, para exôrtar á todos sus Diocesanos á que con el mayor fervor y humildad rogasen á Dios, y á los Patronos tutelares de España por la felicidad del Rey, de la Real familia y de la Patria, y asistiesen á la solemnísima procesion de rogativa que

con el mismo fin había determinado hacer aquella tarde. Pag. 33.

Describese la mencionada Procesion, y añádense varias reflexiones. Pag. 55.

Carta Pastoral del mismo Illmo. Señor, dirigida á todos sus feligreses con ocasion del arribo del Señor Don José Manuel de Goyeneche, Brigadier de los Reales exércitos y Diputado de la Suprema Junta nacional de Sevilla. Pag. 92.

Oficio dirigido al mencionado Señor Diputado acompañándole una nota del quantioso donativo que el Clero de Charcas ofrecia á la Patria. Pag. 109.

Otro oficio al mismo, dirigiéndole las cartas pastorales y edictos publicados con ocasion de las ocurrencias de la presente guerra. P. 112.

Contestacion del referido Señor Diputado. Pag. 116.

Discurso que el Illmo. Señor Arzobispo de la Plata pronunció de repente el dia 22 de Noviembre de 1808, para dar cuenta á sus feligreses del triunfo de las armas españolas contra las tropas de Bonaparte. Pag. 118.

Carta de S. A. R. la Serenísima Señora Doña Carlota Joaquina, Princesa del Brasil. Pag. 128.

Contestacion del Illmo. Sr. Arzobispo de Charcas. Pag. 130.

Oficio del mismo al Excmo. Señor Almirante Sir Sidney Smith. Pag. 133.

Edicto en que se exôrta al Clero y pueblo de la Diócesis de Charcas, para que hagan una fervorosa rogativa á Dios en favor de Nuestro Santísimo Padre Pio VII. cruelmente perseguido por el gobierno francés. Pag. 136.

Homilia que el Illmo. Señor Arzobispo de Charcas, pronunció en su Iglesia Metropolitana el dia 8 de Enero de 1809 en presencia del Real Acuerdo y demas Cuerpos para dar principio á la expresada Rogativa. Pag. 138.

Omilia que pronunció el dia 9 de Enero de 1809, el Illmo Señor Don Benito María de Moxô y de Francoli, Arzobispo de la Plata, asi que los Xefes y cuerpos de aquella capital y el venerable Clero secular y regular hubieron prestado en sus manos el solemnísimo juramento de obedecer á la Suprema Junta Central guberna-

05-241

tiva de España y de las Indias. Pag. 160.

Carta oficio á la Suprema Junta Central dando cuenta á S. M. de haber recibido de su Diócesis el juramento de fidelidad. Pag. 184.

Rogativa consagrada por el Illmo. Señor Arzobispo de Charcas al Dios de los exércitos y de la patria en desagravio de los horribles desacatos, con que los soldados de Murat profanaron varios templos de España. Pag. 186.

Meditacion del respeto que se debe á los sagrados Templos. Pag. 191.

Circular á los Vicarios Foraneos del Arzobispado de la Plata. Pag. 209.

B808
M937c
cop.2